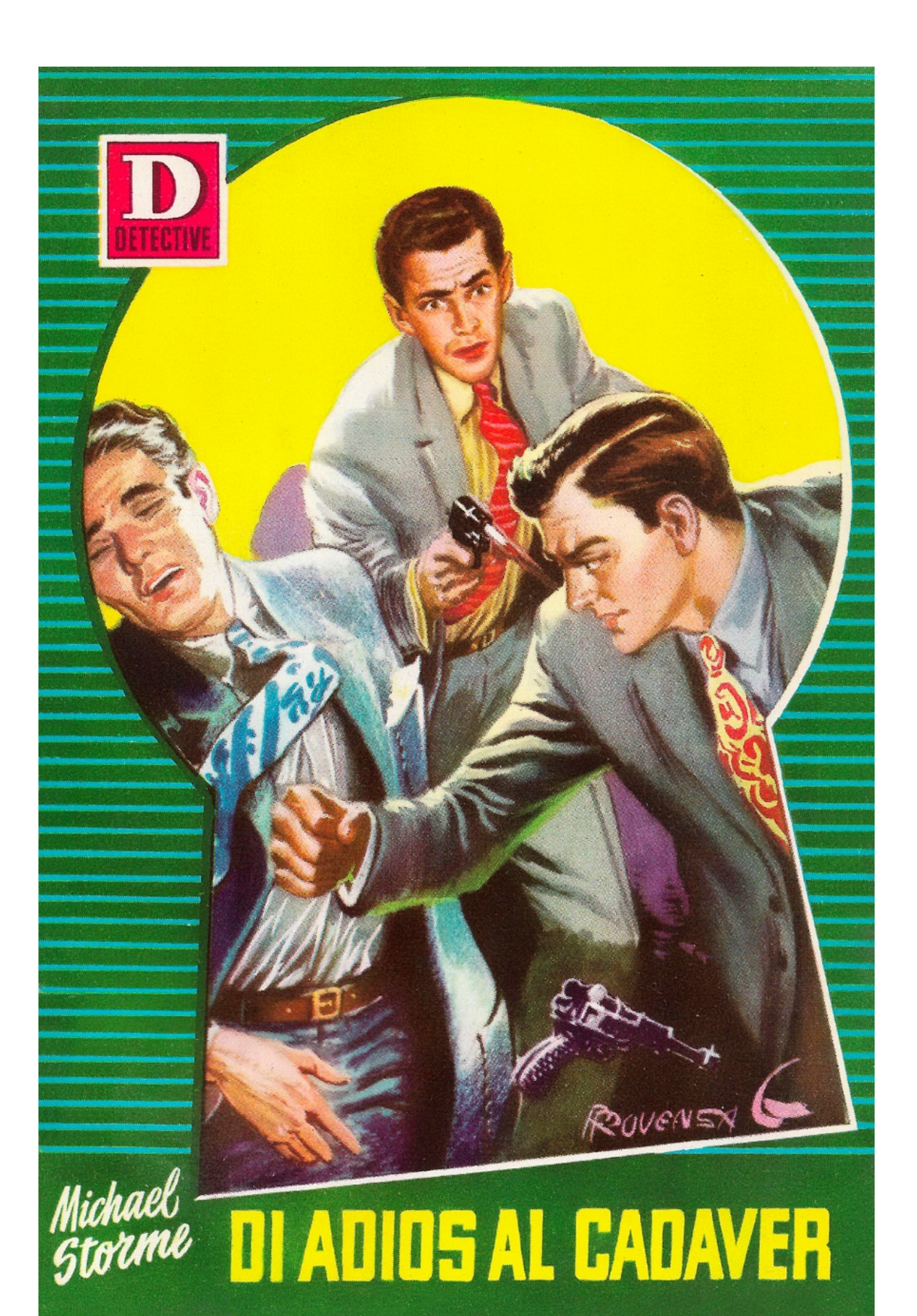


Michael Storme

DI ADIOS AL CADAVER

MICHAEL STORME

DI ADIÓS AL CADÁVER

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

KISS THE CORPSE GOOD BYE

Versión castellana de:

LUIS CONDE VELEZ

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMER



O

Miami es un lugar maravilloso, aunque acaso resulte demasiado pacífico. Estoy sentado, en una casa de comidas situada en los suburbios de Miami y dando vueltas a muchos pensamientos, cuando un individuo que parece exhalar con el aliento el olor de un galón entero de ginebra, entra en el cubículo y ocupa la silla que está vacía ante mi mesa. Gruño un indiferente «¡hola!» de saludo, pero mi compañero no abre la boca si no es para mascullar algo ininteligible y lanzarme una bocanada de aliento que casi me emborracha al llegar a mí con toda la fuerza de una gran cantidad de ginebra.

Tal hombre se convierte en un acompañante tan bueno durante la media hora siguiente, que ni siquiera cambiamos la más insignificante palabra.

En tanto que transcurre la media hora, aquel hombre permanece sentado y juega con un aromático plato que un camarero gordo puso delante de él casi antes de que hubiera terminado de sentarse. Y mientras juega con la comida, no cesa de murmurar y de reír y decir algo ininteligible acerca de un hombre llamado Follister, o de modo parecido. Y cada vez que este nombre se forma en sus labios, expele una vaharada de ginebra. Me alegra mucho que el hombre decida que ha llegado la hora de marcharse, y lo veo dirigirse de modo tambaleante hacia el mostrador, donde deposita unas monedas antes de salir al exterior de las puertas de vaivén del establecimiento. E inmediatamente, la paz contra la cual tanto he murmurado se rompe de manera tan ruidosa como satisfactoria.

El estrépito sobresaltador que produce una pistola hace que todos los hombres que se hallan en la casa de comidas se pongan en pie en el acto. En todos los semblantes se dibujan el asombro, la sorpresa y acaso un poco de temblor. Corro hacia las puertas de vaivén, a las que llego antes que el pusilánime director del figón, y me veo obligado a saltar para no pisar un cuerpo patiabierto del cual brota la sangre que mancha la acera con un color rojo vivo. Una multitud vociferante y gesticulante se encuentra entre mí y un «Sedán» que se aleja con rapidez. Y entre el ruido, la confusión y el griterío, llegan hasta mí palabras que indican que los asesinos se hallan en aquel automóvil fugitivo.

—¡Diablos!

El pusilánime director del establecimiento me ayuda a mirar el cuerpo tendido, y no parece divertirse mucho con ello. Después de una primera mirada, se vuelve de espaldas y entra de modo torpe en su figón mientras expone unos comentarios apresurados que indican que se dispone a avisar a la policía. No es difícil apreciar que la sangre y la fealdad de un asesinato a tiros son cosas que están fuera de lugar en esta pacífica ciudad de Miami.

En un lugar próximo, suena el ruido de un silbato de aviso y llamada. Y el rápido repiqueteo de unos pies que corren con velocidad anuncia la llegada de un guardia. Todavía agachado, con el intento de descubrir un posible latido del corazón del hombre tendido en tierra, percibo un nuevo aliento impregnado de olor a ginebra. El hombre, que se halla mortalmente herido, intenta decir algo. Lo único que puedo entender en sus palabras, es:

—Di al jefe que tenía razón…

Las palabras pudieron ser estas mismas u otras completamente distintas. No tengo seguridad. Ese fué el modo de que me sonaron. Las palabras pueden tener un sonido extraño cuando las pronuncia un hombre que tiene los labios cubiertos de sangre. Me acerqué más a él, pero nada nuevo pude entender. Luego, el guardia llega, se abre paso y me indica que me aparte Me retiro una yarda más atrás, y él añade:

—No se vaya de aquí, amigo.

Después de haber producido un espasmo convulsivo, el hombre herido se encuentra repentinamente muerto lo suficiente para ser enterrado.

—¡Buena puntería! —dice el guardia, sin dirigirse a nadie en particular y mientras recorre con la mirada el grupo de vampiros que ha sido atraído por el olor de la sangre.

Después, se pone en pie y exhala un audible suspiro de consuelo al presentarse refuerzos policíacos en la forma de dos guardias más, ambos con el rostro enrojecido por haber corrido presurosamente bajo el calor de Florida. Al cabo de un instante, suena el clamor de una sirena de un automóvil de patrulla. El automóvil se detiene en seco con un rechinar de frenos y de cubiertas torturadas, y dos policías más brotan de él. Los lapiceros surgen de sus bolsillos, así como unos cuadernos en que escriben notas de manera presurosa.

—¿Lo dice usted? —me pregunta el guardia de cara de torta que llegó primero al lugar de la escena. Y al decirlo, me pone una mano sobre el hombro —. ¿Quién lo ha matado?

Le quito la mano de mi hombro.

—Yo estaba ahí dentro —le digo, al mismo tiempo que señalo con un dedo estirado detrás de mí.

El guardia pasa con rapidez las hojas de su cuaderno y me hace nuevas preguntas. Respondo que soy Nick Cranley, detective privado de Chicago y que he venido a pasar una temporada de descanso y vacaciones en este maravilloso Miami. También le digo que es posible que tenga algunos informes que pueden resultar útiles, pero que hablaré una sola vez y que únicamente lo haré ante el teniente que se encargue de las diligencias de aquel asesinato.

—Un hombre prudente, ¡hum! —replica el policía—. Escuche, amigo.

—No tengo nada que escuchar… ¿Por qué he de decir las cosas una y otra vez y contraer una laringitis? Quítese de en medio. Ahí viene la autoridad.

Enciendo un cigarrillo y observo cómo el teniente de mejillas rosadas se aproxima. El guardia que llegó en primer lugar me señala con un dedo. El teniente se adelanta y me mira con ojos de hombre práctico en tales cuestiones. Es hombre de mediana estatura y de mediana constitución física. Por lo que puede verse bajo el plano sombrero de su uniforme, tiene una cabellera rebelde de un color rojo ladrillo.

—De modo que usted es Nick Cranley, ¿eh? —me pregunta, pero sonríe de un modo tan franco, que comprendo que debe de ser hombre de trato agradable—. He oído hablar de usted. Yo soy Maclan.

Antes de que pueda preguntarle cómo, cuándo y a quién ha oído hablar de mí, se produce un nuevo rugido de sirenas y a continuación la presencia de una ambulancia sanitaria y de un camión cargado de policías que huele a «Departamento de Homicidios». Durante cierto tiempo, se produce una gran actividad. Unos hombres cargados de cajas y máquinas fotográficas e instrumentos van y vienen y toman referencias. Después, se me invita a que vaya al cuartelillo de la policía. Todos Se muestras amables y simpáticos, por lo que accedo a la petición.

En el cuartelillo sostengo una amistosa conversación con Harry Maclan, el teniente de la policía, que me dice de qué modo adquirió noticias sobre mí. Parece ser que es amigo de Abe Brandon, el comisario de policía de Chicago, y que ambos trabajaron juntos en las fuerzas de «Frisco». Y me ilustra un poco más al mostrarme una carta recibida de Abe. Tal hombre, ¡bendito sea su corazón de lata!, escribió a Maclan para decirle que me encuentro de vacaciones en Miami y que soy un hombre intachable, pero que tengo la virtud de atraer contratiempos con una condenada facilidad.

—Tiene razón en lo que dice de los contratiempos —dice, sonriendo, Maclan—. ¡Diablos! Solamente ha estado usted entre nosotros un par de días, y ya es el principal testigo presencial de un crimen…

—Vuelvo a decirle —gruño, con cierto malhumor —que no he visto absolutamente nada. Estaba sentado en el interior del figón dando gusto a las mandíbulas cuando la pistola comenzó a disparar. No veo que en todo esto haya contratiempo de ninguna clase para mí.

Saco un cigarrillo arrugado del bolsillo superior de la chaqueta y enciendo una cerilla con la uña del dedo pulgar. Siempre me siento feliz cuando lo logro.

—Usted estuvo en la casa de comidas y habló con el muerto unos momentos antes de que lo mataran. El dueño del figón dice que estuvieron los dos juntos y charlando durante más de media hora.

—Cierto… Pero tal hombre estaba cargado de ginebra y no se hallaba en condiciones de hablar mucho con nadie. Jamás lo había visto antes de ese momento y ni siquiera llegó a decirme su nombre.

Un zumbador produce un zumbido. Maclan se inclina, aprieta una palanca y pone en estado de funcionamiento el intercomunicador. Suena una voz que dice que un hombre llamado teniente Brill Stimes, del Departamento de Homicidios, quiere que me lleven a su despacho para hacer unas comprobaciones. Y allá me llevan.

Stimes es alto y lo suficientemente delgado para producirme la impresión de que su esposa no le proporciona con sus comidas las vitaminas suficientes para su sostenimiento. Tiene el cabello obscuro y lo lleva aplastado contra la cuadrada cabeza e impregnado de una pomada, grasosa muy perfumada. Su barbilla es puntiaguda y con un hoyuelo, y sus dientes acreditan al hombre que los hizo. El colmillo izquierdo es de oro y resplandece cuando el teniente sonríe y el rayo de sol que entra por la ventana cae sobre él. Me dice que me siente y ofrece una silla a Maclan, pero lo hace con un aire que parece indicar que le agradaría que Maclan pudiera hallar algo mejor que hacer que el permanecer allí sentado. ¡Maclan no tiene nada mejor que hacer!

Stimes parece un policía y obra como un policía; pero no es áspero. Muerde el extremo de un cigarro barato y lo arroja a una escupidera de latón. Después de casi desgastarse el dedo intentando encender un encendedor mecánico, lo logra y comunica fuego al cigarro. Luego, despide nubes de humo y hace

preguntas. Tanto el humo del cigarro como las preguntas tienen para mí un olor pestilente; pero consigo hallar las respuestas apropiadas.

Digo a Stimes que soy policía particular y le muestro mi licencia expedida en Chicago, que lo demuestra. El «sello» de Washington estampado sobre la licencia sirve para informar a todos los Estados que soy hombre digno de confianza. Stimes se impresiona favorablemente, y mucho más cuando Maclan interviene en la conversación para decir que él me garantiza apoyándose en lo que Brandon le comunica en su carta. Desde tal momento, Stimes continúa interpretando con sordina la sinfonía de su interrogatorio.

Más tarde, resulta que el propio Stimes posee tantos informes como Maclan acerca de mí y que supone que no puedo serle de gran utilidad en las investigaciones que ha de realizar para el descubrimiento del asesino o los asesinos. Sabe que estoy de vacaciones en Miami en unión de Shelia, mi hermosa esposa. Stimes sonríe un poco, muy poco, poco lo suficiente para que el sol vuelva a brillar sobre su diente de oro.

—Muy bien —me dice mirando su cigarro a través de la humareda lo mismo que si se preguntase quién demonios habría tenido el valor de regalárselo—. Sus explicaciones indican que estaba usted comiendo en el figón. Su esposa ha ido a pasar el día con unas amigas y unos amigos. Estaba usted sentado en la casa de comidas y pensando en sus asuntos particulares cuando «ese hombre» se acercó a su mesa y ocupó la silla vacía. Cuando hubo transcurrido alrededor de media hora, el hombre, que estaba demasiado borracho para que pudiera sostener una conversación, se levantó y se dirigió al mostrador para pagar lo que había consumido. Después salió a la calle y lo acribillaron a tiros. Usted corrió al exterior para ver lo que sucedía, y lo encontró muerto. Y los asesinos, según pudo suponer, huían en un «sedán» que no le sería posible reconocer aun cuando volviera a verlo. ¿Es esto lo que me ha manifestado usted?

—Ciertamente… Debo hacer una aclaración: el hombre no había muerto cuando llegué junto a él. Intentó hablar, decir algo; pero no logró mejor resultado que el producirme la impresión de que deseaba que se dijese algo a su jefe. Y no tenía sentido lo que entendí.

Enciendo un cigarrillo para combatir la pestilencia del cigarro de Stimes. Y Stimes dice:

—Examine esto.

Y me entrega una cartera. La abro, y me encuentro mirando una licencia de policía particular extendida a nombre de Sam Brenner, residente en Coral Dables.

—Bien —murmuro—. ¿Qué sabe usted acerca de esto? Dos hombres se sientan a una misma mesa para comer, y los dos son policías privados, a pesar de lo cual no tienen nada de qué hablar. De todos modos, esta licencia hace que tenga sentido lo que el muerto dijo. Pude entender algo que parecía significar: «Di al jefe que tenía razón». Si eso representa algo para usted, entonces podrá decir que sabe más que Gunga Din.

—No sé nada de ese Gunga. ¿Quién es?

—Dejémoslo… Esas palabras podrían indicar que Brenner trabajaba para algún cliente y que estaba próximo a aclarar el problema. Pudo hallarse tan próximo a sus raíces, que se ganó una mortaja. Pero, ¿a dónde nos lleva esta suposición?

—Es posible que a ninguna parte. Siempre he oído decir que ustedes, los policías particulares, están muy unidos y se ayudan y defienden mutuamente. Creo que a la policía oficial le agradaría saber quién diablos encargó a ese Brenner de resolver un problema. Y si tiene usted el propósito de averiguarlo, y en el caso de que tenga la suerte de lograrlo, acaso no olvide comunicármelo.

¿Le parece bien?

—Usted manda. Pero, ¿por qué demonios he de iniciar una investigación?… Me hallo en período de vacaciones. Por otra parte, tengo una esposa que me armaría un jaleo más que regular si comenzase a trabajar tan temprano.

—Muy bien. Olvídelo. Maclan responde por usted; de modo que no hay inconveniente en que se vaya de aquí y haga lo que le parezca más conveniente. En el caso de que no haya ningún inconveniente, ¿iría usted a la encuesta judicial?

Stimes comienza a expresarse de modo irónico. Me pongo en pie, saludo, me inclino ante Maclan, que corresponde con una sonrisa comprensiva, y los dos salimos y dejamos a Stimes a solas con su malhumor.

—Es buena persona —dice Maclan tan pronto como hemos salido del Departamento de Homicidios y nos encontramos de nuevo en la calle—. A veces padece de indigestión… Ya sabe usted lo que sucede…

—Cierto… Acaso suceda que su esposa no sepa cocinar bien, ¿eh?

—Es posible… Oiga: ahora que hablamos de cocina… Mi esposa es una gran cocinera. ¿Quiere usted cenar conmigo mañana?… Venga a recogerme a la oficina a las cuatro y media de la tarde… ¿Le parece bien?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no? Pero habré de llevar conmigo a mi esposa, salvo en el caso de que se caiga de la lancha mientras pesca y se ahogue… ¿Puedo llevarla?

—¡Llévela! Suba al automóvil y le llevaré a donde le parezca conveniente.

Subo al coche oficial y se me conduce a mi hotel, el «Haymaker», que está en la calle Flagger. Allí lo veo alejarse y pienso que en aquel vehículo va un policía a quien podría apreciar. Luego subo a mis habitaciones. Después de estar sentado en un inmundo despacho de la policía, me digo que una ducha sería agradable.

Me ducho.

Menos de un año más tarde, me encuentro refrescado y elegante con un traje de gabardina blanca. Mi reloj de pulsera me dice que son las tres de la tarde. Y pienso que puedo ir a la playa de Miami para contemplar a mis anchas las bellas bañistas vestidas con unos someros «bikinis». En el mismo momento en que me dispongo a ponerme un blanco panamá sobre la cabeza, suena el timbre del teléfono. Me llaman desde la mesa del vestíbulo del hotel para decirme que una dama quiere hablar conmigo. Se llama Linda Brenner. Creo que los ojos se me ensanchan un poco cuando respondo que la dama puede subir inmediatamente.

Suena una discreta y ligera llamada a la puerta. Me acerco y la abro. Por primera vez durante el curso del día, encuentro interés en la vida; pues esta muchacha es una de las más guapas que he visto desde hace muchas semanas. Está vestida con una blusita liviana y blanca que se ciñe a su busto y una falda de gabardina gris de primera calidad que apenas le llega a las corvas de las pantorrillas. Está calzada con unos zapatos de piel de ante que se emparejan con su monedero. El rostro de la señorita, perfectamente modelado, está cubierto de una expresión de dolor.

—Viene usted para hablarme de Sam, ¿eh?

La tomo de un brazo y la conduzco al diván. La habitación se hace mucho más hermosa y alegre estando ella sentada allí.

—Gracias.

Su voz es plena y profunda, pero decididamente femenina. Se niega a aceptar un cigarrillo, pero acepta un «Martini». Mientras le entrego el vaso, percibo su renuencia o su dificultad para iniciar una conversación. Uno de los músculos de su cuello palpita como un pulso más. Acerco una silla, me instalo

cómodamente y digo:

—Bien, guapa… Usted ha venido a hablarme de Sam. ¿Qué puedo hacer por usted?

La mirada de sus ojos, estremecedoramente azules, está fija en mí.

—Usted es detective particular… —dice Linda—. También lo era mi hermano. Y está muerto… —su voz tiembla cuando ahoga un sollozo—. Quiero que descubra usted al asesino o los asesinos de mi hermano.

Bebo un sorbo de mi «Martini» y doy un par de chupadas al cigarrillo. Me inclino en señal de aquiescencia y comprensión, pero reservo un pensamiento para mi esposa, Shelia, que se enojará si reanudo el trabajo cuando apenas han comenzado nuestras vacaciones. En tanto que medito, la hermosa Linda me dice que los policías oficiales le han hablado de mí, que Maclan le ha dicho que soy un investigador que disfruta de una gran reputación. Linda tiene grandes esperanzas y unos ojos anchos y expresivos. Se levanta del diván y se detiene ante mí de modo que me sea fácil apreciar la perfección de sus formas. Las lágrimas no están lejos de sus ojos, y su lucha por contenerlas y por sobreponerse a la intensidad de sus emociones hace que sus labios tiemblen de modo lastimoso. Me levanto a mi vez, y acaso sea que tengo un pecho muy ancho la razón de que ella apoye en él la cabeza para llorar repentinamente.

—¡Calma, niña!… —le doy unos golpecitos en las mejillas y observo que me satisface hacerlo—. No se excite… Calma, calma. Todo se…

No dejo de darme cuenta de su proximidad y de su sutil perfume. Le digo que cese de llorar y se encontrará más calmada. Y se encuentra «más calmada» en el acto, lo suficiente para que le sea posible levantar la cabeza y mirarme. Tiene unos labios que invitan al beso. Y acepto la invitación.

Linda se separa de mí y mueve la cabeza negativamente. En este mismo instante comprendo que estoy irrevocablemente comprometido a contribuir al descubrimiento del asesino de su hermano. Vuelvo a llenar los vasos con manos temblorosas. Enciendo un nuevo cigarrillo y aspiro el humo avaramente. Linda se sienta en el diván, cruza las piernas y me veo obligado a desviar la mirada en otra dirección. Comienzo a hablar de su hermano con el fin de obtener nuevos informes. Pero no es mucho lo que Linda puede revelarme. De lo único que podemos tener seguridad es de que Sam trabajaba para algún cliente y se acercó tanto a la solución del enigma, que cayó en la tumba.

—Usted tiene fe en las precauciones —dice Linda al ver que me sujeto una pistola del 25 a la pierna derecha, debajo de la rodilla, y una «Luger» con su funda en el lugar apropiado.

Le dirijo una sonrisa que indica que es cierta su observación.

—Cierto. Los hombres que han de enfrentarse con otros hombres que van armados con ametralladoras necesitan estar bien preparados… Y, además, necesitan mucha suerte. Sam se enfrentó con hombres que luchan sin piedad. Pero es posible que yo tenga mejor suerte que él.

Y vuelvo a dirigirle una sonrisa elocuente y expresiva. Pero ella baja la vista al suelo.

—Es una lástima que no sepamos para quién estaba trabajando Sam —continúo—. En el caso de que intente descubrirlo, es probable que tropiece con muchos inconvenientes y contratiempos… No querría convertirme en un cadáver mutilado antes de que obtenga algún buen resultado…

El enrojecimiento de su rostro me indica que Linda ha comprendido la insinuación. También me indica que no se mostrará reacia a un amorío romántico. Abandona el vaso sobre la mesita y se pone en pie.

—Vendré otra vez a verlo —dice con voz ronca y musical—. Cuando desee ponerse en contacto conmigo, me encontrará en Coral Gables, o en el «Juniper

Club», en la playa, donde trabajo.

—¿Es usted «animadora»?

—Canto canciones románticas. Hasta la vista… Nick.

Veo cómo la puerta se cierra tras ella y pienso que se lleva consigo una gran cantidad de esplendor. Linda tiene mucho de algo que no puede ser adquirido en botellas. Y creo que Shelia procedería con más cordura si no se fuese a pescar con sus amistades y no me dejase solo.

—¡Bah!

El pensar, cuando hace tanto calor, me produce dolor de cabeza, y llego a la conclusión de que disfrutaré una temperatura más fresca, si voy a la playa y dirijo unas miradas a los «bikinis» y a lo que contienen, como había decidido anteriormente. Por el momento, creo que no podré hacer nada que no sea formular preguntas y más preguntas. Alguien desconocido que se halle en algún lugar ignorado, podrá informarme de algo relacionado con Sam Brenner… Y espero, espero, espero… Es lo único que puedo hacer.

Mi primera visita es a la «Ace Hire Services», donde pago un precio exorbitante por el alquiler de un cupé «Studebaker» verde obscuro y cuyo motor está preparado de modo que pueda satisfacer al más exigente devorador de carreteras. Es posible que algún policía de circulación me mire con sospechas al verme correr por la Million Dollar Causeway, que enlaza a Miami con la playa de Miami.

Cuando abandono la Calzada del Millón de Dólares para seguir el camino que conduce al lugar en que suelen reunirse las bellezas playeras, paso ante el «Juniper Club». Aminoro un poco la velocidad de mi carrera y examino de pasada el edificio.

El «Juniper Club» podría ser clasificado como «futurista» en lo que se refiere a su arquitectura. Los jardines semejan unas llamas de colores a causa de las muchas flores que los adornan. Las flores han sido trasplantadas, de modo que en la actualidad forman caprichosos dibujos. Todas las calzadas y los senderos del jardín están bordeados de palmeras. Creo que Linda puede ganar un buen jornal cantando canciones sentimentales en este lugar.

Más allá del «Juniper Club» descubro la zona resguardada que es favorita de las adoradoras del sol, que parecen figuras de las portadas de los «magazines» con sus «bikinis» ceñidos y de variados colores. Cualquier hombre podría permanecer sentado y contemplando la prodigiosa escena sin cansarse por espacio de un largo siglo. ¡Si algunas de tales bellezas, además de serlo, supieran guisar…!

Alrededor de las cinco y media, decido que es hora de regresar a mi hotel. La cena se sirve a las siete, y creo que necesitaré tomar una nueva ducha antes de sentarme en el comedor. ¡Qué calor hace aquí, demonios! Es un calor pegajoso y molesto. Subo al «Studebaker» y me pongo en marcha.

He pagado dos días de alquiler del automóvil, por lo que al llegar al hotel recorro la rampa descendente que conduce a la cochera. Un filipino grueso me descubre su dentadura y me dice que le agradaría pasar un plumero por la carrocería del vehículo. El hombre se digna aceptar el billete de cinco dólares que le ofrezco. Si os parece que es una «propina» demasiado grande, os aconsejo que visitéis en alguna ocasión Miami, donde es necesario pagar hasta por respirar.

Desde el garaje subo en el ascensor los cuatro pisos que hay que pasar para llegar a lo que durante unos días es el hogar de los Cranley. Abro la puerta y me dirijo al mueble del aparato de radio que, al mismo tiempo, encierra un bien surtido bar. Saco una botella de «borbón», vierto una cantidad en el vaso y amenazo rociarlo con agua de seltz. Me vuelvo de espaldas al mueble con el

vaso en la mano, y me encuentro repentinamente ante la boca abierta de una pistola del 45 que reposa en una mano ruda perteneciente a un hombre que debe de haber surgido de detrás de las floreadas cortinas de las ventanas.

—¡Calma, amigo! —dice el hombre con voz tranquila—. ¡Calma… si no quieres morir!

CAPÍTULO II

El granuja que se hallaba detrás de la pistola tenía un labio que pedía a gritos la intervención de un cirujano. Supuse que habría recibido la herida por meterse en sitios en que no tenía derecho a estar. Sus palabras llegaron hasta mí matizadas por un ceceo ordinario.

—¿Sí?

Dirigí al hombre una mirada de pies a cabeza; pero tenía puesta la atención principalmente en el abultado extremo del cañón de la pistola, en el que había un silenciador de construcción casera. Sería improcedente decirle a aquel «gachó» que no podría disparar sin atraer la atención, puesto que el silenciador podría ser bueno. Como el mal acogido visitante había dicho, decidí tomar la situación con calma.

Cara-Cetrina miró hasta más allá de donde me hallaba, y al volverme pude ver que detrás de mí se encontraba un segundo visitante que debía de haber estado oculto en el cuarto de baño. Cara-Cetrina siseó y ceceó un poco más y dijo:

—Regístralo, Kansas.

Kansas se acercó a mí. Entonces pude verlo con atención. Tenía un parecido muy grande con «Cheetah», el inteligente chimpancé que puede verse en las películas de Tarzán; pero es posible que aquel hombre no fuese tan guapo ni tan listo como «Cheetah». Sin embargo, fué lo suficientemente astuto para descubrir la «Luger» que yo llevaba bajo el sobaco izquierdo y sacarla de donde se hallaba sin interponerse ni un solo instante entre, mí y el 45 que me apuntaba.

—Ya no tiene armas, Jingles —dijo Kansas después de haberme golpeado los bolsillos en busca de una segunda pistola que acaso pudiera conservar. Y arrojó la «Luger» al diván después de haberla despojado del cargador y de haberse guardado éste en un bolsillo de la chaqueta.

—Siéntate, amigo —ladró Jingles al mismo tiempo que señalaba con la pistola para indicarme que debía hacerlo en el diván.

Antes de que hubiera llegado allá, recogió la «Luger» y la arrojó al rincón de la habitación más cercano a la doble ventana.

Me senté.

Kansas había estado registrando el armario de las bebidas y entregó a Jingles un vaso de mi bebida favorita.

—Muy bien, amigos —gruñí al mismo tiempo que me llevaba el vaso a la boca y después de haber llegado a la conclusión de que Jingles no dispararía contra mí como castigo por haber efectuado un acto tan sencillo e inofensivo—. ¿En favor de quién hacéis todo esto?

La cantidad de líquido que había en el vaso de Kansas habría podido ser suficiente para que un barco flotase en ella. Me dije que había pasado mucho, mucho tiempo desde que Nick Cranley, el hombre duro y detective privado, había sido últimamente anulado por dos granujas de aspecto tan estúpido como

el de los que tenía delante.

Jingles dijo:

—No te asustes, compañero… Hemos venido a hablar contigo como amigos. Hemos de convencerte de que sería perjudicial para tu salud el meter las narices en cuestiones que no te importan… como el intentar ayudar a la policía. ¿Lo has entendido?

—A través de una lluvia de sssss y ccccc, sí.

—¡Hombre prudente, hum!… Ahora, Kansas, demuéstrale lo muy «persuasivos» que podemos ser.

Me di cuenta repentinamente de que el aliento de Kansas me rozaba el cuello. Un brazo potente que hedía con un mal olor del que sus compañeros no debían de haber hablado jamás a Kansas, me rodeó el cuello. La presión aumentó hasta el punto de que mi «manzana de Adán» pareció ir a producir sidra. Dejé caer mi vaso de «borbón» y me agarré al brazo torturador con ojos saltones. Oí una risa ceceante y sibilante que sonaba a mil millas de distancia y comprendí que Jingles se divertía con lo que estaba presenciando y animaba a su compañero a que redoblase los esfuerzos.

¡Gruuuh! aun cuando observé que estaba gimiendo separé las manos del brazo que me estaba oprimiendo y así un par de orejas. Apreté y retorcí, y tuve la satisfacción de poder aspirar un sorbo de aire. La mirada de mis ojos excitados se centró, sobre Jingles, y vi que se aproximaba un paso para descargarme un golpe con la culata de la pistola. Me colgué de las orejas que tenía agarradas y levanté ambos pies al mismo tiempo. Entonces experimenté una gran satisfacción al descargar una doble patada sobre el vientre de Jingles. Un aullido de dolor me reveló su angustia.

Kansas sudaba y se agitaba con el propósito de obligarme a soltar las orejas. Con gran rapidez separé las manos y las cerré detrás de su cuello. Kansas se inclinó un poco hacia atrás. Le descargué un golpe y le arrojé contra el diván. Kansas se convirtió en un pingajo gimiente y retorcido, un montón de carne temblorosa cuando su espina dorsal semejó partirse al chocar contra la pared. Con el fin de demostrarle de manera más indudable lo amistoso de mis intenciones, le clavé una rodilla en el estómago y lo dejé caer al suelo. Un pie disparado con buen propósito y buena puntería le hizo inmovilizarse.

Una abeja zumbó junto a mi oído y oí la sorda tos y me mostraba los rotos dientes, en los que brillaba un reflejo de odio que no era posible dejar de apreciar. Me tendí detrás del diván, y su dedo se blanqueó al oprimir de nuevo el gatillo. Yesones que volaron de la pared cayeron sobre mí y un proyectil se estrelló contra la pared. Trozos de yeso cayeron sobre mis ojos, mi boca y mi cuello. Me arrastré sobre el inerte Kansas para llegar al extremo del diván, y mientras lo hice, así la pistola que llevaba sujeta a la pierna. Me tranquilicé en el mismo instante en que percibí su contacto, y la levanté por encima del borde del diván en tanto que Jingles intentaba localizarme. Hizo un disparo, pero al mismo tiempo oprimí el gatillo de mi 25 y demostré que yo era el que mejor sabía manejar un arma. Jingles disparó contra mí otra y otra vez; mas ya estaba dejando caer el arma para agarrarse con la otra mano la destrozada muñeca.

Jingles se sorprendió mucho y derramó sobre mí un chaparrón de insultos e invectivas que contenían una referencia equivocada a mis parientes más cercanos. Salí del refugio del diván, me acerqué a él con rapidez y le obsequié con un golpe en la cara utilizando la culata de la pistola como si fuera una porra. Después de esto, cesó de ofender con su voz mis sensibles oídos.

Me hallaba junto a dos bellas durmientes; pero ningún príncipe, encantador o no, habría deseado hacerles recobrar la vida a fuerza de besos, pues ambos eran lo suficientemente feos para provocar espantosas pesadillas.

Durante el tiempo preciso para aplacarme los nervios con un nuevo vaso de «borbón», escuché en espera de oír signos de alarma procedentes de algunos otros ocupantes del hotel. El ladrido de mi 25 sonó de manera extremadamente ruidosa en los confines de la estancia: pero nada se agitó. Acaso fuese apagado el ruido del disparo por el sonido de las sirenas de los automóviles que pasaban por la calle.

El «borbón» es tan aplacador para mí, que decidí tomar un nuevo vaso. Me quité el sudor de la frente y lo deposité en los fondillos del pantalón. Puesto que me encontraba todavía vivito y coleando y no tenía en la cabeza ningún orificio que fuese un obstáculo para pensar, pude meditar sobre las extrañas circunstancias en que se había producido el inesperado ataque de los dos desconocidos granujas y que podría mostrarme un atajo que condujese al descubrimiento de datos relacionados con Sam Brenner, puesto que hasta aquel momento, que yo supiera, no había nadie en Miami que odiase mi vida hasta el punto de hacer que dos rufianes me persiguieran…, no siendo alguien a quien Brenner se hubiese hallado a punto de acusar. ¿Serían aquéllos los cobardes que habían asesinado a Sam Brenner?

Los dos hombres, lo mismo que Linda, podían haber obtenido informes respecto a mí por medio de alguna «grieta» de la policía. Sí, no había duda: de uno u otro modo, los dos bandidos estaban relacionados con aquella cuestión que Linda me había encarecido que desembrollase. ¿Sería conveniente que despertase de su siesta a aquel par de granujas?

Jingles parecía el más duro de los dos, por lo que decidí atarle los pies y las manos. Su propio y mugriento pañuelo me sirvió para amordazarlo e impedir que exhalase algún grito o palabras ofensivas que me pusieran en trance de desear matarlo. Luego concentré la atención en Kansas, que despertó ruidosamente cuando recibió un par de soberbias bofetadas en las mejillas. Hasta pareció más saludable después de haberlas recibido.

—Ahora, amigo… ¿para qué demonios vinisteis aquí vosotros dos? —le pregunté imperativamente—. Y, ¿quién os lo ordenó?

La amenaza que vibraba en mis preguntas hizo que Kansas se hundiese en las profundidades del diván y semejase un hombre que estuviera deseando que le brotasen alas para poder volar. Me acerqué una o dos pulgadas más y le abofeteé otra vez.

—Ahora comienza a hablar si no quieres que te arranque las tripas para hacerme unas ligas con ellas. ¿Quiénes sois y quién os envió?

—Yo… yo…

Kansas intentó incorporarse; pero un puñetazo con la mano izquierda dirigido a su llagada barriga le hizo esforzarse por respirar y mostrarse deseoso de satisfacer mi curiosidad. Un nuevo golpe en la prominente nariz le proporcionó un baño muy necesario en su propia sangre; y se chupó los labios, sin duda, para demostrar que tenía lengua. Los retorcimientos y los apagados gemidos de Jingles amordazado, que ya había recobrado el conocimiento no pudieron interrumpir el chorro de informes. Supe que aquellos dos granujas habían ido a sorprenderme con el fin de atemorizarme y advertirme que no auxiliase a la policía ni colaborase con ella y que tales órdenes les habían sido dictadas por un jefe llamado Stephen Mydayar.

Obtuve la dirección de Mydayar y la retuve en la memoria, así como las indicaciones que pedí para ir a aquel lugar. Me dije que Mydayar debía de ser un hombre con quien me gustaría encontrarme, lo que me produciría una gran felicidad. Luego, ordené a Kansas que repitiese la dirección, lo que contribuyó a llenarme de ánimos y satisfacción.

El «borbón» es la bebida que más me pone en condiciones de pensar, la que

más me ayuda a hacerlo. Esta fué la causa de que me sirviese una nueva y liberal ración. La bebí y paladeé basta que los ojos de Kansas se pusieron verdes de envidia, encendí un cigarrillo y me pregunté qué debería hacer con mis indeseables visitantes. Pero esto me obligó a pensar con tanta intensidad, que llegué a la conclusión de qué me era necesario tomar un nuevo vaso de «borbón». Podría entregarlos a los policías… Pero ¿qué lograría con ello? ¿Conseguiría obtener un buen fruto de este acto?

El chirrido de una llave en la cerradura de la puerta exterior de la serie de habitaciones me hizo volverme para ver a mi hermosa esposa entrar en la estancia Shelia entró caminando como si bailase un vals, con ojos resplandecientes y con la piel mucho más obscura que cuando me dejó aquella mañana para ir a cazar y pescar. Entró con una grata sonrisa prendida en el rostro, sonrisa que estaba destinada a saludarme del modo conveniente para una esposa amante; pero sus dientes, que un segundo antes fueron el centro deslumbrante de aquella sonrisa, desaparecieron cuando sus labios se apretaron y formaron una línea recta y firme.

—¡Oh, no! —murmuró—. ¡No me digas que…! Esos desperfectos que están ahí y que hacen que la habitación parezca una cosa tan sucia, no significan nada… No has sido tú quien los ha puesto en el estado en que se hallan, sino que volviste demasiado temprano y los encontraste así… Hay sangre por todas partes… No tienes contratiempos de ninguna clase, ¡no! Sé que puedo abandonarte por espacio de muy pocas horas sin temor a que te metas en líos y escaramuzas…

El dulce tono de Shelia se endureció a medida que hablaba. Y hasta un punto tal, que no habría sido posible cortar la ironía que en él hubo ni siquiera con un afilado cuchillo de salchichas. Me encogí de hombros.

—Sí… He hallado un nuevo cliente para mí… ¿No es hermoso?

Shelia agitó los brazos, los abrió con lentitud y un gesto de desaliento, y se dejó caer en una silla almohadillada, junto a la puerta.

—¡Dímelo!… ¡Oh, dímelo! —exclamó.

Sonreí de modo angustiado, busqué un cigarrillo en uno de los bolsos, lo encendí y exhalé una nube de humo en dirección a ella. Supuse que no era aquél el momento más apropiado para ofrecerle informes, puesto que las grandes orejas de los granujas podrían sorprender algo interesante, algo que yo no querría que ellos conocieran. Mas con el fin de provocar el contento de ella, le dije que aquella misma mañana había casi presenciado un asesinato, precisamente cuando estaba terminando mi comida. Le referí que los policías me habían conducido al cuartelillo, y terminé con una súplica: la de que creyese que soy hombre amigo de la paz y que mis únicos deseos en aquellos instantes se cifraban en un disfrute pacífico de mis vacaciones…

Y, como respuesta, me dirigió unas miradas y unas palabras de enojo muy poco prometedoras.

Dije que había soportado mi soledad con tanta indiferencia y tan pocos deseos de complicaciones, que había decidido ir a la playa para ver a las bellas bañistas, y que a mi regreso me había visto atacado por aquellos tales y cuales.

—¡Te han hecho una ofensa muy grave! —dijo Shelia tan pronto como le hube dicho que no les había ordenado que me acometiesen—. Quien supuso que sabías mucho más de lo que podría convenirte te ofendió al enviarte a esos dos espantapájaros para que se las entendiesen contigo.

Shelia miró más detenidamente a los dos granujas; y al cabo de unos instantes añadió:

—Conociéndote como te conozco, y después de haber visto a esos dos pingajos, casi tengo lástima de ellos. Muy bien. De modo que otra vez tenemos

complicaciones a la vista… ¿Qué hemos de hacer con esos dos monigotes? ¿Arrojarlos a la rada?

Jingles se retorció obstaculizado por las ligaduras, y sus mejillas enrojecieron cuando intentó hablar a través de la mordaza. Kansas comenzó a erguirse en su asiento del diván; pero volvió a dejarse caer sobre él cuando nuevamente le martilleé el delgado cráneo con la culata de la «Luger», que había logrado recuperar. En tanto que gemía por efecto del dolor, busqué en sus bolsillos el cargador que me había robado. Lo encontré, y el sonido que produjo al ser colocado en su puesto habitual fué halagador para mis oídos.

—Voy a atar también a este anémico amigo nuestro —dije en tanto que comenzaba a ligarle pies y manos. Cuando me hallaba apretando el último nudo, me dije que había tenido mucha suerte, puesto que Shelia no se había enojado del todo conmigo.

Shelia me observó mientras transportaba a los dos granujas atados al dormitorio desocupado, y se enderezó sobre las puntas de los pies para obsequiarme con un beso cuando me vió regresar. Al cerrar la puerta, se apagaron los ruidos y los gruñidos de los dos vencidos pobres diablos. Besé y volví a besar a Shelia. Nos sentamos en el diván, y ella me escuchó, en tanto que le refería vívidamente los acontecimientos de la jornada. Hablé del hombre asesinado y de la hermana que deseaba que fuesen descubiertos los autores de su muerte. Shelia dijo algo acerca de que soy un «caso» desesperante y sin remedio. Y ¿por qué diablos me resulta imposible resistirme a las súplicas de las mujeres que necesitan protección?

—Bueno —terminó diciendo—. Hasta ahora, todo está bien. ¿Mataron al hermano de esa señorita esos dos galápagos?

—No… Por lo menos, uno de ellos se negó a reconocerlo, a pesar de que lo traté de un modo que debió de animarle a hablar. Lo único que reveló es que él y su compañero vinieron en busca de mi sangre para cumplir las órdenes que les había dictado un tal Mydayar. Esos dos galápagos son solamente unos subalternos del hombre que los contrató.

—¿Qué haremos ahora?

—Tú no tienes necesidad de hacer nada —gruñí. Y empleé esta doble forma negativa para hacer más enérgica mi aseveración—. Nada…, salvo coger esa «Luger» y encargarte de mantener encerrados a estos dos granujas hasta que me haya entrevistado con ese Mydayar. ¿Te parece bien?

—Muy bien… Pero, antes, comamos. Tengo hambre. Podemos pedir que nos envíen aquí un refrigerio. Voy a telefonear al jefe de camareros.

Y así lo hicimos. La merienda fué muy buena; y hasta aquel momento no había comprendido yo que también estaba hambriento. Después de haber tomado un vaso de «borbón» que me sostuviese durante el recorrido que me proponía hacer, bajé al sótano para recoger el «Studebaker». El coche de la familia Chrysler que Shelia había utilizado durante el día se hallaba también allí; pero me pareció que sería una vergüenza utilizarlo para mis aventuras y, acaso, destrozarlo al perseguir a algún enemigo.

Me dirigí hacia Lauderdale, en la carretera Número Uno, como obediencia a las instrucciones que me había dado mi amigo Kansas. Un poco más allá de los límites de la ciudad de Miami hallé la carretera que conduce a Sun Lodge, mi punto de destino. Es una buena carretera. En tanto que corría, me acordé de Shelia y me pregunté si se apiadaría o no se apiadaría de Jingles y si le vendaría o no la muñeca herida. Llegué a la conclusión de que lo haría.

Cuando dejé detrás de mí las masas de mangle y un bosquecillo de aguacates, vi por primera vez un edificio de blanca piedra que reflejaba el moribundo sol como si fuera un globo de rojo fuego. Lo mismo que si fuera un

invitado a quien había de acogerse con agrado, recorrí la vereda hasta llegar ante la puerta principal de la casa.

Bajé del automóvil y, después de una rápida mirada a mi alrededor, subí las tres escaleras que conducían a la puerta y apreté el botón del timbre. Mientras tanto, me dije que aquel edificio era demasiado grande para residencia particular, puesto que por su tamaño podría ser utilizado perfectamente como hospital.

—¿Sí señó…?

El negro tenía un rostro sonriente. En sus ojos parecieron dibujarse dos interrogaciones. Y abrió la puerta tan silenciosamente, que tu repentina aparición casi me hizo saltar hacia atrás. Cesé de admirar los bien cuidados jardines y le mostré el cañón de mi 25, el que saqué del bolsillo en la misma actitud que si fuese una tarjeta de visita.

—Retrocede un poco, Blancanieves —dije al negro—. Y llévame en el acto a presencia de Mydayar. Nada de jugarretas, y nadie tendrá nada que sentir. ¿Comprendes?

Blancanieves no me dijo si había comprendido o no; pero tuvo el buen sentido necesario para no discutir. Me precedió a lo largo de diversos pasillos provistos de alfombras que me produjeron la impresión de que me hallaba caminando sobre una hierba esponjosa. Me llevó a una habitación en que había hasta una docena de muebles archivadores de cubierta de cristal y patas brillantísimas. En el extremo más lejano de la habitación, al pie de una ventana, se hallaba sentado un hombre de cabellos grises tras una mesa larga y bajo el potente reflector de una lámpara. Tenía el hombre un traje negro y el mismo aspecto que podría tener un enterrador vestido con sus ropas en día de fiesta. El hombre levantó la cabeza, adelantó el labio inferior y observó con sorpresa cómo el negro me hacía entrar en la estancia sin anunciar previamente mi presencia. Pude entonces ver que la chaqueta de aquel caballero era de terciopelo y del tipo que suele llamarse «smoking».

—Diga…

En la voz de Mydayar hubo un extraño acento. Moví la mano para que pudiera ver la pistola que en ella reposaba y adoptase una actitud en consonancia con el aviso que de tal modo le transmitía. Al mismo tiempo, sonreía de modo que le permitiera vislumbrar la perfección de mi dentadura.

—Soy Nick Cranley —le dije con voz enérgica—. Me han visitado unos dependientes suyos, y sospecho que la visita no me agradó absolutamente nada. Diga a este borrón que se retire de aquí para que podamos hablar reservadamente… Y dígale que no se acerque a los teléfonos ni nada parecido. Nada de policías, nada de amigos y ayudantes… si no quiere usted ir a parar al cementerio. ¿Acepta mi propuesta?

CAPÍTULO III

Mydayar enrojeció intensamente. Entre el resplandor de la lámpara que tenía sobre la mesa pareció como un molinero encerrado en un saco de harina. Tenía unos ojos obscuros más anchos y más grandes de lo corriente; pero debo reconocer que de ello no parecía emanar ningún mal. Observé cómo el hombre despedía con un movimiento de mano a su criado negro y, después, con un nuevo movimiento, me indicaba, que tomase asiento. Luego, recogió con manos nerviosas una bandeja de plata que se hallaba sobre una mesita próxima y en la

que había *whisky*, cerveza floja y vasos; llenó los vasos y me entregó uno de ellos.

—No me gusta que vayan granujas a alborotarme el cabello —dije; y acompañé estas palabras de un «gracias» por la bebida. El esperó—. Y no puedo simpatizar con los jefes de esos granujas. ¿Por qué no me dice usted por qué, cómo y cuándo me he hecho acreedor a las atenciones de usted?

Mydayar pareció sorprenderse cuando hice un cuadro verbal de la escena que se había desarrollado en mis habitaciones del hotel. Y dijo:

—Esos hombres están locos… No les he ordenado que le zarandeen a usted, como acaba de decirme que han hecho…

—Entonces, ¿para qué los envió usted?

Mydayar movió los largos y temblorosos dedos sobre los vasos y los llenó de nuevo. Me entregó el mío, y lo bebí a pequeños sorbos.

Luego, vi que se daba cuenta de que yo estaba esperando pacientemente a que me ofreciera una explicación.

—Sam Brenner estaba trabajando para mí —dijo—. Me estremecí y horroricé cuando tuve noticias de su muerte. Tengo un amigo que forma parte de las fuerzas de policía del cuartelillo… Y puesto que deseaba evitar que el asunto de que se trataba se hiciese del dominio público, intenté conseguir que lo que usted pudiera haber visto u oído llegase a conocimiento de la policía. Creí que doscientos dólares serían una cantidad suficiente para…

—¡Doscientos dólares!… ¿Doscientos dólares?… ¿Quiere usted decir que intentó comprarme por esa cantidad?

—Ciertamente.

Mydayar no me pareció en aquellos momentos un hombre de la clase de los que pueden llegar a disfrutar de mis simpatías; pero pude apreciar que había sido engañado. Siendo unos granujas de baja estofa, Jingles y Kansas opinarían que sería una insensatez el intento de comprarme con dinero y, en consecuencia, resolvieron la cuestión del modo que les pareció más eficaz para forzarme a guardar silencio… y para convertirse en propietarios de los doscientos dólares.

—Muy bien —dije al mismo tiempo que tomaba unos cortos sorbos de *whisky* con cerveza—. Brenner trabajaba para usted. Me parece bien. No pienso revelar nada a los policías, puesto que nada sé… Lo que me interesa es hallar a los que lo asesinaron. Y he de hacerlo, porque su hermana me ha contratado para que lo haga. En estos momentos he adquirido seguridad de que usted y sus dos mansos rufianes no tenían razones de ninguna clase para matar a Brenner.

—¿Lo ha contratado… dice? ¿Es usted detective?

Mydayar abrió los ojos más que nunca. Me incliné afirmativamente y le mostré mi licencia. Se impresionó al ver el sello de los «G-men» de Washington, y, repentinamente, comenzó a exponer peticiones de perdón y disculpa.

—Nick Cranley, de Chicago —murmuró medio para sí—. Debería haber recordado el nombre… Esto es maravilloso…

—¿Por qué?

—Todavía no se ha resuelto el asunto en que Brenner investigaba —dijo de manera suave, pero decidida—. Podría pagarle bien a usted si quisiera encargarse de continuar las gestiones… Si es usted tan hábil e inteligente como la gente dice, acaso pueda ayudarme y descubrir a los asesinos de Brenner al mismo tiempo.

—¿Sí?

Mydayar inclinó la cabeza.

—Brenner estaba trabajando para mí, como le he dicho. Debía de hallarse cerca de descubrir algo muy importante, y sin duda hubo alguien a quien no

interesaba que prosperase en su labor y decidió llenarle el cuerpo de plomo. En el caso de que usted pudiera seguir la misma dirección que él y obtener los mismos resultados, lo más probable sería que hubiera de enfrentarse con los mismos asesinos.

—Muy bien. Creo que me interesa. ¿Qué trabajo estaba realizando Brenner?

Mydayar suspiró, acaso satisfecho al comprender que soy hombre de ánimo esforzado y que me hallaba dispuesto a ayudarle. Levantó la cubierta del libro, encuadernado en piel labrada, que estaba repasando cuando llegué, y vi que era un álbum de sellos de correos que se hallaban primorosamente colocados. Había en una de las páginas un pequeño espacio en blanco, un espacio en el que podrían colocarse hasta cuatro sellos. Los cuadros que se marcaban en torno al lugar, que tenían despellejada la parte superior del papel, indicaban que aquel espacio no había estado siempre vacío.

—Me robaron cuatro sellos de correos —dijo atribuladamente Mydayar—. Contraté a Brenner para que descubriese al ladrón. Y quiero que esos sellos vuelvan a mi colección. Y quiero que vuelvan intactos.

—¿Qué es lo que los hace tan valiosos?

—Los sellos desaparecidos son cuatro de la Guayana inglesa, de un centavo. Valen alrededor de cincuenta mil dólares cada uno, o sea: unos doscientos mil dólares en total…

—¡Buena ganancia! ¿Dónde podría adquirir varios sellos de esos a su precio original de un centavo?

Mydayar rió guturalmente; pero me miró con atención, como si hubiera comprendido que no soy tan tonto como habría de ser si hiciese en serio una pregunta de la naturaleza de aquella. Y me explicó:

—No existen muchos sellos de esos. Y son lo que los filatélicos llamamos «ejemplares premiados».

—Valiendo doscientos mil dólares los cuatro, estoy convencido de que son valiosos, no hay duda. Y supongo que… ¿no serán difíciles de vender esos «ejemplares premiados»?

Mydayar hizo un gesto afirmativo; pero, al mismo tiempo, se encogió de hombros.

—Debería ser difícil venderlos; pero hay muchos coleccionistas faltos de escrúpulos y que disponen de mucho dinero. Esos coleccionistas pagarían por los sellos la cantidad que se les pidiera y no preguntarían de dónde procedían. Un vendedor cualquiera puede ofrecer sus sellos a esos compradores sin miedo a sufrir complicaciones ni disgustos.

Mydayar se dirigió nuevamente hacia la bebida; pero me negué a aceptar un nuevo vaso y encendí un cigarrillo.

—Esta es una cuestión absolutamente confidencial —murmuró él—. Y supongo que la policía no tiene necesidad de recibir informes facilitados por mí. Yo no maté a Brenner, y tengo seguridad de que lo que interesa a la policía es el asesino o los asesinos.

—Así debe de ser. Volvamos a los sellos. ¿Quién pudo disponer de la ocasión de robarlos? —me llevé las puntas de los dedos a los labios y arranqué de ellos unas hebras de tabaco. Luego, descargué sobre la cubierta del álbum de sellos unos golpecitos—. ¿Dónde guarda usted este álbum cuando no está examinando los sellos?

Mydayar me demostró que le gustaba el alcohol, puesto que se sirvió una nueva ración, más liberal que las anteriores. Después formó una tienda de campaña con los dedos sobre la superficie de la mesa e intentó mover cada uno de ellos sucesiva y separadamente.

—Casi todas las personas que residen en esta casa pudieron disponer de la

ocasión necesaria para robar los sellos —dijo de modo tan lento como triste—. Generalmente, los sellos suelen estar encerrados en la caja de caudales que se halla en ese rincón; pero en algunas ocasiones, los dejo aquí mismo, sobre la mesa, durante cortos espacios de tiempo.

—Muy bien. ¿Quiénes residen en la casa o tienen entrada habitual en ella?

—Aparte de mí mismo y de Jules, el negro, tenemos a Marlene, mi hija, dos doncellas, Neilie y Bertha, y la señora Grime, la cocinera. Hasta hace poco tiempo, teníamos también al esposo de mi hija, que se llama Philip Doan. La cocinera, las doncellas y Jules están a mi lado desde hace varios años, y son personas dignas de toda mi confianza. Naturalmente, mi hija no sería capaz de robarme nada…

—Presenta usted las cosas con una claridad admirable. Si tan bien conoce a las personas que residen con usted, nos queda ese hombre, ese Doan, como el sospechoso número uno. ¿Es ésta la suposición de usted?

—Sí. Sospecho de Philip. Pero siempre he sido indulgente para con él, y podría suceder que fuera inocente por completo.

—Me ha dicho usted que ha estado aquí hasta hace poco tiempo. ¿Por qué no está aquí ya?

Mydayar suspiró y edificó una nueva tienda de campaña con los dedos sobre la mesa.

—No creo que pueda decirse que el matrimonio haya sido un acierto —dijo —. Marlene me cuenta muy poco y se conduce lo mismo que si su esposo se hallase realizando un viaje de negocios, o algo parecido, y hubiera de volver en cualquier momento. Desapareció hace una semana.

—Y fué entonces, precisamente, cuando descubrió usted la falta de los sellos, ¿eh?

Mydayar inclinó la cabeza de modo afirmativo y tomó un nuevo sorbo de su vaso.

—Si así quiere usted decirlo… ¡sí! Sé que Brenner partió del mismo principio; pero no sé si pudo llegar hasta Philip…

—Brenner ha muerto violentamente. Acaso haya sido Philip el incitador de su muerte.

Mydayar cogió un palillo de cerezo y se golpeó con él los dientes. Un dentista los había construido de modo tan acertado, que parecían legítimos.

—Oiga, Cranley —me dijo repentinamente, como si hubiera estado pensando con intensidad—: si no procediera usted con cautela y reserva, esto podría constituir el principio de un gran escándalo. Es cosa que no me agradaría. Lo único que deseo es que los sellos sean hallados y devueltos a mi colección.

—Bien —le dije—. Acaso sepa usted qué es lo que



...Y me encuentro repentinamente ante un «45»...

más le interesa y conviene hacer. Creo que podré encargarme de realizar las pesquisas referentes a este caso, que es una parte del que ya me he comprometido a desembrollar. Opino que un anticipo de doscientos dólares sería suficiente para formalizar el convenio, y… ¿quiere usted que hablemos acerca de una paga de cincuenta dólares diarios, gastos aparte? ¿Le parece aceptable la proposición?

Mydayar me miró fijamente y respondió:

—Eso representa cuatro veces la cantidad que había convenido con Brenner.

Sonreí de modo burlón al oírlo.

—Sí; pero Brenner está muerto. Si la cuestión presenta tan mal aspecto como su muerte parece proclamar, creo que me convendrá contratar un seguro de vida.

Mydayar asintió, sonrió, abrió un cajón y sacó de él un talonario de cheques

y una pluma. Llenó un cheque y me lo entregó antes de que se hubiera secado la tinta. Lo soplé ligeramente con el fin de secarla, y vi que estaba extendido por un valor de trescientos dólares.

—Gracias. Siempre es grato llevar encima un cheque que no inspire recelo. Sería bueno que hablase un poco con su hija, con Marlene. Es posible que tenga alguna fotografía de su esposo, de ese Philip. ¿Está ahora aquí?

—Estaba hace pocos momentos, sí. Se hallaba junto al estanque del jardín posterior. Supongo que me entregará usted una nota de los gastos…

—Sin duda. Detallaré todos los pagos, uno a uno. ¿Cómo puedo salir a los jardines?

Mydayar salió de detrás de la mesa. Entonces observé que era mucho más bajo de lo que había supuesto. Casi tuve que agacharme para poder mirarlo con comodidad. Me dió una mano inerte, y la estreché suavemente con el fin de no arrancársela. Luego me condujo a las ventanas francesas y las abrió. Me señaló una espesura de rosales y me dijo que esta espesura rodeaba el estanque. Salí al jardín y oí que la puerta se cerraba detrás de mí. La luz del día vivía sus últimos momentos; pero, como sucede en Miami y en casi toda Florida, la noche era cálida. Se hace preciso ser un buen meteorólogo y disponer de un cuadrante y cientos de instrumentos para poder descubrir un ligero soplo de brisa.

Encendí un cigarrillo y me dirigí hacia la espesura de rosales a través de una senda descendente de cemento. Mis zapatos de suela de goma son tan silenciosos como una serpiente; segurísimo que apenas produje unos ruidos muy ligeros. El estanque era algo más pequeño que el lago Michigan, y el sonido del agua me dijo que alguien estaba nadando en él.

—¡Eh, oigan!

Lo dije a grandes voces y miré entre la creciente obscuridad en busca del nadador o nadadora, que debía de ser Marlene. Se produjo una exclamación de sorpresa que hizo que mi mirada se dirigiese hacia ella. Se hallaba a una distancia de alrededor de diez pies, y en el mismo instante me di cuenta de que estaba completamente desnuda.

Creo que fué George Robey, el gran comediante inglés, quien definió la esencia del tacto y la diplomacia. Dijo algo acerca de que el tacto era la actitud que se adopta cuando al acercarse un hombre a un cuarto donde una señora estaba tomando un baño, tenía la serenidad de ánimo de decir: «Buenos días, señor». Cuando un hombre se acerca a un estanque donde se encuentra una mujer en el mismo estado de falta de vestidos, puede utilizar las mismas palabras.

—Buenas noches, señor —dije.

—¡Oh!

La dama, que estaba flotando de espaldas cuando la vi por primera vez, se puso de pie de modo que solamente su cabeza asomó por encima del agua. Creo que debió de parecerle muy divertida la situación, ya que estalló en una risa armoniosa y dijo:

—Usted debe de ser el recaudador de contribuciones, sin duda… ¿A quién desea ver?

—¿Es usted la señorita Mydayar?… ¿Qué quiere usted que haga? ¿Me siento aquí, en la orilla, y disparo preguntas y más preguntas por encima del agua?

De nuevo sonó la armonía de la risa argentina. Yo podría haber indicado que no me habría producido repugnancia el unirme a aquella sesión de baño; pero ella dijo:

—Ahora saldré del agua. Espere cinco minutos, y luego, vaya a buscarme al extremo norte del estanque, donde está el chalet.

No es posible discutir con una mujer cuando dice con firmeza lo que dice. La joven se alejó nadando de costado. El consumido cigarrillo me anunció el final de los cinco minutos fijados, por lo que caminé junto a la orilla del estanque en dirección al lugar en que la señorita, ya respetablemente vestida, debía de estar esperándome. Al acercarme a ella pude ver que se hallaba tendida en una silla de jardín que se asomaba sobre el estanque. Se hallaba vestida con una especie de kimono de felpa y tenía en la mano un cigarrillo sin encender.

Cuando estuve cerca de ella, me pidió lumbre para el cigarrillo.

—Un joven desconocido y extraño —me dijo al mismo tiempo que se inclinaba para acercarse a la llama de la cerilla. Y el entreabierto cuello de la bata me dijo que la joven no se había vestido sino con ella. Reí.

—Un desconocido…, sí. Un joven extraño…, no. ¿Por qué me pidió usted un plazo de cinco minutos para vestirse si lo único que ha hecho ha sido ponerse un kimono?

No me era posible ver en aquel momento la expresión de la joven, puesto que la cerilla se había apagado ya. Pero cuando se llevó las manos al cuello para ajustarse el de la bata comprendí que había creído que podía verla con facilidad. Al encender un cigarrillo con la llama de una nueva cerilla, pude ver que la joven estaba sonriendo. Y, también, que me examinaba atentamente mientras duraba la lumbre de la cerilla. Después curvó los labios para formar con ellos un círculo perfecto y exhaló una nube de humo.

—¿Qué quiere usted de mí…, señor?

—Cranley. Soy Nick Cranley, detective particular. ¡Nada de asuntos de divorcio, por favor! Su papá me ha contratado hace unos momentos para que recupere sus perdidos tesoros de un centavo de valor cada uno. Esto, ¿tiene algún valor para usted?

—¡Ah, los sellos!… Sí. Supongo que usted querrá, lo mismo que el otro detective, Brenner, hacerme preguntas acerca de Philip… Creo que ya ha debido de llegar usted a la conclusión de que Philip es el ladrón…

—Podría serlo… ¿Qué es lo que hace que sea tan difícil creerlo o comprenderlo?

La señorita dejó que esta pregunta se perdiese en el aire. Y al mover el brazo para acercarse el cigarrillo a los labios, el cuello de la bata se abrió un poco más. Ya era demasiado tarde para que pudiera verse algo; pero, repentinamente, se encendió una multitud de fantásticas luces que rodeaba el estanque. La joven se apretó el kimono contra el cuerpo.

—¡Pobre Philip! —dijo dulcemente—. No es extraño que huyese de mí. Papá debe de odiarlo de un modo terrible.

Marlene había levantado la cabeza, de modo que me fué posible verle perfectamente el rostro. Tenía las facciones clásicas que podrían hacer que le fuese fácil ganar un premio en un concurso de belleza cinco minutos después de levantarse de la cama. El color de su cabello era engañoso bajo aquellas luces de colores, pero supuse que debía de ser de una grata tonalidad roja. Cuando me hallaba mirándola, observé que, a su vez, me hacía objeto de un escrutinio cuidado y detenido. Acaso estuviese pensando que yo me preguntaba qué razones habría podido tener aquel Doan para huir de ella. Me pareció que el tal Philip era un imbécil de tomo y lomo; pues el separarse de una mujer tan hermosa, era una estupidez de las más grandes que podrían cometerse.

—No he supuesto que su papá odiase a Philip… —dije—. Papá llegó hasta a decirme que Philip podría ser inocente. ¿O lo hizo así como obediencia a un deseo de proceder con diplomacia?

—¡Es una artimaña, nada más! —dijo ella coléricamente—. Papá odia a

Philip. Acaso crea que usted es lo suficientemente listo para que pueda hallar los sellos y devolvérselos, por lo cual no estima necesario expresar su odio. Espera, sin duda, que usted demostrará que Philip es el ladrón. ¿Por qué ha venido usted a verme? ¿Para qué?

—Siempre me ha satisfecho ver a las bañistas que se bañan con lo que representa un retorno a la naturaleza. Hablando con seriedad, quería saber si podría proporcionarme una fotografía de Philip. Es un sospechoso que podríamos llamar… natural. Y será necesario que lo hallemos. En el caso de que sea inocente, le proporcionaremos los medios de librarse de sospechas. Además, todo debe hacerse de ese modo, porque papá quiere que no se produzca ningún escándalo. ¿Tiene usted las fotografías?

—¡Vea a papá! —dijo ella hoscamente y después de un gruñido muy poco propio de una dama—. «Nada de escándalo», ¿eh? Sí; supongo que ese será el modo de proceder que papá desea; pero si hallase usted al ladrón, y éste resultase ser Philip, entonces papá se cuidaría de hacer que me concediese el divorcio… o… otra cosa…

—No habrá ninguna «otra cosa». ¿Cuál es la causa del odio de papá a Philip?

Marlene se levantó y volvió a ajustarse el kimono. Después, me presentó una mano, que estreché con calor, y se alejó a todo correr. Antes de que hubiera podido darme cuenta, se había zambullido de nuevo en el agua.

—¡Eh!…

—¡Pida la fotografía a papá! —respondió—. La encontrará en mi habitación. ¡Adiós, señor Cranley!

—¡Eh!…

Lo único que llegó hasta mis oídos fué el ruido del agua. Las luces que rodeaban el estanque servían solamente para hacer que su superficie pareciese más obscura. Me fué difícil localizar el punto en que se hallaba la bañista. Me encogí de hombros y me volví para ponerme en camino hacia la casa. Mydayar estaba sentado tras su mesa cuando llamé a la ventana para que abriese la puerta. Y todavía continuaba mirando disgustadamente el espacio vacante de su álbum de sellos.

—¿La ha visto usted? —me preguntó al mismo tiempo que señalaba la botella del *whisky* para indicarme que podía tomar un nuevo vaso si lo deseaba—. ¿Se ha mostrado dispuesta a complacerle?

—No mucho. No, nada de *whisky*, gracias. Me dijo que le pidiera que me entregase una fotografía de Philip que tiene en su habitación. Si lo hiciera usted, yo lanzaría exclamaciones de alegría.

Mydayar hizo un gesto afirmativo y desapareció. Al cabo de muy poco tiempo, regresó y me entregó una fotografía pequeñita, del tipo de las que se emplean en los pasaportes, que representaba a un joven de barbilla retraída y con expresión de disgusto y temor. Era una de esas fotografías que obligan a pensar que las mujeres más hermosas se inclinan siempre hacia los hombres menos valiosos.

—Gracias. Creo que podrá serme de utilidad. ¿Hay algo más que le agrade añadir a lo dicho?… ¿Algo acerca de esta cuestión y que se le haya olvidado indicarme?

Mydayar me puso una mano sobre el brazo derecho y descargó en él unos suaves golpecitos.

—Limítese a hallar los sellos y a devolvérmelos, señor Cranley. Le pago para que lo haga, no para que fisgue en las vidas de los Mydayar. ¿Lo ha comprendido?

—Perfectamente. De todos modos, me ha gustado su *whisky*. ¡Hasta la vista!

—Buenas noches, señor Cranley. No olvide informarme con frecuencia.

CAPÍTULO IV

Jules me acompañó hasta la salida con cara de expresión imposible de descifrar. Debía de tener unas opiniones propias sobre un hombre que llegaba a la mansión armado de una pistola para pedir que se le admitiese. Y probablemente habría oído toda nuestra conversación. En tanto que siga habiendo ojos en las cerraduras de las puertas, habrá quien se dedique a ver y escuchar a su través.

Mientras me alejaba, la hermosa Marlene absorbía la mayor parte de mis pensamientos. Marlene era una muchacha mucho más desgraciada de lo que aparentaba.

De nuevo en el hotel y después de haber conducido el «Studebaker» al garaje del sótano, me dirigí a mis habitaciones. La puerta estaba cerrada con llave; pero Shelia la abrió tan pronto como hube llamado con los nudillos. Me rodeó el cuello con los brazos, me apretó contra sí y me pidió un beso. Parecía ser que había estado muy preocupada pensando que debería de haberme metido en alguna situación peligrosa.

—Voy a pedir la cena —dijo al mismo tiempo que descolgaba el teléfono—. Has tardado mucho tiempo en volver.

—¡Hum, hum! ¿Todavía están ahí los prisioneros? Shelia hizo un ademán afirmativo y sonrió y me dijo que sería desacostumbrado que no estuvieran, puesto que suelo atar convenientemente a mis cautivos. Entré en la habitación y vi que, en efecto, allí continuaban. No supe por qué, llegué a la suposición de que tales hombres me odiaban y deseaban que nada bueno me sucediese. Los desaté, y les concedí cierto tiempo para que pudieran restablecer la circulación de la sangre a fuerza de masajes. Jingles se disponía a comenzar a jurar; pero le amenacé con obligarle a trabarse los dientes.

—Podéis marcharos, amigos. No os necesito. La próxima vez que recibáis el encargo de pagarme doscientos dólares, no intentéis hacer una jugadita como la de ahora. ¡Hala! ¡Largo de aquí!

Los dos granujas se marcharon rabo entre piernas. Durante la cena referí a Shelia lo sucedido en casa de Mydayar; pero nada dije respecto a la guapa Marlene.

—Bien —dijo Shelia—; creo que este es un caso cerrado casi tan pronto como fué abierto, y sin grandes dificultades. Lo único que no me gusta de él es que Brenner haya muerto. No corras riesgos innecesarios. ¿Qué haremos ahora?

—¿Quieres decir que deseas tomar parte en el «juego»?

—¿Por qué no? —preguntó Shelia—. Me dijiste que en este asunto había una especie de aroma especial. ¿Qué es?

—En primer lugar —respondió—, que encuentro extraño que ese hombre, Mydayar, contrate a un detective privado para que descubra al ladrón que se apoderó de sus sellos de correos. La policía oficial está mejor preparada y dotada para realizar esa labor y guardar discreción, si fuese preciso. No sé por qué razón, sospecho que Mydayar no puede recurrir a los servicios de la policía del Estado. Y eso me inspira una pregunta que no acierto a contestar. Un: «¿por qué»? Estoy invitado a cenar mañana en casa de Maclan. Es posible que hable con él confidencialmente de esta cuestión. He aceptado un anticipo de Mydayar; de modo que debe esperar que yo sea discreto. Hasta ahora, lo único que me interesa es hallar al autor del robo de los sellos y al asesino de Brenner.

Hasta ahora no he hallado ningún punto de contacto entre ambos casos, aunque es probable que los haya. Es posible que Brenner haya sido asesinado por algún antiguo enemigo que no tenga ninguna relación con la cuestión del robo.

—Comprendo. Supongo que nos convendría hallar a ese Philip Doan y averiguar por qué abandonó a su esposa. ¿Crees que fué él quien robó los sellos?

—¿Quién lo sabe?

El timbre del teléfono interrumpió nuestra conversación. Me llamaba Brill Stimes, que estaba ansioso por proporcionarme informaciones.

—Ya hemos hallado al asesino de Brenner, Cranley. No. No será sometido a juicio ni hablará. Se negó a entregarse, y cayó de cabeza en la tumba. Sí. No hay duda respecto a que sea el asesino de Brenner. Recibimos una confidencia, y seguimos la dirección que se nos marcaba. Sí. El asesino fué un hombre que profesaba un odio antiguo a Brenner. Ya podemos dar por resuelto este caso.

—Me sorprende usted. ¿Quién les hizo confidencias?

—Quien las hizo no nos indicó su dirección, Cranley. Fué un aviso telefónico... No hemos podido localizarlo. El hombre que nos habló nos dijo que podríamos hallar al asesino de Brenner en un vaciadero del canal de desagüe; y que si la buscábamos con atención, podríamos hallar el arma que sirvió para cometer el crimen. Y la encontramos. El hombre que ocupaba la choza no se detuvo a discutir, sino que se puso en fuga. Sí, no hay duda.

—No hay indicios respecto a quién podrá ser el denunciante, ¿eh? ¡Qué lástima! Adiós. Y gracias por las noticias.

Shelia escuchó mi versión de lo que Stimes me había comunicado y se encogió de hombros. Después, me recordó que disponíamos de dos horas hasta que llegase la conveniente para acostarnos y que podría utilizarlas yendo al «Juniper Club» para ver si Linda es tan buena cantante como teníamos derecho a esperar. Me pareció una buena idea.

Cuando nos instalamos ante una mesa, un reflector derramaba la luz sobre el tablado en que había una figura inmóvil, como si hubiera terminado en aquel momento de representar su número y esperase que se produjese una tempestad de aplausos. Era Linda. Las luces cambiaron de colores.

—Olvidaste decirme que es muy guapa, Nick —me dijo dulcemente Shelia.

Después de la corta ovación, se produjo un nuevo apaciguamiento del ruido. La banda comenzó a interpretar los primeros compases de una canción titulada: «¿Recordé decirte que te adoro?» Linda comenzó a cantar de nuevo. Su canto no era tan bueno como su aspecto físico; pero tampoco tan malo como para agriar la nata. Linda fué y vino entre las mesas. Y, de pronto, me vió. Me guiñó un ojo, y pronunció las palabras finales de la canción. Después se inclinó para recibir los aplausos que sonaron. Las luces se encendieron por completo y los aplausos continuaron. Pensé que la causa de la ovación no era precisamente la voz de Linda, sino lo que el escaso vestido envolvía.

Miré a mi alrededor en busca del lugar por donde Linda había desaparecido y dije a Shelia que tenía que ver a un hombre con quien debía hablar respecto a un perro. Shelia me preguntó si no sería acerca de una «perra». Apenas había comenzado a cruzar la sala, cuando Linda reapareció a través de la cortina. Me adelanté hasta ella y dije:

—Estaba buscándola, preciosa. Quiero ir a su casa para repasar los efectos de Sam. ¿Podré hacerlo mañana por la mañana?

—Sí. Pero no vaya demasiado temprano.

—Muy bien. La señora que está sentada en mi mesa es muy celosa. No le permita adivinar nada respecto a esta cita si no quiere que yo también muera

asesinado.

Linda comprendió y me dijo que esperaría en mi mesa hasta que yo llegase. Cuando llegué, después de haber simulado una entrevista con el «caballero del perro», Linda me dirigió una mirada que me sirvió para entender que Shelia le había comunicado cuál era el parentesco que nos unía.

Nos sirvieron nuevas bebidas, nuevos «Sueños de juventud», como los llamaban en la casa, y con el fin de huir de temas peligrosos, Linda habló del hecho de que me había encargado que trabajase para ella.

—Acaso se pregunten, ustedes por qué no estoy más afligida o abrumada por la muerte de Sam —nos dijo—. Pero debo declarar que Sam y yo no nos llevábamos muy bien. Estuve muy apenada en los primeros momentos; pero me he consolado bastante al conocer la suerte que ha corrido su asesino. ¿Han venido ustedes con el exclusivo propósito de hablar conmigo?

—Sí —respondí en tanto que bebía un sorbo de mi combinado—. He averiguado algo acerca de Sam. Estaba trabajando para un cliente. Yo voy a terminar la labor que él inició. ¿Ha visto usted en alguna ocasión a este hombre?

Y entregué a Linda la fotografía de Philip Doan. Y la miré con atención. Su ligera expresión de sorpresa fugaz me dijo que aquel hombre no le era desconocido.

—Sí… —respondió dulcemente—. Conozco a este hombre. No recuerdo su nombre; pero lo vi con frecuencia cuando este club era una casa de juego. Si quiere ponerse en contacto con él, visite el «Dixie Dices Club», una casa de juego de alta clase que está en uno de los extremos de Florida Keys. Dirige el lugar un hombre llamado Follister. Me han dicho que es un «hombre de armas tomar».

Follister. Repetí el nombre lentamente; pero nada me recordó. De repente, experimenté una gran alegría, puesto que este nombre era uno de los que Brenner había pronunciado durante su estancia en la casa de comidas. No recordé nada que pudiera haber servido de motivo inspirador de las risas que el nombre de Follister provocó en Sam Brenner; pero el hecho de que lo hubiera pronunciado me intrigó. Puse una mano sobre la de Linda. La punta del zapato, tan elegante como fuerte, de Shelia, me desolló un tobillo.

—¿Sam —pregunté a Linda— jugaba mucho?

Linda negó con un movimiento de cabeza. La negativa quería decir que no sabía si Sam jugaba o no jugaba .

—Bien; tengo que separarme de ustedes —dijo Linda repentinamente. Supuse que debía cambiarse de ropas con rapidez para ofrecer nuevas canciones a los clientes del establecimiento—. Adiós —añadió dirigiéndose a Shelia. Y dijo para mí—: Muchas gracias por haber venido. Espero que logre usted mejores resultados para Mydayar que los que Sam obtuvo. Adiós…

—¡Adiós!

Shelia repitió mis palabras de despedida y me dijo que debíamos marcharnos de allí sin pérdida de tiempo. Y de pronto, dijo inesperadamente:

—¿Has observado que citó el nombre de Mydayar? Tú no le dijiste que era el hombre para quien Sam estaba trabajando…

—Sí… Es cierto. Ahora bien: ¿cómo y por qué conoce ella ese nombre?

CAPÍTULO V

El pasar una parte de la noche en un club y el acostarse demasiado tarde son causas suficientes para que un hombre se encuentre cansado cuando llega la mañana siguiente. Yo lo estaba exageradamente al llegar el momento de levantarme. Una mirada en dirección a la ventana me dijo que la mañana estaba demasiado avanzada. Shelia tenía un brazo sobre mi cuello, lo que me hizo recordar que la muerte por ahorcamiento es muy dolorosa.

—¡Oh! —dijo Shelia tan pronto como hubo despertado—. «Sueños de Juventud» pude hacernos sentirnos jóvenes un momento después de tomarlo; pero a la mañana siguiente produce una impresión de vejez y agotamiento físico.

Shelia me dijo que después de ducharse se encontraría en condiciones de disfrutar con una nueva excursión de caza y pesca, lo que me pareció muy conveniente para mí.

Después del desayuno y de la partida de Shelia, hice que llenasen de gasolina el depósito del «Studebaker». En tanto que lo hacían, pensé en Linda y en el hombre que murió al negarse a ser detenido y cuya culpabilidad en el asesinato de Sam Brenner podría haber sido amañada por alguien. Quería visitar el lugar de su residencia y visitar a Linda, también. La moneda que arrojé al aire cayó con la «cara» hacia arriba, lo que me decidió a ir en primer lugar a la choza próxima al canal, donde el supuesto asesino de Sam Brenner entabló conocimiento con el plomo de la policía.

Una parada en el despacho de Maclan me sirvió para obtener la dirección exacta. Maclan quiso saber por qué me parecía que podría ser interesante una visita a la choza donde ya nadie residía; pero no le contesté y le dejé creer que lo hacía, por efecto de una sencilla curiosidad.

Subí al «Studebaker» e inicié la marcha.

Habiendo abandonado la carretera principal, me alegré al ver la choza en la lejanía, pues pensé que sería agradable detenerme antes de que el estado del camino me revolviese las tripas.

La choza se hallaba al borde de un declive del canal de riego y era poco más que un tejado de hierba sostenido por cuatro arbolitos convertidos en postes.

Bajé del automóvil, me limpié el sudor y encendí un cigarrillo para ahuyentar a los insectos. Detrás de la choza había un claro cubierto de hierba y helechos. Tres troncos delgados de árboles servían para formar una cocina al estilo indio. Cerca de allí se hallaban dos indias semínolas, en cuyos vestidos brillaban innumerables lentejuelas. Las dos mujeres estaban manejando unas cacerolas y pucheros.

—¡Hola!

Mi saludo apenas obtuvo como respuesta una fría mirada de la más vieja de las dos indias. Casi todos los semínolas saben hablar inglés; pero no suelen hacerlo sino en caso de necesidad. Me preguntaba cómo podría hacer amistad con aquellas gentes, cuando observé un movimiento de ropas blancas tras unos árboles situados a unas ochenta yardas de allí. Sin duda había alguien que era demasiado tímido y no se atrevía a mostrarse con claridad.

—¡Eh, oigan! ¡No soy policía! —grité. Tampoco obtuve respuesta—. ¡Eh! ¡Tengo algunos dólares, y los daré a cambio de informes!

Las ropas blancas surgieron de detrás de los árboles. Tales ropas vestían a un hombre de aspecto villano del que podía observarse que no estaba en buenas relaciones de amistad con el lavado.

El hombre se detuvo cuando se encontró a diez yardas de distancia. Era un villano, sin ninguna duda, y lo parecía aún más como consecuencia de la larga

cicatriz que le desfiguraba la mejilla izquierda. Reveló una mano que llevaba tras la espalda, y pude ver que en ella había un cuchillo curvo. Tenía la barba roja, era rechoncho y estaba mascando tabaco.

—Dices que no eres «poli» —dijo el hombre al mismo tiempo que abría la boca de modo que me recordó la entrada al «metro»—. ¿Qué diablos quieres de mí?

—Tengo un par de dólares que no me sirven para nada. Acaso podría hallar hasta cinco en caso de que fuera necesario… Necesito informes verdaderos a cambio de esas monedas de plata. ¿Comprendes?

—Informes acerca de Dinky, ¿eh? Has dicho que no eres «poli». ¿Qué diablos de jugarreta quieres hacerme?

Dinky Dino era el nombre del individuo que se suponía que había matado a Sam Brenner. Incliné la cabeza, saqué la cartera y mostré unos billetes para indicar que procedía de buena fe. El hombre se adelantó unos pasos; pero el cuchillo continuó donde todavía podía verlo. Con el fin de evitar accidentes, me lancé hacia delante, dejé caer la cartera y cogí al hombre por las dos muñecas. Apreté y retorcí su brazo izquierdo de modo que crujieron los huesos. El hombre descargó lo que podría ser calificado de dos coces, con las cuales faltó poco para que me alcanzase en las espinillas. Una nueva presión le impidió seguir coceando. El cuchillo pasó a mi poder. Empujé al hombre y lo arrojé a tierra, donde se retorció doloridamente. Agité el cuchillo y le dirigí una sonrisa.

—No quiero causarte daños —gruñí al mismo tiempo que recogía la cartera —. Toma cinco dólares. Como ves, cumplo mi promesa. Supuse que convendría quitarte el cuchillo para evitar que pudieras causarme algún mal en el caso de que te pusieras nervioso.

Barbas de Matojo se frotó el brazo dolorido, pero sonrió con tristeza y sin rencor. Recogió los cinco dólares y dijo:

—Son billetes nuevos, bonitos y legí…timos. Bueno: ¿qué quieres saber?

Hasta allí todo iba bien. Al cabo de pocos momentos, supe que Dinky y aquel hombre eran compañeros, aun cuando mi informante residía más lejos del canal. Parecía ser que éste había ido aquella mañana a la choza con el fin de ver si Dinky había poseído algún objeto que ya no pudiera serle de utilidad.

—No lo comprendo —murmuré—. ¿Cómo sería posible que Dinky poseyese una ametralladora y que alguien lo contratase para que realizase una muerte…?

—Te engañas lo mismo que se engañaron esos policías tontos —dijo Barbas de Matojo—. Dinky no había salido de esta zona desde hace muchas semanas. Ayer vino a visitarlo un primo o sobrino o hermano, y sospecho que fué él quien hizo que lo matasen. Los «polis» llegaron anoche en bandadas cuando menos lo esperaba, y el pobre Dinky creyó que debería marcharse de aquí hasta que se hubieran retirado. Y ya sabes lo que sucedió.

—Sí: corrió, y lo acribillaron a disparos. La ametralladora fué hallada en esta choza.

—Creo que lo que te he dicho vale ya los cinco dólares.

—Es cierto. Toma otros cinco dólares para que les hagan compañía. ¿Quieres que te devuelva el cuchillo?

—Si te quedas con él… tengo otro. Pero no creo que tengas interés en robar nada a un hombre tan pobre como yo. Sí, me gustaría que me lo devolvieras.

—Cuando esté en el automóvil y haya iniciado la marcha, lo arrojaré donde puedas encontrarlo. Gracias por tu colaboración.

—Gracias por el dinero. Cuando tengas otra vez dinero que no te sirva para nada, ven a visitar al viejo Sammy Ironside. ¡Hasta la vista, compañero!

—¡Hasta la vista!

Mientras regresaba por la defectuosa carretera, pensé acerca de lo que conocía. En primer lugar, Sam Brenner había muerto asesinado cuando trabajaba en una cuestión tan poco interesante como era el descubrimiento del autor del robo de cuatro sellos. Después, la propia hermana de Brenner me comprometía a que realizase investigaciones y citaba el nombre de Mydayar al poco tiempo de haberme enterado de que era Mydayar el hombre para quien estaba trabajando. Linda había obtenido el nombre a través de alguien; pero ¿de quién? Lo más intrigante de todo es siempre los caprichos referentes a un ser desconocido. Por la razón que fuese, se hizo necesario atribuir la muerte de Brenner a alguien, y con toda rapidez, por lo cual se forjó una falsa acusación contra un pobre diablo llamado Dinky Dino. ¿Por qué? Acaso se hiciese con la intención de que la policía no continuase las investigaciones y no pudiera llegar más cerca de alguien. ¿De quién? En cuanto a los sellos… Supuse que había algo mucho más importante que estos sellos en el fondo de la cuestión, aun cuando doscientos mil dólares no pueda decirse que sean grano de anís.

Y ¿qué papel representaba la hermosa Marlene en todo ello? Supongamos que su esposo, Philip, hubiese robado los sellos. ¿Estaría ella ocultándolo tras una cortina de falsedades y laborando para que el esposo fugitivo volviese a su lado? Podría ser…

Tomé la dirección de Miami y de Coral Gables, que es una zona generalmente habitada por lo que llamamos la «clase media». Casi todas las casas son de arquitectura española. En la parte sur está el Bulevar de Buenavista, donde vivía Linda.

Cuando hube llegado, detuve el automóvil y encendí un cigarrillo. Eran las once de la mañana. Nadie respondió a la llamada que hice a la puerta delantera, lo que motivó mi desplazamiento hacia la parte posterior de la casa. Al asomarme por una ventana, vi un hombre que hablaba a gritos a alguien que se hallaba en la cama, lo que me produjo la impresión de que las cosas no presentaban un aspecto tranquilizador. Saqué del bolsillo mi «Luger» y abrí la puerta.

—Voy a preguntarte por última vez, niña, dónde están la cámara de Sam y las fotografías que tomó. ¡Habla o…!

—¿En favor de quién haces todo eso?

Abrí la puerta y apunté con mi pistola al sorprendido preguntante. El hombre desnudó los dientes, amarillos y con aspecto de colmillos de serpiente, y exhaló una maldición. Linda se incorporó en el lecho. Vi que tenía las manos atadas tras la espalda.

—¡Levanta las manos, amigo! —dije al granuja—. ¡Más arriba, a más altura!

El hombre debía de estar sudando; pero no cesaba de sonreír de manera ordinaria. Casi con el ímpetu necesario para partirme una costilla, la boca de una pistola se apoyó en mi espalda. Una voz sin tono sonó:

—¡Eres tú quien ha de levantarlas, amigo! Dispara contra Harry y dispararé contra ti. ¿No es justo?

Harry tenía un amigo. Dejé caer al suelo la «Luger», levanté las manos y me volví con lentitud. Pude ver un hombre que apenas alcanzaría una altura de seis pies cuando se hallase sobre una caja de jabón. Supuse que el recién llegado sería el único visitante que había en la casa, además del que se encontraba en el dormitorio, y le agarré de una muñeca. El hombre se sorprendió cuando le clavé una rodilla en el vientre, a pesar de lo cual acertó a hacer un disparo. Mi impecable traje blanco recibió una fea quemadura que lo manchó lastimosamente. Como respuesta, le golpeé con los nudillos en la mandíbula. Entretanto, Harry había cesado de ver en todo lo que sucedía

motivos para el regocijo y se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta, de donde sacó un «38». En el mismo momento acerté a descargarle un puntapié en el codo. Harry gritó de un modo terrible. Pensé si le habría roto un brazo.

—¡Dele *lo suyo,* Nick! —gritó Linda—. ¡No tenga piedad de él!

Harry era lo suficientemente alto y pesado para que me pareciera hecho de plomo. Me golpeó con el brazo sano en el costado hasta que me separé de él para evitar que me abriese un agujero en el cuerpo. Su puño me golpeó el rostro, me envió a varias yardas de distancia y me produjo en la boca un sabor a sal. Se llevó el arma de fuego a la mano sana, apretó el gatillo…, y aflojó la presión, guardándose el revólver en un bolsillo al mismo tiempo que daba un puntapié a mi «Luger».

—¡Levántate! —gritó—. Esta vez quiero reducir mis gastos de balas.

Se acercó un paso más. Me di cuenta de que flexionaba los dedos de la mano derecha con el fin de comprobar que el vigor volvía a ellos.

Harry confiaba, sin duda, en que podía partirme en dos. Y hasta cabe en lo posible que no estuviera injustificada tal confianza. Me puse en pie y logré apartar la barbilla del recorrido que seguía su puño. El puño casi silbó al pasar ante mi rostro. Llevaba la fuerza suficiente para decapitarme. Harry sonrió y disparó un nuevo golpe de la misma naturaleza. Recibí en la cara un mazazo terrible que casi me arrancó todos los dientes y me lanzó contra la pared. Pude recibirlo con un golpe a la barbilla cuando se aproximaba. Mi cabeza comenzó a limpiarse de nieblas. Al aproximarse aun más para aporrearme, le amenacé con la mano derecha y le golpeé con la izquierda. Mi puño sonó contra su boca y de sus labios brotó un repentino chorro de sangre.

—¡Macháquelo, Nick! —gritó Linda, para animarme—. ¡Macháquelo!

Harry y yo nos habíamos separado ya de la pared, lo que me permitió despreciar sus intentos de boxear y dedicarme a practicar el «judo». Y lo hice de tal modo, que le resultó difícil utilizar los brazos. Lo agarré de las solapas, retrocedí, me dejé caer de espaldas y le puse un pie en el vientre. Lo lancé hacia lo alto y golpeó la pared con la cabeza al caer. Me levanté y le di un puntapié en la cabeza. Un nuevo golpe del mismo género lo dejó inconsciente… casi.

La lucha había sido corta, pero me hallaba tan sucio como si hubiera estado trabajando durante doce horas en una mina de carbón. Me llevé el pañuelo a la boca y vi que se manchaba de sangre. Harry puede estar orgulloso de la violencia con que es capaz de golpear.

El granuja pudo sentarse en el suelo y gemir, por lo cual, me incliné y recogí su pistola. Recogí también mi «Luger», y me sentí repentinamente libre de peligros.

—¡Desáteme, Nick! —dijo, dulcemente, Linda—. ¡Desáteme para que pueda poner a esos dos lagartos en condiciones de no padecer dolores. ¡Cuando haya encontrado un cuchillo, les partiré el corazón!

CAPÍTULO VI

Cuando hube desatado a Linda, me vi obligado a sujetarla para evitar que cumpliese la amenaza que había proferido. Creo que la habría cumplido aun cuando no hubiese hallado el cuchillo. Tenía las uñas de longitud suficiente para que constituyesen un peligro efectivo. Por lo menos, podían arrancar ojos.

—¡Sepárese de mí! —me dijo fieramente—. ¡Sepárese de mí!

—¡Calma, muchacha, calma —le recomendé—. Calma… y vístase. ¡Está

delante de tres hombres!

—¡Oh, oh! —exclamó ella, al mismo tiempo que se ponía presurosamente unas ropas.

En aquel momento, el hombre grandote comenzó a despertar y nos miró. Y puesto que lo hizo en actitud beligerante, lo amenacé con mi pistola.

—Hablemos, granujas —les dije—. Vinisteis aquí en busca de una cámara fotográfica y de unas fotografías. ¿Quién os mandó hacerlo?

—¡Dame un cigarro, compañero!

Harry, el más grande de los dos bandidos, me miraba con expresión diferente a la anterior. Era una expresión en la que había un respeto muy grande. Le arrojé un cigarrillo. Podría respetarme. Pero eso no quería decir que yo fuera a acercarme a él para darle lumbre y permitir que volviese a acometerme. No.

—La cámara, Harry… ¡Vamos, habla! ¿Quién os mandó y por qué?

—¡Lamento mucho no haberte clavado una bala en el corazón cuando tuve ocasión de hacerlo!

—Sí, eso me dijiste… Muchas gracias, Harry. Creo que me agrada más tener el cuerpo de una sola pieza. Abandonemos el vals y dediquémonos a la rumba… ¿Quién os envió en busca de la cámara?

El granuja nada respondió. Harry dirigió una sonrisa a su compañero. Como quiera que estoy acostumbrado al trato de esos hombres que se creen duros, dejé pasar sin comentarios sus actos pasivos. Y entonces, recordé el truco que aprendí de un policía de Méjico antes de venir a Miami. Para realizarlo, me era necesario el «38».

—Te gustará mucho lo que voy a hacer. Harry —dije con indiferencia—. Es una cosa parecida a la ruleta rusa.

En tanto que hablaba, extraje cinco balas del «38», me puse la «Luger» sobre las rodillas, donde pudiera recogerla en el mismo instante en que la necesitase, y di vueltas a la cámara del revólver de Harry. Después, apreté el gatillo. El gatillo saltó contra un depósito vacío, pero Harry se estremeció y comenzó a derramar un chorro de maldiciones y blasfemias. En tanto que demostraba lo extenso de su vocabulario en expresiones del mismo género, oprimí, una vez más, el gatillo. Se produjo otro golpe seco. De nuevo comencé a apretar el disparador. Harry se puso en pie rápidamente, mas yo agarré la «Luger» y Harry tuvo el talento suficiente para saber lo que le sucedería en el caso, de que fuese de ésta el gatillo que yo oprimiese. Se chupó los labios para humedecerlos.

—No quiero engañar a nadie —dije a Harry—. Si quieres continuar siendo imbécil y obstinado, sigue con la boca cerrada. Pero cuando apriete el gatillo dos o tres veces más, ya no podrás volver a abrirla en todas las eternidades. Habla, amigo. ¿Qué me dices de la cámara y de quién te envió a buscarla?

—Eres el bastardo de sangre más fría que el diablo ha hecho con el fuego del infierno —dijo Harry, con más indignación que lógica—. ¡Claro que hablaré! Acaso no lo creas, pero no sé nada. Tenía que venir aquí para buscar unas fotografías que Sam tomó. Podría suceder que las fotografías no estuviesen reveladas todavía, y por esta razón debía llevarme la cámara, en el caso de que la película estuviera todavía en ella. Esto es todo lo que sé.

Giré de nuevo la cámara del «38» y apreté el gatillo. Harry desnudó los dientes como si fuera un animal acorralado.

—Debes saber algo más —le dije—. Alguien te paga por hacer eso y por actuar de matasiete. Comencemos a examinar la cuestión desde ese punto de vista. ¿Quién te envió aquí?

—Un hombre que me llamó por teléfono. No me indicó su nombre.

—¿Esperas que lo crea? ¿Quieres que te destroce las rodillas por medio de dos tiros para que hagas memoria?

Levanté la «Luger». Harry comenzó a sudar.

—¡De verdad, amigo! No sé ni una sola palabra más. Un hombre me llamó para decirme que otro hombre llamado Ludwig le había indicado el número de mi teléfono y le había dicho que yo era el hombre indicado para realizar un trabajo como este. Había realizado hace tiempo un trabajo para ese Ludwig y supuse que no tenía necesidad de hacer más averiguaciones respecto a ese otro hombre. El desconocido me ofreció un par de billetes de a ciento. Debía llevar lo que encontrase aquí a un lugar de la carretera principal, esta misma noche, donde me pagarían lo prometido. Nadie me haría preguntas. ¡De verdad, compañero, no te engaño!

Supuse que era cierto lo que Harry decía, me ablandé un poco y le entregué otro cigarrillo.

—Bien, Harry. Tú debías entregar lo que encontrases aquí a alguien que te esperará esta noche en la carretera. ¿Cómo sabrías que la persona que hallases sería la que debía recibir lo que llevases?

—El tal hombre me preguntaría si tenía una cerilla para encender el cigarrillo, y yo debía responder que para hacer preguntas de esa clase debía llevar dos billetes de cien dólares en las manos. ¿Comprendes?

—Creo que sí.

—Es usted muy hábil, Nick —me dijo Linda, dulcemente—. Pero ahora, cuando tanto ha averiguado, ¿sabe lo que ha de hacer con estos dos granujas?

—Esa es una pregunta de veinte dólares en una sesión de «¿Lo toma o lo deja?». No puedo entregarlos a la policía, porque ésta dificultaría mi labor futura. Lo mejor de todo sería matarlos a tiros y arrojarlos al mar. Pero equivaldría a cometer una injusticia… para los peces. Necesito un lugar en que mantenerlos ocultos. ¿Tiene usted algún amigo, Linda, que pueda hacernos ese favor?

—Creo que sí. En el Club hay una bodega. Y no será difícil persuadir al jefe…

No me pareció muy conveniente la proposición, por lo que medité en busca de una solución más ventajosa. Linda fué en busca de unas cuerdas con las que atamos a los dos granujas con la suficiente firmeza para que no pudieran originarnos conflictos. Después, les metimos unos trapos en la boca y los trasladamos a la leñera.

Linda demostró a continuación que no era una mujer tan moderna como para que supiera guisar. Abrió unas latas de conservas y tomamos una comida fría. A continuación, dije que debíamos apoderarnos de la cámara y las fotografías que los dos granujas habían ido a buscar.

La búsqueda exigió el empleo de mucho tiempo, mas al fin, hallamos una tabla suelta en el dormitorio de Sam, y bajo la tabla, una cartera de cuero. La cartera estaba llena de fotografías todas las cuales parecían ser de la clase de las que pueden servir de fundamento para ejercer chantaje, puesto que casi todas reproducían hombres acompañados de mujeres guapas. Parece ser que Sam no era precisamente un hombre honrado.

—¡Maldito granujilla! —dijo Linda—. Sabía que no era muy moral, pero no creí que practicase el chantaje.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Basta de dramas! —dije—. Es demasiado tarde para verter lágrimas por Sam. Si tenía unos pasatiempos reprobables, ya no podrá practicarlos más. ¿No es cierto? ¡Olvídelo!

En tanto que hablaba con Linda, terminé de vaciar la cartera. En un sobre

pequeño, había una fotografía y su negativa. La fotografía que hallé era precisamente la que buscaba, sin duda, puesto que sería una coincidencia demasiado grande que en ella apareciese Doan.

Figuraban en ella Doan y otros dos hombres. Se hallaban sentados en una estancia recargadamente adornada. Cerca de la mano izquierda de uno de los hombres desconocidos, había un rectángulo de papel, sobre el que se destacaban cuatro sellos. Era preciso ampliar la fotografía antes de adquirir seguridad de todo esto. Pero era cosa que podía hacerse con facilidad.

—Este hombre es Follister, el jugador —dijo Linda señalando a uno de ellos —. Me refiero al grueso. Ese otro es Doan, sin duda alguna, pero no he visto ninguno a quien ese otro me recuerde.

Había, pues, un desconocido en la instantánea.

—Acaso no importa —gruñí—. Apostaría el pescuezo a que Doan y Follister son los dos caballeros que han preparado la visita que hemos recibido de esos dos señores que están en la leñera. ¿Tenía Sam un laboratorio fotográfico?

—Sí. En la choza de cemento del jardín. La puerta estará cerrada. Pero la llave estará bajo la piedra de la derecha. Iré con usted.

Sam conocía bien la fotografía. La choza de cemento formaba un laboratorio bien dotado y acondicionado. Allí encontré la cámara de Sam.

Al cabo de unos momentos, tuve todo dispuesto para hacer ampliaciones. Después de haber hecho una prueba de exposición, hice una ampliación de la negativa que me interesaba. Más tarde, hice otra copia que comprendía solamente la sección de los sellos. Eran los robados, sin dudas de ningún género.

—¿Qué más piensa usted hacer? —me preguntó Linda.

—Nuevas ampliaciones. Las de las caras de esos hombres, especialmente de la del desconocido.

Las hice. Los rostros adquirieron tal tamaño, que hasta las más ligeras arrugas eran claramente visibles. Me satisfizo el progreso que esto representaba para mis gestiones, ya que me serviría para probar que Doan estaba relacionado con los sellos. Y también Follister. Mydayar no podría acusarme de haber malgastado su dinero.

El nombre de Mydayar me recordó algo. Cuando volvíamos a la casa, pregunté a Linda por qué y cómo sabía que Sam trabajaba para él. Si hubiera sospechado que Linda tuviera secretos, habría tenido motivos para borrar mis sospechas en el mismo instante.

—Mydayar me telefoneó, Nick, y me preguntó si necesitaba dinero y me dijo cuánto lamentaba que Sam hubiera sido asesinado cuando era de suponer que estaba trabajando para él. Quería que no supiese que tuviera ninguna responsabilidad en la muerte de mi hermano, pero me facilitaría algún dinero en el caso de que me hallase en situación apurada.

—Es muy justo.

Sam tenía en la mesa del gabinete unos sobres destinados a contener fotografías tamaño de «un cuarto». Cogí varios de ellos y puse una fotografía en cada uno e hice una indicación en los sobres para saber cuál era la fotografía que cada uno contenía. Eran las cuatro y media de la tarde.

—Esta noche debía ir a cenar en compañía de un amigo —dije a Linda, cuando recordé la invitación de Maclan—. Voy a llamarlo por teléfono para excusarme de asistir a la cena. Por otra parte, tengo interés en reunirme con él después de medianoche.

Telefoneé a Maclan y expuse unas lamentaciones por la imposibilidad de cenar con él. Le dije que lo vería a hora más avanzada de la noche y respondió que su esposa sabe guisar comidas a cualquier hora. Prometí visitar su casa

aquella misma noche, a hora más avanzada de la convenida.

Linda preparó una cena compuesta nuevamente de conservas envasadas, sin duda para demostrar, una vez más, lo muy buena cocinera que era. Después se duchó y vistió para acudir a su lugar de trabajo. Un taxi fué a recogerla a las siete. Dije que los granujas no estarían ya en la leñera ni en la casa cuando regresase.

—Hasta la vista, Nick —me dijo.

Vi cómo se alejaba el taxi y volví a la casa. Los dos granujas estaban bien atados, por lo que fui al garaje de alquiler, donde cambié el «Cupé» por un «Sedán»» y pagué anticipadamente el alquiler de varios días. Fuí a mi hotel, me lavé y me cambié de traje. Cuando ya había anochecido, regresé a Coral Gables y sin llamar la atención, por lo menos aparentemente, cargué los dos granujas en el automóvil.

Me dirigí con rapidez al Canal de Desagüe y a la choza en que esperanza hallar de nuevo a Ironside. Ironside es un hombre que se entusiasmaría al saber que podría ganarse cincuenta dólares solamente por tomarse el trabajo de vigilar a dos hombres que estaban perfectamente atados.

CAPÍTULO VII

Mis reacios personajes permanecieron quietos y tranquilos durante la mayor parte del recorrido. Y siendo hombres que viven en un mundo en que es corriente hacerlo, supusieron al final que los llevaba para darles el paseo. ¡Un paseo de ida sin vuelta!

Permanecieron tranquilos hasta que llegamos al camino malo. Era tan grande el traqueteo del vehículo, que hasta es posible que deseasen estar muertos.

Las indias semínolas se hallaban aún en las cercanías de la choza sin paredes. La más joven de las dos, que apenas tendría poco más de noventa años, se mostró dispuesta a ir en busca de Ironside. Supuse que éste les habría hablado de mí. Y lo hizo tan pronto como le hube prometido un billete de diez dólares.

Volvía al automóvil y me senté para fumar un cigarrillo en tanto que esperaba la llegada de mi antiguo amigo. Las ranas croaban en la lejanía.

Harry debía de haber logrado quitarse la mordaza. Su voz sonó entre la obscuridad para formular quejosamente la petición de un cigarrillo. Encendí uno y se lo puse en la boca, después de haber iluminado la escena con una de las luces del automóvil. El enano tenía unos ojos tan patéticos como los de un perro manso, razón que me movió a quitarle la mordaza y entregarle otro cigarrillo.

—¿Aquí es, eh? —dijo Harry—. ¿Es aquí donde vas a tirarnos al agua?

Intenté convencerle de que no tenía necesidad de hacerlo, cuando una voz me llamó desde la obscuridad. Al cabo de un instante, Ironside se presentó y dijo:

—¡Hola, amigo! ¿Has encontrado ya algún otro dinero que darme?

—Sí, amigo. Mira ésos dos pajarracos.

La joven india se acercó y me recordó que le debía diez dólares. Se los entregué y pronunció unas palabras que acaso fuesen de agradecimiento. Ironside miró al interior del coche y exclamó:

—¡Amigo, eres una fiera! ¡Esos hombres son dos asesinos!

Había comenzado a cobrar aprecio a Sammy Ironside. Le dije lo que sucedía

— o, por lo menos, lo que creí que podría interesarle — y accedió a conservar a los prisioneros hasta que le diese orden de libertarlos. Me dijo que no sería difícil vigilarlos con la ayuda de los indios y que el servicio me costaría cincuenta dólares. Le entregué ésta cantidad, y dije:

—Habrá otros cincuenta más. Sammy, si cumples bien tu obligación. Retenlos aquí hasta que recibas orden en contrario y no permitas que nadie sepa que están prisioneros. ¿Te has enterado?

—Sí, sí.

—Has dicho que estos hombres son asesinos, Sammy… ¿Los conoces? ¿Pertenecen a la cuadrilla de Follister?

—No. Los hombres que trabajan para Follister son más empedernidos que éstos. Más duros… como aquel hermano, o primo o lo que fuese de Dino. Estos hombres son asesinos, pero asesinos de mujeres, a las que cortan el cuello o quitan el dinero. Haces bien confiándomelos.

Después de esto, entre Sammy y yo trasladamos a los dos granujas a la choza. Y me alejé de allí Fui directamente a la casa de Harry Maclan.

La casa de Maclan está situada en la parte norte de Miami. Detuve el automóvil, toqué la bocina y Maclan salió a abrir la puerta principal y después el portillo del jardín.

A Maclan le gusta el buen alcohol. La comida estaba preparada, según nos dijo su esposa después de las presentaciones obligadas. Era mujer gruesa y de alrededor de cincuenta años. Tenía el cabello de un color de hierro gris.

Después de la cena — pollo frito, patatas asadas y los complementos habituales — Maclan me llevó a la biblioteca, donde guardaba las bebidas. La esposa pareció ser dichosa al encontrarse a solas para fregar los platos y repasar calcetines en tanto que escuchaba la radio.

Cuando nos hallábamos cómodamente sentados y en posesión de unos vasos liberalmente llenos de raciones de «borbón» con seltz. Maclan me descargó un golpecito en una rodilla, y dijo:

—He intentado comprender por qué un hombre como usted habría de visitar una choza como aquella del canal, Nick. He recordado algunas de las cosas que Brandon dijo acerca de usted en su carta, y supongo que ha venteado algo… ¿Puedo saber qué es?

—Este «borbón» es muy bueno —contesté, sonriendo—. ¿Me obsequia usted con vasos tan colmados como este con el fin de que me ponga charlatán? ¡Espere un momento! Tengo algo que quiero mostrarle. Está en el automóvil. Voy a buscarlo.

Bajé a donde el automóvil se hallaba, y volví con uno de los sobres que en él había dejado. Era el que correspondía al individuo desconocido que figuraba en la fotografía tomada por Sam Brenner. Y la mostré a Maclan.

—¿Lo conoce usted? —pregunté.

—¡Ahora sí que creo que sigue usted una pista! Brandon dice que es usted un hombre que tiene la boca tan cerrada como una ostra hasta que llega el momento en que la policía puede proceder a hacer detenciones. No hay duda de que Brandon conoce bien a Nick Cranley.

—¡Déjese de rodeos, Harry! ¿Conoce a este hombre?

Maclan miró de nuevo la fotografía. Hizo un signo afirmativo y dijo que el hombre era un tal Paul Waggon, un falsificador muy conocido diez años antes, mas que había abandonado los «negocios» hacía cierto tiempo.

—La última vez que supimos de él, estaba en Nueva York —añadió Maclan, hablando en el plural que es propio de los policías—. Vino a Miami. Volvió a venir. Lo tuvimos un año encerrado. Sí, lo conozco. ¿Quiere decirme cómo obtuvo esta fotografía?

—Todo llegará en su momento, Harry, en su momento. Me ha dicho usted que Brill Stimes es hombre razonable. Por esta razón, creo que sería una estupidez que considerásemos cerrado el caso Brenner. Dígale… preferiblemente de modo extraoficial, que todavía hay mucho trabajo que realizar en lo que se relaciona con tal caso.

—Sabía que habría averiguado usted algo, Nick. Si es cierto que sabe algo nuevo, ¿por qué no lo revela? Stimes no se resignaría a que usted trabajase de espaldas a él.

—Recuerde que soy investigador privado. Tengo clientes y esos clientes tienen derecho a que se mantengan en secreto sus confidencias.

—No cuando se trata de un caso de asesinato, Nick. Stimes se enojará muchísimo si no le comunica usted cuanto sabe.

Maclan parecía estar preocupado. Sonreí y acepté una copa de despedida. No tenía ganas de marcharme, pero mi cita estaba concertada para las doce de la noche. ¡Era una cita que los granujas debían haber cumplido! Las últimas palabras de Maclan fueron una especie de plegaria en favor de mi salud. Maclan cree que los hombres que viven y proceden como yo encuentran muchas dificultades en la vida. Y yo me dije que, la familia Cranley se hallaba a punto de pasar muy malos ratos en el caso de que la suposición de Maclan fuese profética.

***

Allá, quizá en las alturas de un rascacielos, un reloj dio las once y media. Seguí la dirección de la calle Flagger. Apenas habían muerto los ecos de la campanada, cuando subí a mis habitaciones del hotel y hallé a Shelia entregada a los arrebatos de una gran excitación nerviosa. Pareció encolerizarse lo mismo que un diablo al ver que aún me hallaba vivo, lo que obedecía, sencillamente, a que ya me creía cadáver en vista de que no me había visto a la hora convenida. Le recordé que debía haber telefoneado a Maclan.

—¿Qué hay de nuevo? —me dijo. Y le hice una somera referencia de los acontecimientos del día, en tanto que me ponía un traje viejo y roto destinado a no decepcionar con mi aspecto a la persona que me esperaba. Creo inútil advertir que en el resumen de acontecimientos nada dije a Shelia acerca, de los encantos de Linda—. ¿De modo —añadió— que vas a reunirte con un hombre que acaso pueda indicarte la dirección en que podrías hallar a Follister? Bien. En ese caso, iré contigo.

Es inútil discutir con Shelia. Cuando se niega a dejarse convencer, sólo existe un recurso para conseguirlo: golpearle la cabeza con un ladrillo. Iría, pues, conmigo. Faltaban diez minutos para las doce cuando nuestro «Sedán» comenzó a zumbar sobre la carretera.

A mitad de camino, se hallaba el puesto de inspección de la policía. Dije a Shelia que se quedase allí. Suponiendo que los policías mostrasen curiosidad y le preguntasen quién era, podría decírselo. De este modo, en el caso de que la situación se hiciese peligrosa para mí, Shelia no tendría necesidad de correr mucho para hallar auxilios. Shelia no se entusiasmó con la idea, pero me dió un beso de despedida. Me alejé por la carretera en dirección al lugar en que una rampa desciende al espolón. Un letrero me indicó que aquel espolón era el que buscaba. Solamente con el fin de experimentar cierto calor de confianza, me puse la «Luger» en el bolso derecho y apoyé la mano en su culata. Bajo el brazo izquierdo llevaba un paquete falso en el que había un libro para que tuviera

peso.

Un barco corría sobre las aguas con gran rapidez. Daba la última campanada de las doce en el momento en que el barco se detuvo ante el malecón. Las luces de la carretera me permitieron percibir las siluetas borrosas de dos hombres que ascendían por la rampa. Uno de ellos era de mediana constitución. El otro, largo y delgado. Este levantó la mirada hacia lo alto y me vió. Debía de ser el jefe. Lo mismo que yo, aquel nombre llevaba una mano hundida en el bolsillo derecho. Me dije que aquel hombre tan delgado sería un blanco muy difícil de acertar en el caso de que se volviera de perfil…

—¿Eres Donkin?

El hombre flaco me había mirado de alto a bajo y estaba mirando con atención el paquete que yo llevaba bajo el brazo. Donkin debía de ser el nombre de Harry. Negué con un movimiento de cabeza. Habría sido una locura contestar afirmativamente, puesto que el hombre delgado podría conocer a Harry.

—No —gruñí—. Me ha enviado él.

El hombre flaco se había aproximado aun más, y su compañero, que también iba armado, se acercaba a su vez. El flaco señaló el paquete.

—¡Dámelo! —dijo al mismo tiempo que adelantaba la mano izquierda—. ¡Dámelo!

—Comienza por ser tú el que dé. Entrégame la «pasta» prometida.

Todo iba bien hasta aquel momento. El hombre largo hurgó en los interiores de su chaqueta y extrajo un paquete de cigarrillos. Cogió uno de ellos, se lo llevó a la boca y dijo:

—¿Tienes luego para mi cigarrillo?

Era, sin duda, la consigna. Recordé las palabras de Harry Donkin.

—Deberías hacerme esa pregunta con doscientos dólares en la mano.

Esta parecía ser la respuesta. El hombre hurgó de nuevo bajo su chaqueta, y sacó un sobre. Cuando lo rompió, pude ver cuatro billetes de a cincuenta dólares.

—Bien, amigo. Venga la cámara —dijo—. Debe de ser eso que llevas debajo del alón izquierdo.

Asentí y decidí proceder con cautela. Mi propósito era apoderarme del mejor modo posible del granuja que me saliese al paso. Y este propósito no me parecía aún de difícil realización porque ya tenía la mano sobre la «Luger». Lo malo que había en la situación era el segundo hombre, que había realizado un movimiento repentino para situarse detrás de mí. Ya había desenfundado el revólver y me estaba apuntando. Larguirucho no había desenfundado todavía el suyo. Pero ya había enterrado lentamente una mano en el bolsillo. Una pistola delante y otra detrás… No me gustaba la situación, no me gustaba.

—¡La cámara, amigo! —dijo Larguirucho, con impaciencia—. ¡Venga!

Nada podía hacer. Me encogí de hombros y le entregué el paquete. Aun cuando Flacucho no lo supiera aún, el paquete contenía un libro titulado: «El Arte de vivir sin alimentos». Me dije que aquel hombre debía de haber leído aquel libro anteriormente. El hombre flaco comenzó a deshacer el paquete con ambas manos. En tanto que se hallaba absorto en tan agradable ocupación, me dije que había llegado la ocasión de iniciar el ataque. Giré con violencia hacia la izquierda, con la «Luger» preparada para vomitar llamas y muerte. El hombre de mediana constitución no esperaba un ataque tan repentino, mas se recobró en el acto. Y disparó instantáneamente contra mí.

—¡Rayos y centellas!

Larguirucho se encolerizó lo suficiente para que pudiera caer muerto. Levanté el revólver y clavé una bala en el hombro derecho del otro hombre.

Inmediatamente, me volví para cerciorarme de que Larguirucho no estaba todavía preparado para hacerme emprender el viaje de ida sin vuelta al infierno, pero pronto descubrí que la Dama de la Suerte debía de hallarse libre de servicio aquel día. Al volverme, choqué contra algo tan duro como la culata de una pistola y unos brazos me rodearon la cabeza. Aquella presión hizo que mi cabeza girase de modo más loco que jamás. Fué el hombre herido el que me agarró. Y comenzó a gritar para que Larguirucho se apartase de allí con el fin de poder pulverizarme sin miedo a herirlo.

Unas luces brillantes se agitaban ante mí cuando hice un esfuerzo por mantener a Flacucho entre el otro hombre y yo. Con un repentino florecer de energía, lancé a Larguirucho contra su compañero, y en tanto que intentaban desenredarse de la maraña de sus brazos unidos, salté sobre el borde del malecón y caí a las aguas de la bahía.

Me siguieron los gritos y los disparos y cuando caía al agua, una impresión de fuego me recorrió el muslo derecho. Me hundí y hundí hasta tanta profundidad, que creí que no volvería a ascender jamás. Luego, el descenso perdió ímpetu y comencé ascender. Un fuego terrible me llenaba los pulmones. Mis botas parecían estar cargadas de plomo.

Un sonido vibrante sonaba en mis oídos, pero el airé fresco de la noche me acariciaba el rostro. Llegué a la superficie. Sonaban en la carretera muchas voces y muchos disparos. Ninguno de éstos estaba dirigido contra mí. Apoyé los pies en tierra y caminé hacia el malecón. Entonces comprendí que los disparos eran hechos por policías. Shelia debía de haber obtenido ayudas.

Cuando me hallaba todavía a varias yardas del malecón, los dos granujas descendieron a todo correr y transpusieron la rampa que llevaba a donde su barco se hallaba. Debía de hallarse a bordo un tercer hombre, puesto que el barco estuvo preparado para la carrera tan pronto como ambos bandidos se encontraron sobre cubierta. Los policías bajaban por la rampa a toda velocidad, agazapados. Sus armas vomitaron plomo contra la embarcación.

Me encontraba ya al pie del malecón, que era demasiado alto para que me fuera posible ascenderlo. Grité para decir a los policías que no malgastasen más disparos. Los policías se inclinaron sobre el malecón y cambiaron unos murmullos. Pude asirme a sus manos y en lo que me pareció menos tiempo que la duración de una semana, me hallé de nuevo en tierra seca. Un chorro de agua de mar surgió de mi boca. Tenía el mismo sabor que el agua del mar. Era inconfundible. Acaso me resultase beneficioso un buen trago de algo alcohólico…

Shelia llegó corriendo sobre sus altos tacones, y sin cuidarse de la suerte de las delicadas medias de *nylon*, se arrodilló en la dureza del cemento para pasarme amorosamente un brazo alrededor del cuello.

—¡Estás loco! —dijo, con emoción—. Y mira, tienes sangre en la chaqueta… ¿Estás malherido?

—No… Esa sangre es de otro hombre… Oye…

—Está perfectamente, señora —dijo el más voluminoso de los policías, al mismo tiempo que me dirigía los rayos de su linterna eléctrica—. Está bien.

Me incliné y reí para demostrar que me hallaba en buen estado de salud. Y entonces, el policía me sorprendió al volverse hacia su compañero, para decir:

—Está perfectamente… Los dos están bien. Él y la señora Charlie. Por lo menos, ¡nos hemos apoderado de dos de los componentes de la cuadrilla!

CAPÍTULO VIII

Cuando a un policía se le mete en la cabezota una idea cualquiera, allí continúa alojada, salvo el caso de que se le abra un agujero para desalojarla de allí. No creí que tuviera objeto el discutir en aquellos momentos, por lo que decidí «tener calma», como me recomendaron mis uniformados amigos. Shelia también «tuvo calma», pero les dijo que yo era un detective particular. Esta afirmación debió de resultar muy divertida, puesto que los policías rieron a mandíbula batiente. Los cuatro nos dirigimos al puesto de vigilancia, donde entramos en un aposento de aspecto desolado.

—¿Qué es ese cuento de hadas de que seas un detective privado, amigo? —me preguntó burlonamente el policía obeso.

Sí. Al policía le parece una afirmación regocijante. No pude demostrar la certeza de la afirmación porque sabedor de que los granujas podrían perdonarme que llevase un arma de fuego, mas no que fuese un policía, había dejado mi licencia y carnet deliberadamente en el hotel. Sin embargo, recordé que tenía amigos en las fuerzas de policía. Les dije que telefoneasen a Harry Maclan, teniente de policía. Y cuando indiqué el número de su teléfono, obtuve un efecto favorable. El menos voluminoso de los dos policías se acercó al teléfono. Maclan pidió que se me permitiese hablar con él.

Maclan tenía curiosidad por saber qué me había sucedido. No tuve más remedio que hablarle del tiroteo, pero me hice el tonto y dije que no sabía quién ni por qué había disparado contra mí.

—Finge usted muy bien, amigo Cranley. Brandon no habló a humo de pajas cuando dijo que es amigo de tretas y argucias —gruñó Maclan—. Espero que sabrá lo que está haciendo… Diga al policía que se ponga de nuevo al teléfono.

Deposité el receptor en manos del más joven de los dos policías. La voz de Maclan sonó teñida de autoridad. Dijo que se radiase una comunicación a la patrulla guarda costas y que se buscase el barco que sirvió a los granujas para huir. Yo le había dicho ya que suponía que el barco se dirigía a Pluto Key.

El policía recibió las instrucciones y después volvió a entregarme el teléfono, ya que Maclan quería volver a decirme que yo era un hombre demasiado amigo de jugarretas y que podría dar con mis huesos en la cárcel.

—Oiga, Mac —gruñí—. Estoy empapado hasta los huesos después de mi sesión de natación en la Bahía… Si quiere usted dirigirme un nuevo rapapolvo, ¿por qué no va a verme a mi hotel?

—Me parece una buena idea —dijo súbita y amistosamente—. Después del ejercicio le convendrá beber algo fuerte… Yo también lo necesito. Sí, nos veremos, Nick.

Colgué el teléfono. Los policías nos dijeron que podíamos marcharnos. Cuando los dejamos, estaban manejando el aparato transmisor de radio para indicar a la patrulla guardacostas que persiguiese al barco de los granujas. No supe si desearles o no buena suerte. La policía y yo teníamos distintas orientaciones. No me convenía que se estropeasen mis posibilidades de llegar a conocer por qué razones Follister y Doan obraban en estrecha unión con un falsificador como Waggon. ¡Diablos!

Cuando estaba quitándome las mojadas ropas en el hotel, llegó Maclan. En tanto que mi amigo tomaba una bebida preparada por Shelia, tomé una ducha y me cambié de ropas. Al volver, hallé a Shelia y Maclan riendo de mis ropas mojadas y rotas y de las probabilidades que había de que yo cargase en la cuenta de gastos de mi cliente el valor de un traje nuevo.

¡Muy divertido!

—Esta vez es preciso poner las cartas boca arriba, Nick —me dijo Maclan,

esperanzadamente.

Asentí con gravedad y le ofrecía un relato fantástico que fué confirmado por Shelia. Dije que la razón de que nos hallásemos en la carretera obedecía a nuestro propósito de ir a la playa para ver a las bellas bañistas y que todo se presentó como una sorpresa para nosotros.

—Acaso los granujas me hubieran ido siguiendo —añadí, taimadamente—. Saben que estoy trabajando para el hombre que contrató a Brenner hasta que éste murió. Y es posible que yo sea el primero en la lista de gentes que deben seguir su suerte. Sí, por esta vez han fracasado. Los policías vieron la barca, y acaso la hayan detenido ya.

—Un hombre que contrató a Brenner, ¿eh? —murmuró Maclan—. Creí que estaría trabajando para la hermana de Brenner. ¿Cuánto me falta de conocer sobre esa cuestión?

Todavía estaba haciéndose preguntas sobre esta cuestión, cuando decidió ir al cuartelillo de policía para averiguar si la barca había sido localizada.

—Estamos hundidos hasta la cabeza en un mar de peligros, Nick —me dijo Shelia tan pronto como nos encontramos a solas. Y después, gimió al observar el estado en que habían quedado sus medias de *nylon* y su primoroso vestido blanco. Pude tranquilizarla al observar que podría cargar un nuevo par de medias y un nuevo vestido en la cuenta de gastos de mi cliente, y nos retiramos a descansar.

***

La luz del sol que entraba en la habitación anunciaba la llegada de un día nuevo.

Levanté el teléfono para interrumpir el sonido del timbre. Era Maclan quien me llamaba.

—Nada, Nick —me dijo—. Los guardacostas patrullaron durante toda la noche, pero nada descubrieron. Fueron a Pluto Key. No hallaron a nadie que supiera nada. Parece ser que Follister y los otros se dieron cuenta del peligro que corrían y huyeron en busca de seguridad. Eso es todo lo que sé. Me gustaría que usted me dijese, a su vez, todo lo que sepa.

—Lo hice anoche —respondí—. Es una lástima que el barco haya logrado huir.

—Bien —gruñó Maclan—. Supongo que Stimes le va a hacer objeto de una buena reprimenda. Debe de estar indignado por todo esto.

Tan pronto como hube abandonado el teléfono el timbre comenzó a sonar de nuevo. Era Mydayar quien me llamaba. Me dijo:

—Señor Cranley, quizá no le guste lo que voy a decirle, pero de todos modos, tendrá que hacerlo. Abandone las investigaciones relacionadas con la desaparición de mis sellos.

—¿Eh?

Mydayar repitió las instrucciones. Añadió que ya no tenía necesidad de mis servicios.

—¡Tiene usted una rana en la garganta! —le dije al mismo tiempo que apretaba el teléfono entre la mano, hasta el punto que mis nudillos blanquearon—. Alguien le obliga a pronunciar esas palabras. ¿Está usted solo… o le apunta alguien a la cabeza con una pistola?

—Estoy solo —dijo dulcemente, pero el sonido de rana de su garganta se agudizó—. Tenga la bondad de no enojarse. Envíeme una factura por sus servicios y dejemos así las cosas. ¡Adiós!

—¿Qué era todo eso de que hablabas, querido? —me preguntó Shelia, que aun se hallaba adormilada.

—He hablado con Maclan —respondí—. Luego, con Mydayar, que me ha dicho que abandone las investigaciones. He de ir a verlo.

Me duché y vestí. Dije a Shelia que durante un día o dos estaría más segura fuera de Miami y que podía ir en busca de sus amigas para pescar en Key Largo. Y me marché.

Sun Lodge es un lugar hermoso bajo la luz del sol. Lo mismo que en la visita anterior, me dirigí hacia la puerta principal. Cuando descendía del «sedán», me pareció observar que alguien me vigilaba desde una de las floridas ventanas. Subí las escaleras, llamé al timbre y la puerta se abrió con tanta presteza como si el negro hubiese estado detrás de ella desde los primaros momentos. El negro suspiró audiblemente al ver que aquella vez no había ninguna pistola en mis manos.

—No, señó, no… —me dijo.

Pero yo había introducido un pie en la abertura de la puerta e impedí que la cerrase ante mis narices. La empujé hasta terminar de abrirla y arrojé al negro una mirada que semejó pulverizarlo. Estiré un pulgar y le dije que me precediese a donde se hallaba Stephen Mydayar. Y esto hizo.

Mydayar se hallaba tras su mesa, como en la ocasión anterior, con la cabeza apoyada en las manos y sin un álbum ante sí.

—No quería que viniera aquí, señor Cranley —me lijo en voz baja—. Debería haberle dicho algo más por teléfono… Hágame el favor de ver esto.

Mydayar me entrego una hoja de papel arrancada le un cuaderno barato. En

ella estaba escrito lo siguiente:



«Mydayar:

»Nos hemos apoderado de Marlene, su hija. Tenemos los sellos y nos proponemos conservarlos. Los conservaremos, sin duda. Diga a ese chico listo, a ese travieso Cranley, que no vuelva a tener tratos con usted si quiere volver a ver a Marlene. Entiéndalo de una vez para siempre. Y tampoco sea travieso y vaya a contárselo a la policía, ¿eh?».

La nota carecía de firma. Y aun cuando Mydayar no supiera quién la había escrito, yo estaba obligado a saberlo. Parecía ser que Follister y Doan jugaban la partida con inteligencia. Pero ¿por qué habría accedido Doan a que su esposa fuese raptada y secuestrada?

—Ahora comprenderá usted por qué es necesario que tomemos esa determinación, Cranley —dijo Mydayar, al mismo tiempo que dirigía a la nota unas miradas de odio—. Marlene representa muchísimo para mí. Es lo único que tengo en el mundo desde que su madre murió. Quería recobrar los sellos, pero no los querría si su recuperación hubiera de costar la vida a Marlene. Voy a entregarle un cheque por los servicios que hasta ahora me ha prestado.

Mydayar abrió un cajón y sacó de él un talonario de cheques y una pluma. Esperé hasta que hubo escrito una cantidad y su firma, y entonces dije:

—Sé bien cuáles son sus sentimientos. Pero el secuestro es un juego sucio. ¿Cómo puede usted tener seguridad de que los secuestradores procederán con lealtad? ¿Cómo sabe usted que no matarán a Marlene, suceda lo que suceda?

—¿Cree usted que lo harían?

—Esos granujas son capaces de traicionar a sus propias madres. Por otra parte, no puedo abandonar esta cuestión tan fácilmente como usted supone, puesto que ya me he comprometido a cruzar las armas con los granujas…

—No sé…

—He aquí la situación —proseguí—. Brenner encontró muerte cuando trabajaba para usted. Y a su hermana no le agradó la cuestión. La muchacha me contrató para que hallase a los asesinos. Es posible que los asesinos y esos secuestradores sean los mismos individuos, o que pertenezcan a la misma cuadrilla. Además, unos hombres de su naturaleza deben estar tras unas rejas o en el infierno. Acaso sea yo el hombre que está destinado a darles su castigo.

Mydayar rasgó el cheque que había escrito y llenó uno nuevo. La cifra que el primero contenía, que era mil dólares, se convirtió en cinco mil. Y me lo entregó confiando en que por tal medio obtenía mi abandono de las investigaciones. Doblé el cheque y lo guardé en la cartera.

—Hablaré con la hermana de Brenner —murmuré—. Es posible que quiera que se interrumpa el trabajo mientras sepa que Marlene esté en peligro. Le explicaré situación… y veremos qué determinación toma.

—Muchas gracias —Mydayar me presentó para que la estrechase una mano muerta y sudorosa—. Sé que nada hará usted que pueda ser perjudicial para mi hija. ¡Adiós, señor Cranley! Tenga la bondad de defender el terreno con firmeza en lo que se relaciona con la hermana de Brenner… Le ofrecí dinero como compensación por la muerte de Sam, y mantengo la oferta. Si quisiera acceder a que interrumpiese usted las investigaciones, recibiría de mí cinco mil dólares. ¡Adiós!

—¡Hasta la vista!

El negro me acompañó hasta la puerta. Cuando hubimos llegado, le puse una mano sobre el hombro, lo arrastré hacia el exterior de la casa y hacia donde se hallaba mi automóvil.

—Oiga, Jules —le dije con cierta dulzura—. Mydayar me ha pedido que

abandone el «caso» de los sellos robados. ¿Usted sabe que fui contratado para buscarlos… y que Marlene ha sido secuestrada? ¿Sabe a qué hora fué raptada?

—No, señó —respondió Jules, al mismo tiempo que meneaba la cabeza—. El señó Mydaya me dijo que la señita Malene había desapareció precisamente un momento ante de que me fuese a acostá. Pero no me dijo a qué hora se marchó.

—Un momento antes de que usted se acostase… ¿Qué hora era entonces?

—Quisá las onse de la noche. Quisá las onse y media…

—Muy bien, Jules. Olvide que se lo he preguntado. ¡Hasta la vista!

Unos momentos más tarde, me encontraba oprimiendo los frenos del automóvil ante la casa de los Brenner. Descendí; encendí un cigarrillo y me encaminé a la parte posterior de la casa. Las cortinas del dormitorio de la planta baja no estaban cerradas por completo. La abertura me permitió ver a Linda, que se hallaba tendida en el lecho. Descargué unos golpecitos en los cristales, pero la muchacha parecía hallarse profundamente dormida. Continué la marcha hacia la puerta posterior. La hallé cerrada, mas solamente con el pestillo.

Cuando abrí la puerta y entré en la casa, experimenté esa impresión de frío que se recibe al visitar una casa vacía. Me encogí de hombros y me dije que tal impresión era una tontería, pues ¿cómo podría estar vacía la casa si Linda se hallaba en el lecho? Me encaminé en dirección a éste, abrí la puerta y entré. Un saludo cariñoso, a pesar de lo angustioso de mis temores, tembló y comenzó a formarse en mis labios. Y entonces, percibí el olor a sangre.

—¡Linda!

Mi voz tembló. Podía haberme ahorrado el trabajo de pronunciar una palabra destinada a no ser oída por nadie. Linda teñía el cuello salvajemente cortado, de modo que la abertura semejaba abrir una monstruosa y segunda boca. Su rostro estaba distorsionado por el terror. Sus ojos, abiertos plenamente. Tenía entreabiertos los labios, de manera que descubrían la blancura de la doble hilera de perfectos dientes, y pensé que había tenido el valor de mirar de modo despectivo a su asesino. Un nudo se me formó en la garganta.

—¡Hallaré a los asesinos, querida! —murmuré, al mismo tiempo que acariciaba la mano izquierda de Linda—. ¡Los hallaré… aunque el lograrlo me cueste el sacrificio de cien años!

CAPÍTULO IX

Brill Stimes se había mostrado incrédulo y burlón cuando lo llamé por teléfono para informarle del último crimen. Me dijo que permaneciese junto al cadáver hasta que él llegase y me amenazó con encerrarme en una celda en el caso de que tocase cualquier cosa de la casa. Esperé, pero para satisfacción de mi curiosidad, recordé que no se me había prohibido examinar la habitación en busca de posibles pistas. En realidad, había examinado todo detenidamente antes de avisar a la policía. Stimes llegó en un vehículo muy grande. Salí a esperarlo, y me acogió con nuevos desdenes, invectivas y amenazas. Su diente de oro pareció irradiar un desprecio muy costoso por mí.

—¡Vamos adentro! —dijo Stimes—. ¡Oh, amigo! ¡Cuánto me gustará encerrarle en una celda por esta cuestión! Cuando salga de ella, estará viejo y encorvado y tendrá una barba tan larga, que se le enredarán los pies en ella… O acaso le ponga una soga al cuello y haga que otros tiren de un extremo…

Murmuré algo y pensé que aquel hombre era una ráfaga de viento cálido. Y dije:

—Tirar del extremo… ¿de la cuerda o del cuello?

Con el fin de demostrarle lo amistoso de mis sentimientos, a pesar de la dureza de sus palabras, le serví un vaso de *whisky* y preparé otro para mí. Stimes bebió el suyo y emitió un gruñido. Luego le miró de modo que me hizo sospechar que intentaba producirme la impresión de que era el superhombre de los ojos de Rayos X.

La sombra de Stimes, un sargento de detectives llamado Stev Holly, operaba en unión de otros hombres cargados de cajas misteriosas y cámaras fotográficas. Llevé a Stimes en el «Sedán» al Departamento de Homicidios. Tan pronto como hubimos llegado, hice que Stimes avisase a Maclan. Unos instantes más tarde, los tres nos hallábamos reunidos cerca de un taquígrafo que estaba próximo a la ventana con un cuaderno y una gran cantidad de lápices perfectamente afilados. Sabiendo que no me sería posible guardar para mí ninguna información, puesto que se había cometido un asesinato que se enredaba en las mallas de mis investigaciones privadas, ofrecí un relato completo comenzando desde el momento en que Brenner cayó muerto a tiros. Dije que Linda me había comprometido a que descubriese a los asesinos. Hablé de que Mydayar me había contratado para que buscase los sellos desaparecidos. Dije todo cuanto sabía.

Stimes suspiró y releyó las notas que para sí había tomado en su cuaderno. Encendí un cigarrillo y esperé a que él o Maclan comenzasen a hablar.

—¡Pellyman!

Stimes oprimió una palanca del intercomunicador y dijo al hombre que respondía al nombre de Pellyman que reuniese un grupo de muchachos y fuese en busca de los dos granujas a quienes yo había dejado bajo los cuidados de Sammy Ironside. Escribí una nota para Ironside con el fin de que los policías no tropezasen con dificultades. Cuando Pellyman llegó para recogerla, le recomendé que procediese con calma.

—A Sammy no le agradan los policías —le dije—. Hallará usted una pareja de indias semínolas en las proximidades de la choza. Entrégueles la nota y diga que la lleven a Sammy. ¿Comprende? Muéstrese amable con Sammy —añadí—. No es mal muchacho. Pero sí se decide usted a obrar con dureza, ¡cuidado con su cuchillo!

Discutimos largamente acerca del problema que presentaban el asesinato de Brenner, la desaparición de los sellos, el secuestro de Marlene y la muerte de Linda. Stimes, dijo:

—Apruebo sus razonamientos, Cranley. Si aceptamos que Follister sea el responsable de la muerte de Brenner y de su hermana, además del secuestro de Marlene, ¿cómo habremos de proceder para llevar al asiento caliente a un hombre que tan bien sabe guardarse las espaldas y cubrir las apariencias?

—Esa es la cuestión, Brill —gruñí—. Acaso tenga Follister confianza en que no hemos de proceder contra él de ningún modo…

Discutimos durante cierto tiempo, pero la discusión no ofreció resultados apreciables. Era cerca de la hora de la comida cuando Pellyman regresó en unión de los dos granujas. Harry y Runt. Pellyman dijo que Sammy estuvo dispuesto a satisfacerle tan pronto como las dos mujeres semínolas le hubieron llevado mi nota. Sammy recordó también a Pellyman que tenía derecho a esperar un nuevo pago de cincuenta dólares. Tomé nota mental de hacer lo necesario para que Sammy percibiese su pago cuando me fuese posible entregárselo. Harry y Runt se hallaban instalados en unas sillas altas y duras en una estancia a prueba de ruidos, y en tanto que Maclan, Stimes y yo íbamos en

busca de la comida, tres avinagrados policías se encargaron de procurar que nos facilitasen informes. Fué Stimes quien así lo dispuso, aun cuando yo le había indicado que creía que los dos granujas no sabían más de lo que me habían revelado.

Nos fue servida la comida en los comedores instalados en la parte posterior del cuartelillo. Y fué deficiente y descorazonadora. Me alegré cuando llegó el momento de regresar a donde anteriormente nos hallábamos con el fin de enterarnos del resultado del interrogatorio de los tres policías.

Como había supuesto, los dos granujas se atenían a su historia primitiva. Que habían sido comisionados telefónicamente por una persona desconocida para que se apoderasen de la cámara y las instantáneas de Sam Brenner.

—Muy bien —dijo Stimes—. Dejad a esos hombres. No tiene objeto el «apretarlos» más. Entregadlos al doctor y decid que rodaron por las escaleras y se hirieron cuando se resistían a ser detenidos.

De nuevo en el despacho de Stimes, me vi obligado a repasar una vez más los acontecimientos de la noche precedente. Los tres expresamos nuestra conformidad respecto a un punto: que los dos hombres que habían ido al malecón de la carretera eran miembros de la cuadrilla de Follister. Era una lástima que tales hombres tuviesen en el barco un transmisor de radio que les había permitido avisar a Follister y los otros que se hallaban en Pluto Key para que huyesen antes de que la policía cayese contra ellos.

—He hecho unas reproducciones de las fotografías de los tres principales bandidos, Cranley, y haré que todos los policías que se hallen de vigilancia desde aquí hasta la China estén atentos para sorprenderlos donde quiera que se encuentren. Haré, también, que ninguno de mis hombres intente por su cuenta y riesgo ninguna acción que pueda poner en peligro la vida de la hija de Mydayar. Las órdenes serán que cualquier policía que vea a alguno de los bandidos nos informe inmediatamente, con el fin de que nosotros podamos tomar las decisiones finales. ¿Le parece bien?

—Muy bien —reconocí—. Entre tanto, ¿se oponen ustedes a que yo intervenga personalmente en las investigaciones?

—¡De ningún modo! Hasta ahora, nos ha ayudado usted mucho. Su labor ha sido muy eficaz. Pero por todos los diablos, amigo, avísenos tan pronto como encuentre algo que pueda dar origen a nuestra actividad.

Me despedí de Stimes y Maclan y me separé de ellos. Me dirigí hacia Lauderdale y volví en dirección a la carretera que conduce a Sun Lodge, poco más allá de los límites de la ciudad de Miami. Mas, no me dirigí rectamente a la casa, sino que oculté el automóvil bajo unos árboles, lo suficientemente lejos de la carretera para que no pudiera ser descubierto por quien pasase por ella. Antes de inspeccionar el terreno, comprobé la presencia de mi pistola del lado izquierdo y de mi «Luger». Con el fin de ponerme a cubierto de posibles peligros, llevaba puestos mis zapatos especiales, los que tienen unos tacones que son una verdadera caja de sorpresas. Las hojas, pequeñas aunque muy afiladas, que se ocultan en tales tacones me han resultado muy útiles en diversas ocasiones en que me hallé en situaciones de aprieto y atado con tirantes cuerdas para mantenerme inmóvil.

Me sentí dispuesto para todo. En aquel momento, me interesaba por averiguar las causas de que Marlene hubiera sido raptada la noche precedente. Suponía que no había sido secuestrada porque yo me hubiera apoderado de las fotografías que representaban a Follister y que pertenecieron a Sam Brenner. Fué raptada antes de medianoche, según Jules, lo que indicaba que el hecho se produjo antes de que Follister supiera que no obtendría las fotografías. Un

pensamiento me obsesionaba: ¿Fué realmente raptada Marlene? ¿Estaría prisionera de Follister… o habría tras su desaparición algo más profundo y significativo?

Cuando se comienza a caminar bajo el sol de Miami os cuando se percibe lo muy condenadamente cálido que es. Después de haber cruzado una silente arboleda sombrosa, llegué a la vista de la casa. Eran las tres de la tarde. Me hallaba a la misma altura que las anticuadas chimeneas de la morada, puesto que había caminado cuesta arriba. Me era posible observar la fachada de la casa sin ser visto desde ésta. Me senté en tierra, encendí un cigarrillo y anhelé haber llevado conmigo un poco de mi *borbón* predilecto. Estaba limpiándome el sudor cuando unos crujidos que se produjeron detrás de mí, me dieron la señal de peligro. Me llevé la mano al lugar en que tenía mi «Luger», pero el pañuelo que tenía en ella hizo que mi movimiento fuese un poco más lento de lo habitual. Un cuerpo cayó sobre mí y me aplastó el rostro contra la tierra. La luz del día se borró repentinamente y me hundí en la nada, en el vacío. Un terrible dolor me anunció que el cielo había caído sobre mí. Una niebla roja giró a mi alrededor. Después, el cielo cayó de nuevo y me hundí en un abismo ten negro como la noche.

CAPÍTULO X

Cuando volví en mí, tenía dolor de cabeza… Y amigo mío, ¡qué dolor de cabeza! Estaba todavía cara abajo, mordiendo el polvo. Y alguien dijo detrás de mí:

—Tómalo con calma, muchacho. No quiero quitar más esmalte a mi pistola.

Y un pie me hirió la espalda. Caí de bruces nuevamente, y cada uno de mis nervios pareció chillar de manera angustiosa cuando la cabeza intentaba coordinar unos pensamientos. Volví trabajosamente la cabeza para ver quién era mi enemigo.

El hombre estaba sentado en una piedra, con lo que semejaba un obús de bolsillo sobre las rodillas. Llevaba colgado del hombro un hermoso rifle dotado de punto de mira telescópico. Sí, el rifle era muy bonito, pero el hombre, con su rostro blanco y cubierto de huellas de viruela, era más feo que un cadáver desenterrado por los buitres para un festín de media hora.

Sus ojos de cerdo respondieron a mis miradas.

—¿Por qué ese golpe cariñoso en la cabeza? —le pregunté—. ¿Por qué no una bala en el vientre?

Sonrió de modo volpino y me mostró unas encías pálidas y unos dientes terribles. Y dijo al mismo tiempo que me señalaba con la pistola:

—Me gusta complacer a todos… si eso es lo que quieres decir. Estoy seguro de que no hablarás porque yo te deje vivir, ¿verdad?

Gruñí unas palabras y me llevé la mano al sitio dolorido.

—No te alarmes —dijo mi nuevo compañero—. Dentro de poco tiempo te encontrarás perfectamente. Es cuestión de un par de años nada más.

Y rió.

—¿Con qué diablos me has golpeado? ¿Con la pistola… o con la montaña? ¿Y por qué lo hiciste?

No contestó a mi pregunta. Tenía la atención fija por mitades en mí y en la carretera, como si esperase la llegada de alguien. Me llevé las manos al lugar apropiado para ver si aún conservaba sobre mí la «Luger». No la tenía. El

hombre me miró y se golpeó un bolsillo.

—No soy tan tonto como supones —dijo.

No esperaba que fuese tan tonto, pero tampoco esperaba que fuese tan listo que hubiese hallado la pistola que llevaba sobre la pierna. Apreté ambas rodillas hasta que percibí el bulto del «25». El hombre no lo había hallado. Muy bien. Intenté incorporarme para quedar sentado y apoyado en una piedra, pero el dolor me acometió cuando realicé los preliminares del movimiento. El hombre me mostró otra vez el extremo de la pistola y me ordenó que volviera a tumbarme.

—¡Pronto! —me dijo de manera amenazadora—. ¿O prefieres que te dé otro golpe? ¡Túmbate! ¿Por qué diablos tienes ganas de disgustos?

Volví a tenderme, mas aquella vez quedé cara al cielo. El aire cálido fué agitado por el motor de puesta en marcha de un automóvil. Cara Virolenta miró desde detrás de la protección de la gran piedra y recogió el rifle con la mano izquierda. Hasta un tonto podría haber comprendido que se proponía hacer un disparo contra alguien. Pero como Cara Virolenta no es tonto del todo, comprendió que no podría prestar atención a apuntar con el rifle y a vigilarme al mismo tiempo. Casi pude leer sus pensamientos cuando me dirigió una rápida mirada y levantó el «45» para golpearme de nuevo.

Y se volvió en su asiento de piedra para golpearme. Mi mano derecha se adelantó con un puñado de polvo que le entró rectamente en los ojos. Entre una nube de dolor, rodé para apartarme de la trayectoria de su descendente pistola. Recibí la impresión de que se me abría la cabeza, y me pregunté si habría sido objeto de un nuevo mazazo. No fué así. El ímpetu lo arrojó ante mí. Cara Virolenta cayó y se llevó las manos a los ojos y pronunció unas palabras que nadie suele decir ante personas menores de cincuenta años y que no hayan pasado varios años en la marina.

Cara Virolenta no soltó el «45» y en tanto que rodaba volvió la pistola con el fin de hacer varios disparos contra mí. Gracias a Dios, aquel polvo era verdaderamente polvoriento. Cara Virolenta no podía ver bien, por lo que sus dos disparos pasaron junto a mí sin producirme daños. Entonces, con una piedra firmemente aprisionada por la mano derecha, me lancé sobre él. Sonó un ruido a vacío cuando la piedra le golpeó la frente. Después de esto, mi nuevo amigo cesó de lanzar gritos y exclamaciones de dolor.

La alegría me inundó. Todo había resultado muy fácil. Pude oír el ruido del automóvil que se alejaba Me incliné sobre la piedra y pude ver el «Cupé» y la dama que se hallaba tras el volante de conducción. Abrí la boca asombradamente al observar que, salvo el caso de que mi vista fuese mucho más defectuosa de lo que suponía y de que tuviese necesidad de utilizar desde entonces unos lentes de cristales muy potentes, la dama en cuestión era Marlene Mydayar. La situación me pareció fascinante.

Cara Virolenta gemía al recobrar la conciencia. Le quité mi «Luger» del bolsillo y recogí su «45» de donde había caído. Coloqué el rifle lejos de su alcance y me dije que me gustaría robárselo. Nuevas maldiciones del enemigo. Le di unos puntapiés en las espinillas y le dije que fuese más educado. Después, le agarré de los cabellos y lo forcé a sentarse. Se había quitado el polvo de los ojos y me dirigió unas miradas de amenaza.

—La dama a quien ibas a acometer es la hija de Mydayar, ¿verdad, cerdo?

—¡Ve a volar cometas!

Desde el punto en que nos hallábamos, el terreno descendía en ángulo agudo hacia la carretera. Nuevamente con las manos en sus cabellos, lo levanté sobre la tierra hasta tenerlo suspendido de manera que un sencillo empujón lo habría hecho rodar por la pendiente.

—Irás a parar allá abajo, compañero —dije—. Y eso sucederá en el caso de que no contestes a mis preguntas.

—Sí… Sí… Era la dama que has dicho. ¡Diablos!

Había, pues, acertado. Si no hubiera tenido la cabeza tan conturbada por el dolor, acaso habría acertado a comprender lo que representaba la acción de Cara Virolenta. ¿Por qué habría intentado aquel granuja matar a Marlene? Y lo más sorprendente de todo, era esto: ¿Cómo diablos podría haber sido secuestrada Marlene, y, sin embargo, hallarse al aire libre en un automóvil, de modo que cualquiera pudiera disparar contra ella? Acaso me conviniera tomar unas tabletas de bromuro y unas semanas de descanso.

Tenía aun la cabeza como una masa pulposa, pero me sentí animado desde allí a la casa de Mydayar. Sería posible que Mydayar se hallase en condiciones de indicarme cómo y cuándo pudo huir Marlene de sus secuestradores.

Cara Virolenta protestó contra este modo de llamarle y me dijo que había sido bautizado con el nombre de Jake. Mientras descendíamos hacia la carretera, le pregunté:

—¿Quién te pagó para que acometieses a tiros a le dama, Jake? Te convendrá decírmelo antes de que te entregue al pelotón de las porras de goma que está en el cuartelillo.

—Calma, amigo, calma —gruñó Jake, lentamente—. Calma… No tengo madera de héroe… Follister dirige la empresa y me dijo que hiciese a la dama lo que iba a hacer…

—¿Follister?

El hombre, que marchaba un poco delante, se volvió hacia mí.

—Tú debes de ser «ese» Cranley, ¿eh? Amigo, debería haberte llenado el cuerpo de agujeros cuando tuve ocasión de hacerlo…

—Cabeza blanda… quizá —gruñí.

Ninguno de la casa parecía habernos visto. El sentido común se encendió a través de las nieblas de mi cerebro e hizo que la razón comenzase a sobreponerse a mis primeras intenciones. Acaso no me conviniera entrar en la casa. Marlene acababa de salir de allí. ¿Encontraría allí nuevos trastornos y disgustos? Cabía en lo posible que Mydayar fuese un hombre astuto un hombre de dos caras y que pudiera hacerme peores daños que cuanto pudiera sospechar.

—Vamos a volver atrás, Jake, amigo mío —murmuré—. He cambiado de propósito. Allá, entre la arboleda, tengo un automóvil. Allí es donde vamos.

***

Brill Stimes parecía hallarse más satisfecho en aquellos momentos en que podía reírse de mi disgusto. Me hallaba en su despacho. El médico acababa de vendarme la partida cabeza. Nos dejó después de decirnos que sería probable que yo pudiera conservar la vida.

—No hay duda de que ha tenido usted motivos de diversión —dijo Stimes —. Pero ¿dónde demonio, está Maclan? Ya debería encontrarse aquí.

La botella del despacho hizo su aparición. Stimes me sirvió cuatro dedos de «borbón». Al cabo de muy poco tiempo, comencé a sentirme hombre nuevamente. Me hallaba levantando el vacío vaso como indicación discreta para que fuese llenado, cuando apareció Maclan. Maclan pronunció unas palabras ininteligibles al ver los vendajes que me rodeaban la cabeza, pero también le parecieron una cosa pintoresca y divertida. Encendí un cigarrillo y abandoné el vaso sobre la mesa.

—¿Qué diablos ha sucedido? —preguntó Maclan, después de haber tomado un largo sorbo del suyo.

Referí la historia por segunda vez.

—Y ese hombre, Jake, está recibiendo las caricias de una porra de goma, ¿eh? —preguntó—. ¿Cree usted que sabe algo?

Reconocí que esperaba que Jake pudiera ofrecernos algunas informaciones de utilidad. Luego, Stimes dijo a Maclan que un pelotón había ido a la casa de Mydayar para llevar a este hombre al cuartelillo con el fin de interrogarlo.

—Vamos a ver cómo se porta Jake —dijo Maclan.

Y fuimos.

Jake no parecía un hombre feliz en aquellos momentos. Se hallaba instalado en una alta silla de brazos en los que había unas piezas que sujetaban los suyos por la altura de las muñecas y le impedían moverse. Dos robustos policías se hallaban ante él. Una potente luz estaba dirigida hacia sus ojos. Uno de los guardias le descargó un terrible golpe sobre la nuez, de modo que Jake inclinó la cabeza hacia delante. Con el fin de obligarlo a levantarla, el otro policía le sacudió un nuevo «porrazo» sobre la nuca.

—Basta —dijo Stimes—. Déjenlo respirar —luego, puso las manos en el cabello de Jake y le levantó la cabeza para obligarle a mirarle a los ojos—. ¿Estás dispuesto a hablar? Estos dos hombres tardan muchísimo tiempo en cansarse, y espero que tengas la prudencia suficiente para decidirte a hablar antes de que nos veamos en necesidad de avisar a un sacerdote para que te lea las últimas oraciones. ¿Dónde tiene Follister su guarida?

Jake sollozó. Su respuesta — un sollozo — fué la misma que había estado exponiendo durante la media hora anterior.

—En Pluto Key, «poli».

—¡Di señor, granuja!

Stimes asió a Jake de la cabeza y lo agitó hasta que en los ojos del semicretino aparecieron lágrimas.

—En Pluto Key… ¡señor!

Maclan es hombre de corazón y puso una mano sobre la muñeca de Stimes para reprimirlo. Encendí un cigarrillo y lo puse en la boca de Jake, que lo chupó ávidamente. Unas mudas palabras de agradecimiento parecieron brotar de sus enrojecidos ojos. Stimes murmuró unas palabras de protesta, pero dejó el cigarrillo en labios de Jake.

—Oye, Jake —dije—. Estás en un trance apurado. Comencemos de nuevo desde el principio. Dijiste que Follister estaba en Pluto Key. ¿Cuándo era eso?

—Anoche —dijo Jake—. Anoche estaba allí. Si ahora no está ya… entonces no sé absolutamente nada de su paradero.

—Muy bien. Dinos todo lo que haya sucedido.

Uno de los policías ofreció a Jake un poco de agua. Yo le había retirado el cigarrillo de la boca en tanto que bebía, y volví a colocárselo en ella. Y dijo mi amigo Jake:

—Vosotros, compañeros, sois casi tan humanos como los nazis. Voy a decir todo lo que sé. Estaba jugando con los muchachos cuando llegó Follister y me preguntó si sabría utilizar un rifle. «Sí», respondí. Y me dijo que esperaba que tuviera tanta suerte con él como en la partida de damas que estaba jugando con los muchachos. Y añadió que esa señora o señorita Mydayar estaba jugándonos una jugarreta y que era preciso interrumpirla. Y añadió que no tenía necesidad de explicarme nada y que lo único que yo necesitaba saber era que debía «apagar los faroles» de esa dama.

—Eres hombre muy bueno, ¿verdad?

Empujé hacia atrás la cabeza de Jake con el fin de poder mirarlo rectamente a los ojos.

—Entonces, ¿por qué estabas esperando en la colina y tenías tanta seguridad de que la hija de Mydayar iría a la casa? ¿Por qué no entraste en la casa, la obligaste a salir y la acometiste entonces? ¿No habría sido más seguro?

—Soy un subalterno —dijo Jake—. Y Follister me dijo que ese es el modo de que debía obrar. La presencia de usted cuando menos podía esperarlo me desconcertó un poco, pero, hermano, me pareció cosa fácil contenerlo. ¡Qué lástima que no le hiciese un agujero en la cabeza cuando pude hacerlo

Comencé a compadecerme de Jake. Como él había ficho, podría haber realizado su proyecto sin impedimentos de ninguna clase. Y en tal caso, la hermosa Marlene habría representado solamente unos minutos más de trabajo para el enterrador.

—Follister no es tonto —prosiguió Jake—. Iba a telefonear a la dama para decirle que Doan estaba gravemente herido y deseaba verla. Sabía que de tal modo la mujer abandonaría la casa en el mismo instante e iría en busca de Doan. Supongo que esperó mucho más de lo que yo suponía, pero de todos modos, si no se hubiera presentado usted, la dama habría pasado a mejor vida.

—Bien —gruñí con el fin de interceptar la réplica de Stimes, que había cerrado el puño y parecía hallarse dispuesto a desfigurar un poco más la cara del granuja—. Hablemos de Doan. ¿Por qué razones permitía que Follister hiciese lo que quisiese y decidiese que Marlene debía ser asesinada. Después de todo, Marlene y Doan son marido y mujer, ¿no es cierto?

—Sí… Creo que lo eran… No tenga en cuenta las objeciones que Doan pudiera haber hecho. Doan tuvo un ataque al corazón y murió.

—¿Un ataque… al corazón?

—Cierto. Cuando Follister le clavó un cuchillo en él. Parece ser que Folly tenía muchos proyectos y que la dama los obstaculizaba.

—¿Qué clase de proyectos? ¿Formaba parte de ellos ese hombre llamado Waggon?

Jake abrió los ojos desmesuradamente, pero se encogió de hombros y añadió que lo único que sabía era que se hallaba a sueldo de Follister porque era hombre capaz de trabajar bien. En aquel momento llegó un policía con un mensaje para Stimes. Parecía ser que Mydayar no visitaría el cuartelillo de policía. Los policías que fueron a buscarlo lo hallaron… muerto. Tena un estilete clavado en la espalda.

CAPÍTULO XI

Era cierto. Mydayar estaba muerto. Fui a su casa en unión de Stimes y de sus muchachos. Maclan nos acompañó por razones de curiosidad. El estilete que Mydayar tenía clavado en la espalda era, indudablemente, el mismo que yo había visto en ocasión anterior sobre su mesa. Se hallaba caído de bruces sobre la mesa. Cuando lo levantamos, vimos que un poco de sangre había caído en el álbum de sellos, precisamente en el espacio que los cuatro desaparecidos dejaron en blanco.

Me apesadumbraba quedarme sin aquel cliente y pensé que ya no había razones que me prohibiesen hablar a los policías de los sellos desaparecidos. Tanto Stimes como Maclan se indignaron por aquel nuevo asesinato y me trataron de manera muy poco amable hasta que les hube ofrecido hasta el último detalle informativo que conocía.

—En una casa como esta debe de haber sirvientes —gruñó Maclan—. ¿Dónde diablos están?

Le hablé de Jules, el negro, y de las doncellas y la cocinera. En el estilete se marcaban unas huellas dactilares. Las primeras comprobaciones sirvieron para demostrarnos que eran huellas de alguien perteneciente a la casa. Pudimos apreciarlo más claramente en el cuarto de Marlene, donde todos los objetos tenían grabadas las mismas huellas.

—No hay posibilidad de duda —gruñó Stimes—. La hija lo mató.

Lo que más nos sorprendía era la desaparición de los sirvientes. Eran más de las seis y media y ninguno había aparecido aún. Stimes puso uno de sus hombres de guardia y regresamos al cuartelillo. Me negué a cenar en la cantina y mis dos acompañantes aceptaron la oferta que les hice de tomar la cena en mis habitaciones del hotel. Shelia, que había regresado de su jornada de pesca, nos acompañó. Stimes padecía esperar noticias impacientemente. Había dado orden de que Marlene fuese detenida. Después de la cena, nos sentamos en la terraza que daba a la calle Flagger. El ruido de los automóviles contribuyó a la concentración de mis pensamientos. Maclan estaba ansioso por conocer mi opinión.

—Con el fin de no aburrirlos, pasaré por alto la muerte de Sam Brenner —dije—. Su hermana me contrató para que descubriese a los asesinos, y cuando intentaba hacerlo, me puse en contacto con Mydayar, que me encargó de sucederle. Brenner había adelantado mucho en su camino y halló el modo de obtener dinero de las dos partes contrarias en la cuestión: Mydayar y los ladrones de sellos. Obtuvo cierta paga por ello, es cierto: la paga que suelen obtener los chantajistas.

—Cíñase a la cuestión, Cranley —gruñó Stimes, en tanto que Shelia volvía a llenar los vasos.

Continué:

—La labor de Brenner me puso en posesión de una fotografía en que aparecen Follister, Waggon y Doan ante los sellos robados. Waggon es un falsificador. Hasta ahora no he acertado a comprender el papel que un falsificador puede representar en tal cuadrilla. Maclan opina que no es posible falsificar una cantidad de sellos sin destruir el valor que representan los originales. Examinemos este aspecto de la cuestión…

Expliqué que creía que era posible falsificar sellos e imaginar un medio de distribución que no rebajase el valor de los originales y los falsificados. La distribución debía hacerse simultáneamente entre los diversos filatélicos interesados en la adquisición, ninguno de los cuales haría muchas preguntas. Una vez que Follister hubiera cobrado el importe de lo vendido, le importaría

dos pitoches que se descubriese la abundancia de sellos iguales en el mercado, lo que daría lugar a su desvalorización.

—Es una teoría aceptable —dijo Maclan—. Armoniza bien con los hechos. Pero, en ese caso, ¿qué necesidad habría tenido Follister de matar a Doan o Marlene de asesinar a su padre?

—Hasta ahora, solamente hemos intentado cargar las culpas de la muerte de Brenner sobre Follister —murmuró, al mismo tiempo que encendía un cigarro —. Puedo hacer otra suposición. Supongamos que Brenner supiera que Marlene continuaba queriendo a Doan… Pude comprobarlo cuando hablé con ella. En tal caso, cabría en lo posible que Brenner hubiera intentado apoderarse por el conocido procedimiento habitual de una parte del dinero de Marlene. Habría sido prueba de prudencia en él el proceder de este modo, ya que era menos comprometido intentar «sacar» dinero de Marlene que aproximarse demasiado a Follister.

—Comprendo —me interrumpió Stimes—. Ahora se refiere usted al modo peculiar de que Brenner fué eliminado del mundo de los vivos. Un asesinato de esa clase no está de acuerdo con la táctica de Follister.

—Exactamente. Sigamos el razonamiento. Sabemos que Marlene recibió una propuesta de Brenner, el chantajista. En tal caso, habría sido muy probable que la mujer recurriese a su padre para pedirle el dinero necesario. Y el padre querría saber por qué y para qué lo necesitaba. Marlene sabía que su padre odiaba a Doan. Por lo tanto, el procedimiento no sería practicable. Y en tales circunstancias, Marlene contrataría a algunos asesinos de los que prestan servicios a quienquiera que se lo pague. Esto podría servir de explicación para la muerte de Brenner.

—¿Y a dónde vamos a parar? —preguntó Maclan—. Ahí comienza a nublarse la cuestión.

—Tendremos que proceder por medio de suposiciones. Marlene ha contratado ya a los asesinos. Estos realizan la labor encomendada. Ustedes han matado ya a un hombre llamado Dinky Dino, a quien acusaban de haber cometido el crimen. Pero yo he averiguado que la acusación era falsa y fué amañada por un primo del muerto a quien llamaremos Pumpkin. Bien, Sammy Ironside me dijo que Pumpkin trabaja para Follister.

—También comienzo a comprenderlo —dijo Maclan—. Follister tuvo noticias del asesinato. Sabía que en el caso de que los asesinos fuesen detenidos por la policía, serían obligados a hablar y a hacer acusaciones contra Marlene. Cabe en lo posible que Doan pidiese a Follister que ocultase la culpabilidad de su esposa. Como quiera que fuese, el subalterno de Follister descubrió al asesino de Brenner y colocó su pistola en la vivienda de Dinky, su primo.

—Y después, el propio Pumpkin indicó a la policía dónde podría hallar al asesino de Brenner —dijo riendo Stimes.

Encendí un nuevo cigarrillo.

—Sepamos el resto de la cuestión —dijo Maclan.

—Bien — continué—. Dino no cometió el crimen, pero a cambio de una buena recompensa se prestaría a representar el papel de asesino durante cierto tiempo. No olvidemos que disponía del testimonio de Ironside, que podría jurar que Dinky no había abandonado su choza en la noche del crimen. Tenía derecho a esperar una buena indemnización de Follister si ayudaba a que se realizase el «negocio» de los sellos falsificados. Follister se indignó al ver que Marlene estuvo a punto de anular sus proyectos, lo que le pondría en trance de desear averiguar qué diablos se propondría hacer esa dama. Marlene le habló de Brenner y Follister y tuvo entonces noticia de la fotografía que Brenner había tomado. Follister envió dos hombres para que registrasen la casa de

Brenner. Y envió dos hombres que no pertenecían a su organización con el fin de que, en el caso de que el asunto tuviese un desenlace contrario a sus deseos, la policía no pudiera tener conocimiento de sus propósitos. Yo inutilicé el proyecto al sorprender a los dos hombres, y Follister huyó cuando supo por los hombres del barco que no les había entregado la cámara ni la fotografía.

—Bueno —dijo Maclan—, pero ¿por qué acuchilló Marlene al viejo?

Mas, como me vi forzado a reconocer, no soy un dios. No tenía respuesta para aquella pregunta. Acaso la conociéramos cuando supiéramos qué había sido de Tules y las restantes personas de la servidumbre de Mydayar.

Una mirada al reloj me dijo que eran las nueve y media. Maclan y Stimes se ausentaron al cabo de pocos minutos.

—¿Qué haces? —me preguntó Shelia viendo que me disponía a cambiarme de ropas.

Me encogí de hombros, me dirigí al cuarto de baño y tomé una ducha.

—Creo que resultará interesante encontrar a esa asesina de cabeza roja —respondí—. Alguien ha de ir a buscarla.

—En ese caso —comentó y anunció Shelia— iré contigo.

Estaba abotonándome la camisa cuando alguien llamó a la puerta de mis habitaciones. Shelia se adelantó, abrió y retrocedió. Su cabellera roja se hallaba a pocos centímetros de distancia del cañón de una pistola del calibre «35». Tras la pistola se hallaba un hombre. Mi «Luger» se hallaba en su funda, en la mesita baja. Me lancé sobre ella, pero un segundo hombre entró en la estancia detrás del otro, me apuntó al pecho con un «45» y dijo:

—¡Cógela, amigo!… ¡Cógela… y llegarás al infierno con una tonelada de plomo en la barriga!

CAPÍTULO XII

Un hombre inteligente no discute jamás con otro que le esté apuntando al pecho con una pistola. Y cuando tengo dos pistolas delante de mí, soy hombre inteligente. No discutí y realicé con cuidado los movimientos precisos para terminar de vestirme.

Aquellos dos granujas iban vestidos con ropas baratas y llevaban en las corbatas unos brillantes de un valor de alrededor de veinte centavos en total. Opiné en aquel instante que no debían de tener ninguna relación con Follister. Podría suceder que éste los hubiera contratado; pero se hacía evidente que no eran miembros de su cuadrilla.

El jefe de los dos era hombre delgado, de rostro aplastado, con tipo de boxeador envejecido. Debía de tener unos cuarenta años. El otro hombre temblaba como el azogue. Tenía los ojos rojos que caracterizan a los asesinos profesionales. No, no discutí.

—Termina de ponerte las ropas, elegante —me dijo el jefe—. Hemos venido a invitarte a «dar un paseo». Sí —añadió burlonamente mirando a Shelia—. Y tú también irás con nosotros, hermana.

Shelia me dirigió una mirada en que temblaba una interrogación. Me encogí de hombros y terminé de vestirme.

—¿Qué es lo que os hace suponer que iré con vosotros? —preguntó Shelia a los granujas—. Tenéis pistolas… ¿Y qué? Matadnos, y todo el mundo se



—¡Macháquelo, Nick —gritó Linda para animarme.

alzará contra vosotros. La policía os atrapará antes de que hayáis huido cinco yardas…

Shelia me dirigió una nueva mirada: una mirada que parecía expresar que me había hecho viejo y decrépito y pusilánime. Pero recogió una capita del diván y se la puso.

—¿A dónde nos llevaréis, amigos? —pregunté mientras uno de los bandidos se apoderaba de mi «Luger» y en tanto que daba gracias a mi suerte por haberme sujetado la otra pistola a la pierna antes de ponerme el pantalón.

Los dos hombres rieron al oír mi pregunta. Les parecía muy divertida.

—Bueno; ya nos hemos divertido bastante —dijo el jefe—. ¡En marcha!

Salimos del hotel en apretado grupo. Y a causa de las pistolas que nos amenazaban, ni Shelia ni yo pedimos auxilio.

—¡Adentro! —nos indicó el jefe.

Subimos a un «sedán» en cuyo interior se hallaba un tercer individuo, tan flaco, que podría representar el papel de espectro en una película sin necesidad de caracterizarse. El automóvil se puso en marcha. Apoyando una mano en mi hombro, Shelia fingió hallarse dormida.

Llegamos a los límites de la ciudad y descubrí que el conductor tomaba la dirección que llevaba a Sun Lodge. Más tarde, el automóvil giró hacia la arboleda que yo conocía. Llegamos a un claro en que se alzaba una barraca de madera de gran tamaño. El vehículo se detuvo. Nos apeamos y entramos en lo que semejaba un despacho y estaba muy bien alumbrado.

Jules, el criado negro de Mydayar, se hallaba sentado tras una mesa constituida por cajones; pero salió de detrás de la mesa cuando llegamos, me dirigió una mirada, contempló a Shelia y movió una mano para transmitir unas indicaciones a los granujas — cuatro en total: los tres que nos acompañaron y el que abrió la puerta —, quienes se apoyaron en las paredes de modo que nos rodearon. Todos tenían desenfundadas las pistolas con el fin de estrangular cualquier objeción que yo pudiera presentar.

—¡Hola, Jules! —dije mostrándole una doble hilera de dientes para transmitirle la impresión de que me gustaría morderlo—. Suponía que ocuparía usted alguna situación en este asunto… Bien; ¿qué diablos quiere hacer?

Jules no era precisamente Joe Louis; y la grisura de sus sienes me sugirió la idea de que no era hombre de acción. Me engañaba. Su inesperado golpe cayó sobre mi barbilla y me hizo retroceder con el equilibrio perdido hasta que choqué contra la pared con violencia suficiente para que todo el tinglado temblase. Temí no hallarme en condiciones de poder volver a mostrarle los dientes; pero al tocarlos con la lengua adquirí el convencimiento de que había tenido mucha suerte. Uno de ellos, por lo menos, parecía conservar firmeza.

Shelia se lanzó contra el negro; mas el jefe de los dos granujas extendió un brazo para contenerla y la atrajo hacia sí. Shelia se defendió y protestó y dió de puntapiés. El bandido la apretó contra el cuerpo para inmovilizarla hasta el punto que la hizo gemir de dolor.

—¡Mald…! —aullé al mismo tiempo que me abalanzaba contra él.

Pero el granuja adelantó un pie y me hizo caer de cara al suelo. Mi nariz hirió el cemento. Sólo con el fin de demostrarme lo mucho que allí se me apreciaba, Jules me disparó un puntapié a la cabeza. La estancia pareció romperse en millones de luces multicolores. Me senté y gemí y esperé a que terminasen los fuegos artificiales.

—¡Calma, Nick, calma! —dijo ahogadamente mi esposa.

Los fuegos artificiales cesaron, y me encontré con una masa palpitante y dolorida en el lugar en que antes tenía la cabeza.

—Sí, señor Cranley —dijo despreciativamente Jules—. Tómelo con calma.

Y ordenó por medio de una mirada que se procediese a efectuar lo convenido. Uno de los granujas me levantó y me forzó a sentarme en una silla. Hice cuantos esfuerzos pude por impedirlo, pero no pude evitar que las manos me quedasen atadas a la espalda.

—Escuche, señor Cranley —me dijo Jules—. Necesito que me hable de la policía… Díganos cuanto sepa y cuáles son sus intenciones.

Tosí con el propósito de lanzarle un escupitajo a la cara. Pero sus amenazadores puños estaban demasiado cerca de mí.

—Hagamos un trato que nos conduzca a una mutua inteligencia de los hechos, sonriente bastardo —respondí—. Dígame cómo, de qué modo y en qué y de qué forma encaja usted en mi problema, y le diré lo que necesite saber acerca de las fuerzas representantes de la ley. Por otra parte, compadezco a la pobre Marlene, que mató a su padre… Acaso tuviera razones para hacerlo… No

es a ella a quien busco, sino a Follister. ¿Sabía usted que Follister había ordenado a un pistolero que asesinase a Marlene, Jules?

Jules desnudó los dientes; mas pude apreciar su preocupación. Me agarró de la rizosa cabeza y la empujó hacia atrás.

—¡Dilo otra vez! —aulló—. ¡Vuelve a decirlo! ¿Cómo lo sabes?

—¡Di a ese bandido que se aparte de mi esposa! —repliqué—. ¡Dile que se separe de ella… o no te diré ni una sola palabra más!

—¡Ah! —gruñó Jules—. Eres hombre duro, ¿eh? Habla… y yo haré lo que me dé la gana, ¡Demuéstrale que es cierto, Raybat!

Raybat, el hombre que tenía agarrada a Shelia, resplandeció de felicidad. La obligó a volverse, la asió del escote del vestido y la empujó salvajemente lejos de sí. El vestido se rasgó como si fuera de papel de seda. Luché por libertarme y dije a Jules que apartase a Sheila de aquel chimpancé.

—¡Habla! —respondió Jules—. ¡Habla, habla, habla, o…!

Reconocí interiormente que no me hallaba en circunstancias propicias a la imposición de condiciones. Raybat parecía estar esperando el permiso para continuar sus ataques. Decidí comenzar a hablar. Y hablé de prisa y sin ocultar nada, puesto que no podía negarme a hacerlo. Tenía los dedos demasiado lejos de la pistola de la pierna. Y aun cuando me hubiera sido posible llevar las manos hasta ella, ¿de qué me habría servido si me hallaba ante cinco enemigos armados que no me permitirían llegar a disparar? Sí: hablé. Jules pareció alegrarse al verme tan fácilmente reducido a la obediencia. Mientras hablaba, yo contemplaba a Shelia y me prometía el placer de enviar a varios de aquellos chimpancés al depósito de cadáveres. Sí: hablé. Hablé lentamente.

Cuando llegué a la parte de mi historia que se refería a Marlene y su proximidad a la muerte a manos del hombre que se hallaba emboscado con un rifle, el sudor apareció en la frente de Jules. Luego me interrumpió y señaló a Raybat.

—¡Oye! —le dijo—. Es probable que Marlene corra algún peligro grande en estos momentos. Llévate a Doper… y algunos hombres más. Ve a buscarla. Ha ido a Pluto Key… ¡La matarán! ¡Ve inmediatamente!

—Pero… —Raybat comenzó a protestar.

Supuse que no le agradaba lo que creía que habría de hallar en Pluto Key. Jules le dió una bofetada.

—¡No hay «peros» que valgan! ¡En marcha!

Una nueva esperanza nació en mi corazón. Habiéndose marchado Doper y Raybat, la oposición quedaba reducida a tres hombres. Acaso la suerte me ayudase un poco… Intente acercar los dedos a la pierna. Pero el que me había atado lo hizo de manera concienzuda.

La sangre comenzó a correr por mis muñecas que las cuerdas cortaban dolorosamente.

—¡Sigue! —añadió Jules viendo que los dos granujas desaparecían—. ¡Sigue hablando!

Shelia se agachó y recogió su desgarrado vestido, con el que intentó cubrirse. Continué hablando.

—Lo que sigue son solamente suposiciones mías y de la policía —afirmé—. Sabemos que Marlene acuchilló a su padre; pero no sabemos por qué, ni dónde se halla ahora. ¿Por qué no me ofreces algunos nuevos detalles? ¿Qué podrías perder por ello?

—Eres tú el que pierde, no yo, ¿eh? En los libros, el criminal siempre refiere lo muy listo que es… ¡Vete al infierno!

Se produjo un silencio preñado de emoción, como suelen decir los novelistas. Luego sonó el inconfundible repiqueteo de una pistola. Nuevos

disparos, y los ruidos que produjeron unos hombres al atacar la casa. Tiros contra la cerradura de la puerta.

Jules desnudó los dientes y gruñó unas órdenes:

—¡Abríos paso a tiros!

Sus hombres no prestaron atención al mandato, pues en aquel mismo instante entraban en la estancia los atacantes; estuve a punto de gritar de felicidad al ver que los que llegaban era policías. Uno de ellos pasó ante mí con la pistola preparada para hacer un disparo contra Jules, que casi había traspuesto una de las abiertas ventanas.

—¡Eh! —gritó—. ¡No mate a ese hombre!… ¡Ese es el que necesitamos coger… *vivo*!

CAPÍTULO XIII

No fué un grito musical el mío; pero resultó eficaz. El policía desvió la puntería. En lugar de en la cabeza do Jules, la bala se clavó en una pared. Jules continuó corriendo, saltó, se perdió de vista.

—¡Sígalo! —dije al policía—. ¡Diablos!

Un instante más tarde, Maclan se hallaba a mi lado y me decía que la casa estaba rodeada por la policía.

—Bien —dije—. En ese caso… ¡quíteme las cuerdas!

Pero Shelia ya estaba desatándome con la ayuda de un machete de uno de los guardias. Maclan intentaba mostrarse educado y discreto, mas no podía apartar la mirada de Shelia, cuyas escasas ropas la dejaban casi tan vestida como cuando nació. Dije a Maclan que buscase algo con que pudiera cubrirse, y Maclan le facilitó una capita impermeable de un policía uniformado.

—¡Lo hemos detenido! —me dijo uno de los guardias desde el exterior de la ventana—. Uno de mis compañeros disparó contra el negro y le ha herido lo suficiente para impedir que huya. ¡Vivirá!

—Cuando haya usted terminado de mirar a Sheila —dije a Maclan, que no cesaba de mirarla—, acaso tenga la bondad de decirme por qué han llegado ustedes en un momento tan oportuno.

—Verá lo sucedido. Nick —respondió—. Stimes pensó que es usted un hombre que jamás confiesa por entero lo que sabe, que gusta de reservarse conocimientos para sí. Después de nuestra entrevista, Stimes creyó que no convendría dejar a usted solo, por lo que ordenó al cuartelillo que un policía vestido de paisano lo siguiese a todas partes.

—Está bien; pero ¡acabe el relato!

Maclan añadió que nuestro seguidor llegó al hotel en el momento en que Shelia y yo salíamos escoltados por los chimpancés de Jules; pero siendo hombre inteligente no creyó conveniente intervenir en aquel momento y nos siguió en su automóvil. Cuando el sedán giró en la carretera para seguir el camino de Sun Lodge, el seguidor se dirigió a la casa y telefoneó al cuartelillo. Había sido una cosa muy sencilla y que resultó muy eficaz.

—Por primera vez en la vida me he alegrado de que exista un policía inteligente —comenté—. Llegó usted con sus compañeros en momento oportuno. ¡Muchas gracias, Mac!

—¡No me llame Mac! Llámeme Harry. Bien; acepto las gracias. Volvamos al cuartelillo. Es probable que Jules nos proporcione las informaciones que necesitamos para terminar de desembrollar este asunto tan feo.

—¡Sí! —repuse—. Me gustará mucho ver cómo «interrogan» a ese negro cobarde.

Maclan ordenó a algunos de los guardias que continuasen vigilando el barracón de madera y nos llevó, a Shelia y a mí, a Miami en su automóvil. Dejamos a mi esposa en el hotel, y cuando llegamos a su despacho hallamos a Stimes gruñendo contra el exceso de horas de trabajo. Cuando me acerqué a él, insinuó que le habría agradado que me hubieran convertido en carne para la sepultura, puesto que yo era el culpable de todo. No obstante, se mostró un poco más amable cuando observó mis lesiones, y llegó hasta a verter un poco de yodo sobre mis heridas.

Cuando descendimos al cuarto de «interrogatorios» hallamos a Jules ya instalado en la alta silla y con los brazos atados a los de su asiento. Bajo la energía de las potentes luces eléctricas, Jules no parecía un hombre tan feliz como cuando me tuvo prisionero. Su expresión de infelicidad aumentaba cada vez que los vigilantes dejaban caer sobre él la contundencia de las porras de

goma maciza. Quise presenciar la divertida: representación, mas Jules comenzó a hablar casi antes de que los «interrogadores» lo hubieran calentado. Un taquígrafo sudó endemoniadamente al intentar seguir el rápido chorro de sus palabras. Hechos y más hechos. Dispusimos de tantos, que pudimos conocer al detalle el reparto de papeles de los actores del drama.

Jules comenzó diciendo que Mydayar no había comprado los sellos a nadie, sino que habían sido robados a un coleccionista que vivía en Palm Beach. Esto explicaba la razón de que Mydayar no hubiera querido recurrir a los servicios protectores de la policía oficial, sino a los de un investigador particular. Jules fué el hombre que proporcionó al hombre que facilitaba granujas para la comisión de actos delictivos.

De este modo Mydayar logró los anhelados sellos. Y luego los perdió cuando Doan se los robó. Puesto que no podía recurrir al auxilio de la policía oficial sin descubrir ciertos hechos que podrían haberlo llevado a la cárcel, Mydayar contrató a Brenner. Brenner sospechó desde los primeros momentos de Doan, y pudo confirmar sus sospechas cuando tomó la fotografía en que éste aparecía junto a Follister y Waggon examinando los sellos robados. Brenner, tan granuja como los granujas a quienes perseguía, no mostró la instantánea a Mydayar, sino a Marlene. Marlene quería aún a Doan. Y Brenner supuso acertadamente que estaría dispuesta a sufrir chantaje antes que descubrir a su esposo.

Marlene no tenía el dinero necesario para comprar el silencio de Brenner a cambio de los quinientos dólares que el investigador particular exigía por la fotografía. Marlene vendió algunas joyas, reunió los quinientos dólares y los entregó a Brenner. Luego, cuando creía que el asunto estaba zanjado, se sorprendió al ver que Brenner le pedía nuevas cantidades.

Marlene carecía de recursos económicos propios. No podía reunir el dinero que necesitaba con la venta de las joyas que aun poseía. Su padre poseía el dinero pero no se lo entregaría. Marlene no podía decirle que lo deseaba para pagar un chantaje. Y entonces la dama recordó que Jules era hombre que podía proporcionar los granujas o delincuentes necesarios… ¿No había hallado un ladrón cuando su padre lo necesitó para que se apoderase de los sellos? Fué en busca de Jules y le reveló la situación. Jules reconoció que Brenner ocasionaría menos molestias cuando se hubiera convertido en un cadáver, y halló un par de hombres que se prestaron a borrarlo de la lista de los seres vivos. Los asesinos exigieron un pago, como es natural; Jules prestó a Marlene una parte del dinero preciso.

Mydayar se encontró en situación peligrosa cuando Brenner fué asesinado; pues, en el caso de que la policía se mostrase curiosa, podría llegar a averiguar lo que se relacionaba con los sellos. Mydayar recurrió también a su criado y le pidió un par de hombres duros que me atemorizasen y obligasen a abandonar las investigaciones que realizaba. Me sobrepuse a los dos granujas y éstos me mostraron el camino que conducía a Mydayar. Puesto que yo era un policía privado, Mydayar me entregó un cheque y me encargó que continuase la labor iniciada por Brenner.

Una vez que hube sido contratado, hablé con Marlene. Marlene supuso que yo sería un hombre honrado, pero no desechó la posibilidad de que practicase el chantaje del mismo modo que Brenner. En tales circunstancias, Marlene debía de haber indicado ya a Doan que existía una fotografía que le convendría que desapareciese de la circulación, por así decirlo. Esta debió de ser la causa de que otros dos granujas asaltasen la casa de Linda. Y de esto nació mi decepción cuando no pude obtener ninguna ventaja del hombre que fué a recoger la cámara y las fotografías al punto del malecón próximo a la carretera.

Podemos comprender cuáles serían los actos de Doan en tales condiciones.

Doan preguntaría a Marlene cómo había tenido conocimiento de la existencia de la fotografía acusadora. En el caso de que ella le hubiera hablado del asunto del chantaje y de los pasos que habían conducido al asesinato de Brenner, Doan habría visto con claridad que la policía y los investigadores particulares tendrían conocimiento de su modo de proceder y del asunto de los sellos robados en dos ocasiones, lo que representaría un verdadero peligro para él y para Follister. Esta fué, sin duda, la causa de la falsa acusación contra Dino, que se hizo con el fin de alejar a la policía de los verdaderos culpables.

Entonces, Marlene concibió una idea brillante. Las manifestaciones de Jules demostraban que no había sido raptada, que todo fué una artimaña suya para persuadir a su papá a que me forzase a abandonar las investigaciones. La treta prosperó hasta el punto en que su padre me despidió; pero resultó un fracaso en lo que se refería a mi abandono de las pesquisas, para descubrir a los asesinos de Brenner.

Marlene, o acaso Jules, me oyeron decir a Mydayar que no me opondría a abandonar las investigaciones para el descubrimiento de los criminales de Brenner en el caso de que Linda me autorizase a hacerlo. Marlene fué a ver a Linda; Linda se negó a acceder a su petición, y Marlene le cortó el cuello. Abandoné la casa de Mydayar, fui a ver a Linda y la hallé muerta. Puesto que soy amigo de terminar todo lo que inicio, continué mis trabajos de búsqueda de los asesinos.

Entretanto, Follister había amañado la falsa acusación contra Dino y, acaso sin conocimiento de Doan, había preparado un «accidente» del que debía ser víctima la propia Marlene. ¡Un «accidente» que consistiría en clavarle unas balas en la cabeza! Es probable que Doan lo averiguase y que desafiase a Follister, con lo que obtuvo el resultado de morir apuñalado. Y ahora tenemos a Marlene buscando a Follister y Doan para unirse a ellos; o acaso haya oído que Follister ha matado a Doan. De todos modos, en el caso de que encuentre a Follister, Marlene se convertirá en carne para los buitres.

—Así es —reconoció Stimes—. No hay duda de que Nick sabe pensar con acierto y reconstruir los hechos. Cuando hayamos terminado estos trabajos, pondré atención en impedir que mis subalternos coleccionen sellos.

Cuando estábamos examinando los hechos, llegó un mensaje transmitido por el intercomunicador; un hombre llamado Shaw esperaba que Maclan lo recibiese. Nat Shaw me fué presentado como policía encargado de «misiones especiales». Maclan nos sirvió unos vasos de un buen «borbón». Luego nos explicó que Shaw había estado vigilando en los lugares convenientes casi desde el mismo momento en que Follister desapareció de Pluto Key.

—He estado en Pluto Key —dijo Shaw—. Los guardacostas no mintieron. Follister ha abandonado aquellos lugares. Ni él ni ninguno de sus muchachos están allí.

—¿No hay en la isla alguna caverna en que puedan estar ocultos? —pregunté.

—No.

Shaw encendió un cigarrillo. Después nos explicó que tenía seguridad completa de que no se hallaban en la isla.

—Abandoné la isla —continuó— y fui a Lexicón Tony, donde me acompañó la suerte. Allí encontré a un hombre a quien en cierta ocasión hice un favor. Tal hombre me señaló otro y me dijo que era Sid Ranpon, el primo de Dinky Dino. Era un buen hallazgo. Pero estuve a punto de perder a Sid Ranpon, que se escurrió de allí casi como si fuese una sombra. Pude hallarlo y seguirlo, y vi que una señora subía a su automóvil.

—¿A dónde fueron?

—A eso voy… Los seguí a lo largo de la carretera de Tamiami, y sufrí el reventón de una cubierta que me hizo perder mucho tiempo. Cambié la rueda, mas aunque corrí a toda velocidad muchas millas, no pude alcanzar de nuevo a Ranpon. Volví atrás y hallé huellas de cubiertas en la carretera que daban vuelta para introducirse en lo que supongo que será un terreno pantanoso. Miré a mi alrededor y vi un automóvil oculto entre unos altos matojos. Solamente tenía a mi alrededor agua y pantano y cenagal y no sé qué más. Ranpon no ha podido desaparecer por el aire, por lo que supongo que debió de pasar en unión de la dama a una canoa y que debe de haber seguido el curso de uno de los canales. Traigan un mapa y les indicaré el lugar.

Pensé que la señora que acompañaba a Ranpon debía de ser Marlene. Me acerqué al alto mapa que los demás estaban examinando. Shaw pasaba un dedo por el recorrido de un canal y afirmaba que era casi imposible hacer un reconocimiento del lugar.

—Todo un ejército podría ocultarse allí durante más de dos semanas —dijo.

Y Maclan comentó:

—¡Infiernos! Dicen que no hay paz para los malos… Pero nosotros, los policías, ¿qué clase de paz encontramos jamás?

CAPÍTULO XIV

Cuando Maclan hubo agotado sus expresiones de autocompasión, comenzó a cavilar acerca de las dificultades y las angustias que representaría un reconocimiento de los terrenos pantanosos y poblados de alta vegetación. Me señaló con un dedo y me dijo que me tomase interés por la cuestión en tanto que indicaba los puntitos que representaban millares de islas diminutas y de canales.

Sólo los indios semínolas que se han refugiado en esa zona infernal saben el modo de moverse en ella. Allí hallaremos osos, panteras…, aunque no muchas de éstas, gracias a Dios…, y caimanes de diez a quince pies de longitud. Hacer investigaciones allí me parece una gran cosa para quien esté cansado de la vida.

Incliné la cabeza para expresar mi conformidad con esta apreciación. Shaw dijo verdad cuando afirmó que era un terreno difícil de explorar, y el mapa nos indicó que tan pronto como abandona el distrito agrícola con sus pequeñas viviendas alineadas junto a la carretera de Tamiami, el visitante se acerca más y más a la naturaleza en su forma más cruda de expresión.

—Bien; es un terreno peligroso y duro —gruñí—. Pero es preciso que alguien vaya allá en busca de Follister. Ahora es de noche. Shaw dice que ha instalado unos policías de vigilancia más allá y más acá del punto en que Ranpon comenzó a seguir un camino fluvial con el fin de que puedan percibir señales en el caso de que los granujas decidan huir de aquella zona. Creo que podríamos hacer algo peor que esperar la llegada del día para comenzar a actuar. ¿No es cierto?

—Sí —murmuró Maclan—. No es usted el único que dispone de una vivienda adonde ir. Y mi esposa insiste en que la vida de hogar es cosa que debe ser cultivada. Cualquier día me retiraré con el fin de no dedicarme a nada más excitante que la cría de gallinas. Sí, vámonos.

Nos despedimos de Shaw y le dijimos que volveríamos a vernos a las nueve de la mañana siguiente. Maclan me llevó en su automóvil, pero se negó a subir a mis habitaciones para tomar la «copita de despedida».

Subí y abrí la puerta. Shelia se disponía a acostarse. La saludé y empecé a despojarme de las ropas.

Unos minutos más tarde, me encontraba dormido.

***

Cuando llegó la nueva mañana, Shelia me despertó y me preguntó cómo marchaban mis trabajos. Se sorprendió al saber que se acusaba a Marlene de haber cometido un crimen y se mostró temerosa de lo que pudiera sucederle en el caso de que fuese ella la mujer a quien Ranpon condujo a la selvatiquez de las tierras pantanosas. Y hasta llegó a decir que aquel día iría de nuevo a Key Largo en busca de descanso, ya que la perspectiva de acompañarme en una expedición tan poco halagüeña carecía de encantos.

Y así sucedió.

Desayunamos. Shelia tomó el «Chrysler» y se fué a Key Largo, donde sus amigas se alegrarían mucho de volver a verla. Llené de gasolina el depósito del sedán y me dirigí al garaje en que lo había alquilado con el fin de pagar anticipadamente el alquiler de varios días más. Luego fui al cuartelillo de policía. Durante todo este tiempo no cesé de pensar en Marlene. Era ella sin duda la mujer que fué con Ranpon a los pantanos y, como consecuencia, a parar a manos de Follister. Por lo tanto, convendría que yo realizase unas investigaciones y emprendiese una acción independiente de las de la policía oficial.

Llegué al cuartelillo alrededor de las nueve y media. Maclan y Shaw habían estado ocupados en preparar una partida de exploración. Stimes llegó unos momentos más tarde y dijo que estaba dispuesto a emprender la marcha. Maclan respondió que nada podría hacerse hasta que hubieran sido hallados unos guías semínolas que nos acompañasen. Un subalterno suyo se había encargado de ir a buscarlos. Al oír hablar de los semínolas, tomé la resolución de iniciar la exploración por mí mismo, sin acompañamiento de la policía. Bien, que buscasen si les parecía conveniente; yo también buscaría por mi cuenta y riesgo. Los policías se sorprendieron al oírme decir inesperadamente que no iría con ellos. Y Stimes fué lo suficientemente listo para comprender que me proponía trabajar solo. Y lo dijo. Y añadió que se alegraría mucho de que no fuese devorado por algún caimán o engullido por algún terreno movedizo.

Me retiré. Me dirigí al canal de riegos con la esperanza de hallar a Sammy Ironside, Sammy es amigo de los semínolas. Tuve seguridad de que me proporcionaría unos guías.

Todo resultó tan fácil como en ocasiones anteriores. Cuando llegué al claro de la arboleda, las mismas dos «jóvenes» semínolas continuaban haciendo intentos por demostrar lo muy industriosas que eran con sus cacharros de cocina. Aquella vez, en lugar de infundirles miedo, mi presencia las atrajo como si fuera un imán. Ambas se acercaron a mí con las manos abiertas y en alto para expresar su amistad. Para demostrar que correspondía a su afecto, las «unté» las manos con un par de dólares a cada una. Luego, les dije que avisasen a Sammy. Una de ellas dijo:

—Ven conmigo. Lo encontraremos.

Sammy vivía en un estado de pobreza similar al de Dinky Dino. Su casa estaba compuesta por cuatro postes que sostenían un tejado de hierba y se hallaba cerca de una fuente rumorosa. Sammy estaba patiabierto sobre un lecho de hechura casera y quejumbroso. Se hallaba completamente vestido y olía fuertemente a ginebra barata.

Despertó cuando lo agité con rudeza y se halló en el estado de sobriedad preciso para reconocerme. El modo de que movió la cabeza me dijo que se hallaba bajo los efectos que siguen a una buena borrachera. Después de haberlo saludado, le entregué un cigarrillo y le obsequié con un trago del «borbón» que llevaba en mi frasquito plano. Con el fin de estimular su interés y su paladar le dijo que sabíamos que Follister se hallaba oculto en los terrenos pantanosos. Le expuse esta idea de modo que pudiera comprenderla, y observé que se

sobresaltaba.

—¿Quieres decir que tienes intención de zambullirte en ese caldo infernal? —me preguntó—. ¿Y quieres que te busque unos guías?… Hermano: no hay duda de que te gusta correr aventuras disparatadas.

—Pero, ¿queda hecho el trato? —le pregunté—. Como es natural, mediará el dinero… Y ahora recuerdo que te debo cincuenta dólares por haberte cuidado de Harry y el Runt.

—¡Hermano —dijo con alegría—, cuánto te quiero!

Dije que le daría cien dólares más y pagaría los gastos de los guías en el caso de que hiciera lo que le pedía. Puesto que ya había cobrado el cheque de Mydayar, podía permitirme el lujo de ser generoso. Me alegré cuando Sammy accedió a mi petición. Y mucho más cuando me dijo que me haría compañía.

—Sólo para divertirme —dijo.

Sammy bebió un nuevo sorbo de mi frasco y luego se inclinó ante la fuente para salpicarse agua por la cabeza y la cara. Se empapó la camisa — no habría sido mala la idea de añadir un poco de jabón al agua —; pero el agua se secaría pronto, ya que el calor era muy intenso. A continuación engulló un par de bocadillos secos y rancios, y entonces estuvimos preparados para emprender la marcha.

—¿Qué hay de los guías semínolas? —le pregunté.

Respondió que no tenía razones para preocuparme porque era capaz de recordar fácilmente lo que se le encargaba sin necesidad de que se le dibujasen diagramas.

Después de recorrer un camino tortuoso, salimos a la carretera de Tamiami. Allí hallamos nuevos signos de la actividad policíaca; pero se nos permitió el paso cuando mostré mis credenciales y nombramientos. Más allá del que debía ser el último hogar de los colonos de la zona, Sammy me dijo que detuviese el automóvil y que «no podemos continuar más adelante por la carretera».

Descendiendo del vehículo, Sammy me condujo fuera de la carretera y me hizo seguir una senda que olía a raíces podridas. Llegamos a un canal que tendría una anchura de seis o siete yardas y sobre el cual la vegetación formaba un apretado dosel que constituía una buena protección contra el rigor de los rayos solares. Amarrada a la orilla se hallaba una canoa hecha de un tronco de ciprés convenientemente vaciado. Me sorprendí al ver que la canoa tenía una larga pértiga en lugar de remos; pero pronto supe por qué: el canal no tenía la profundidad necesaria para que pudieran manejarse remos. Y el mover el largo palo representaba un esfuerzo menor que el necesario para remar.

Nos introdujimos más en los marjales. Croaban las ranas, chirriaban los grillos; otros animalitos producían unos ruidos iguales a los que podrían producir al hacer gárgaras después de un escaso desayuno. Sammy me dijo que íbamos en dirección a un pequeño poblado en que podría hallar guías semínolas.

Los insectos hacían infernal la vida a medida que nos deslizábamos sobre el agua; y con el propósito de alejarlos de mí encendí un cigarrillo y exhalé humo con verdadero furor. Si en aquellos momentos tenía algo de que alegrarme, era de la determinación de Sammy por acompañarme.

A medida que avanzábamos, pudimos hallar muchas variedades de vida de aves. Garzas de más de cuatro tipos distintos; airones blancos y blancos ibis… Un pájaro desconocido se deslizó por el aire al mismo tiempo que lanzaba un grito peculiar. Sammy me dijo que era un espátula rosado, perteneciente a una especie próxima a la extinción. No eran tan agradables de ver los caimanes con sus feas bocazas al nivel del agua; pero estos animales, lo que me tranquilizó en gran manera, eran tímidos y huían de la canoa cuando nuestro avance

provocaba unas ondulaciones en el agua.

—Son unos bichos asquerosos —dijo Sammy refiriéndose a los caimanes—. Pero supongo que ahora deben de disponer de mucha carne de aves y por eso no nos considerarán una comida digna de tenerse en cuenta.

Dejé escapar un suspiro de placer cuando Sammy me indicó que nos hallábamos cerca del poblado que buscábamos. Acercó la canoa a la orilla, donde había varios troncos de árboles colocados de manera que servían de desembarcadero.

Cuando hubimos abandonado la canoa y comenzado a ascender por la empinada orilla, recibimos los amistosos saludos y las voces de bienvenida de un grupo compuesto por unos quince indios que estaban sentados en círculo y reparaban unos arcos y flechas de diversos tipos. Sammy me dijo que los semínolas eran muy hábiles en el manejo de los arcos y que los utilizaban por regla general para cazar aves… Usaban también azagayas para la pesca. Y en el caso de que mirásemos con atención en las inmediaciones del poblado, podríamos hallar también algunos rifles.

Ocho de los quince eran mujeres. Todos ellos llevaban faldas: las de los hombres llegaban hasta las rodillas; las de las mujeres, hasta los tobillos. Todos llevaban blusas; pero la calidad de unas y otras ayudaba también a determinar el sexo del usuario. Sammy me presentó a los indios y me sorprendí al observar que entendían el inglés. Sammy explicó lo que deseábamos; la mención del dinero obró maravillas. No presté atención a la valorización que Sammy indicaba a los indios como retribución de sus servicios. El cheque de Mydayar representaba una cantidad de dinero que debía durar mucho tiempo. Podía permitirme el lujo de ser generoso.

Los semínolas tienen una mezcla de sangre blanca e india; descienden del pueblo de Osceola, que siempre se mezcló con las razas blancas de todas las naciones. Son pacíficos, amables y tan industriosos como precisan ser para atender a la satisfacción de sus elementales y primitivas necesidades. Forman una raza que desaparece con rapidez, una raza sin porvenir; pero parecen ser felices.

Después de unos minutos, durante los cuales mi provisión de cigarrillos se redujo considerablemente, ya que unos indios tomaron alguno para fumarlo en tanto que otros se apoderaron de él con el fin de conservarlo como recuerdo mío, Sammy contrató a dos de los hombres más jóvenes para que obrasen como guías nuestros. Nos pusimos en marcha, para lo cual utilizamos las canoas de los indios, todavía impelidas por medio de pértigas; y los guías marcharon delante de nosotros. Sammy y yo les seguimos en la otra canoa. Sammy insistió en ser él quien proporcionase el movimiento a nuestra embarcación, ya que afirmó que era trabajo que no le fatigaba. Los guías indios llevaban arcos, flechas y un rifle y dos azagayas cada uno por todo armamento. Sammy portaba su cuchillo y yo mi «25» el que me colgaba de la pierna, y mi utilísima «Luger». Mi traje blanco estaba ya manchado por el sudor. Las moscas y los mosquitos formaban unas nubes más espesas que nunca, y tenían aguijones que parecían de una yarda de longitud. El calor era húmedo, opresivo, por lo que tomé con frecuencia cortos sorbos del «borbón» de mi frasco. Me sentía demasiado angustiado para que pudiera pensar lo que habría de suceder cuando y donde me hallase ante Follister. Tampoco me atormentaba la idea de que la mujer que acompañó a Ranpon pudiera ser Marlene ni de que ésta podría hallarse muerta.

—¿A dónde diablos vamos, Sammy? —dije después de lo que me pareció un mes de angustia—. Los guías, ¿se han propuesto llevarnos a China?… ¡Estamos haciendo un viaje muy lento!

—¡Calma! —respondió con un gruñido Sammy; y lo hizo con intención de mostrarme que era él quien estaba realizando todo el trabajo—. Llegaremos a algún sitio, sin duda…

Sammy interrumpió los esfuerzos que efectuaba y me mostró un punto situado ante nosotros, donde los guías se acercaban a la orilla.

—No hay muchos semínolas en estos terrenos, Nick —me dijo—; pero los que aquí viven tienen sus costumbres y sus modos propios de conducta y de intervenir en lo que sucede en sus dominios. Mira: hay un hombre en la orilla; los guías le dirigen preguntas

Y así era. Cuando nos acercamos, el más alto de los guías entregó al hombre un billete de un dólar.

—Todavía no hemos averiguado nada —dijo el guía alto.

De nuevo nos pusimos en marcha. Eran las doce y media cuando los guías decidieron hacer un alto para comer. Eran grandes maestros en el arte de la pesca. Cuando hubieron atrapado algunos peces, procedieron a encender una hoguera. Hallamos agua para beber en una de las fuentes que allí había por centenares o por millares.

De nuevo comenzamos a avanzar a la una y media. A las dos, establecimos otra vez contacto con los indios. Eran tres los que realizaban una expedición de pesca. Parecían estar enterados de muchas cosas. Nos dijeron que en aquella zona había estado frecuentemente un hombre que iba en una barca de fondo plano y provista de motor. Y habían visto que ascendía humo que brotaba de una de las islas más grandes. Allí debía de ser donde se hallaban los blancos que eran «medicina mala». «No; todavía no ha venido policía por aquí…»

Dimos gracias a los indios y seguimos nuestro camino.

Nuestros informantes habían dicho que la isla en que se hallaban los blancos no estaba muy distante. Quisieron, sin duda, dar a entender que no estaba muy distante en línea recta, mas no cuando el recorrido se hacía en una canoa que debía ser impelida por medio de una pértiga. Eran las cuatro y media cuando dimos vuelta al llegar a un recodo del canal y los indios señalaron una isla que estaba a una distancia de un centenar de yardas. Desembarcamos y transportamos la canoa a tierra seca. No teníamos ganas de comer; pero el agua de un manantial nos supo a néctar.

—El único medio de llegar a la isla consiste en utilizar mi barca, ¿eh? —pregunté a los indios.

Y contestaron que sí y señalaron los troncos que había sobre el agua y me dijeron que también podría ir nadando, pero que los troncos que se veían no eran tales, sino caimanes adormilados. Bien; no me pareció conveniente nadar.

Podríamos esperar hasta que llegase la noche para salvar la distancia que me separaba de la isla; pero estaba demasiado ansioso por saber lo que podría haber sucedido a Marlene. No podía esperar. Y entonces tuve una idea. No eran muchos los semínolas que había en aquellos terrenos; pero la vista de uno de ellos no alarmaría a quienes se hallasen en la isla. Sería conveniente que me vistiese como los indios. El más alto de los dos guías no estaba muy dispuesto a prestarme sus ropas; la promesa de una buena gratificación obró el milagro de que comenzase a despojarse de la blusa y la faldilla. Me dejé puesto el traje blanco, mas recogí las perneras del pantalón. La blusa tenía anchura suficiente para cubrirme la chaqueta. Después me ensucié la cara, las piernas y las manos con una mezcla de barro, tierra y agua.

—¡Buena suerte, Nick —dijo Sammy—. Diré a los guías que salgan a esperar a los policías.

Asentí. Los policías deberían de utilizar barcas de motor y llegarían al cabo de poco tiempo.

Cuando los indios se hubieron alejado en su canoa, bajé la otra al canal. Con el fin de presentarme con aspecto de indio más aceptable, dejé una de las azagayas en la mía Cuando de nuevo me hallé en el agua, el calor pareció aumentar. Afortunadamente la parte más cálida del día había transcurrido ya.

Nadie disparó contra mí con cañones, ni siquiera con pistolas. Mi treta triunfaba. Cuando llegué a la orilla de la isla, estaba sudando. Casi grité de alegría al descubrir que aun me restaba en el frasquito plano un sorbo de «borbón».

La orilla de la isla estaba bordeada de palmeras. No podía suponerse lo que habría detrás de ellas. Crucé el cinturón de altos árboles y me detuve a cada pocos pasos para escuchar. Pude observar que me acercaba al lugar en que se producían unos sonidos que denunciaban que allí había vida humana. Desde muy lejos llegó hasta mí el eco de una risa.

—Bueno —murmuré en voz alta—. Parece ser que debo avanzar un poco más.

La pendiente tenía una abundante vegetación: helechos, maleza, plantas tropicales. Comencé a descender hacia la parte interior de la isla después de haberme despojado de las vestimentas indias, que podrían obstaculizar mis movimientos. Un grito terrible me hirió los oídos. Parecía el grito de un alma atormentada. No había posibilidad de error: había sido producido por una mujer que se hallaba presa de horribles angustias. Mientras me adelantaba y olvidaba la mayor parte de las debidas precauciones, me hice una pregunta: ¿Podría haber brotado aquel grito de la garganta de Marlene?

CAPÍTULO XV

Nuevos gritos sonaron. Medio asfixiado y sorprendido de haber cruzado un terreno descubierto sin atraer sobre mí disparos, llegué a la sombra de unas cabañas con la «Luger» preparada para reducir a la impotencia a unos posibles enemigos.

Nuevos gritos, en tal ocasión acompañados de unas risas de hombre. La alta vegetación me obturaba la visión. Temblé de impaciencia. Comprendí que aquella era la ocasión en que debía disparar primero… y hacer preguntas después. Luché entre las matas, densas, cerradas, entretejidas, y me pregunté si podida abrirme camino a su través. Cuando lo hube logrado, miré ante mí. ¡Qué escena tan horrible se me ofreció!

Marlene estaba suspendida cabeza abajo de una especie de bastidor de madera. Su cabellera colgaba hasta una distancia de un pie de la superficie del agua. Se hallaba medio desnuda. Un objeto que me pareció el extremo de un tronco se asomó sobre la superficie del canal y saltó contra su cabeza. Era un cocodrilo uno de los raros ejemplares de aquellas tierras que mostraba el brillo de una doble hilera de dientes cada vez que saltaba. Tales dientes se cerraban cerca de la cabeza de Marlene con un ruido de cepo que es el más horrible que he oído en toda mi vida. Marlene debía hacer un terrible esfuerzo para contraerse y alejarse de los colmillos asesinos cada vez que el animal asomaba sobre la superficie del agua. Pero habría de llegar un momento en que se hallase demasiado cansada y no pudiese huir de la amenaza.

Otro ataque otro peligro más grande que los anteriores. Era al doblarse y contraerse cuando escapaban de su garganta los gritos de horror, de temor, de angustia. Tres hombres se hallaban tendidos en la arena de la orilla y lanzaban al viento unas sonoras carcajadas de regocijo. Era como si ocupasen una butaca de primera fila en algún teatro. No sé qué fué lo que prestó vida a mis

músculos. Abandoné la defensa de la vegetación y me adelanté al mismo tiempo que pronunciaba unas maldiciones. Había reconocido a los hombres, que eran Follister, Paul, el falsificador, y Ranpon. Mi «Luger» comenzó a vomitar muerte y destrucción.

—¡Canallas! ¡Bastardos! ¡Canallas!

Tres rostros se volvieron. Los tres hombres se movieron con rapidez para apartarse de mi camino y del de mis balas. Ranpon se tambaleó repentinamente. Brotaba sangre de un agujerito que tenía en la cabeza. Vaciló cuando se hallaba a la orilla del canal. Le disparé un nuevo tiro, y la fuerza del proyectil le hizo caer de espaldas y sumergirse en el agua. Se produjo una conmoción, y el fiero corpachón de un cocodrilo se aproximó en busca de su comida.

Mi puntería no fué muy buena cuando ataqué a los otros dos hombres. Los dos corrieron en busca del refugio que les brindaba la maleza. Estaba cambiando disparos con ellos cuando el cocodrilo dió su primer mordisco. Sonó un espantoso triturar de huesos. El agua enrojecióse repentinamente.

¡Oh, hermano!

Fui yo quien entonces debió correr en busca de refugio. Las balas zumbaban como abejorros junto a mis oídos. Un grito que brotó de la garganta de uno de los hombres me dijo que, aun cuando estuviese disparando al azar, había logrado alcanzar a uno de ellos.

Tendido ante la barrera de plantas silvestres, anhelé poseer aún un trago de «borbón». Lo único que podía hacer era continuar disparando casi a ciegas y esperar que la suerte me acompañase. O podría, también, continuar tendido inactivamente y esperar hasta que se produjese un movimiento y actividad que me orientasen.

Permanecí inmóvil y coloqué un nuevo cargador en la recámara de la «Luger». Sí, sería preferible no malgastar los disparos.

La quietud era completa. Marlene había cesado de gritar. El cocodrilo continuaba masticando huesos y carne. Cabía en lo posible que los bandidos hubieran tomado la misma determinación que yo. Marlene comenzó a sollozar apagadamente. Supuse que tenía los nervios exaltados al pensar que podría constituir un buen postre para la comida del cocodrilo.

Me dije que los granujas tendrían intención de dirigirse a las cabañas, y me abrí paso entre la cerrada vegetación. Las plantas crujieron alarmantemente. Unos disparos sonaron junto a mí. Me detuve y dirigí dos de los míos en la dirección que me pareció conveniente. Unos gritos agudos me indicaron que había acertado.

Me lancé hacia delante y me dejé caer a tierra una fracción de segundo antes de que dos disparos pasasen sobre mi cabeza. Dos disparos sonaron, pero ninguno de ellos iba dirigido contra mí. Sonó el cascabel de una serpiente crótalo. Casi caí sobre ella. Me detuve e hice un disparo contra su repugnante cabeza. Esta estalló. Tropecé, y hallé a Paul Waggon tan muerto como el crótalo. ¡Diablos!

—¡Ven en busca de «lo tuyo», hermano! —dijo alguien desde mi derecha—. ¡Tengo unas balas que tienen grabado tu nombre!

Era Follister quien hablaba. Supuse que hablaba a gritos con el fin de darse ánimos…

Me arrojé hacia la izquierda; luego a la derecha; después, de frente. Me mantuve absolutamente inmóvil y vi que Follister retrocedía unos pasos. Levanté la «Luger» y la dejé caer sobre su cabeza como si fuera una maza. Cayó a tierra con rapidez. Me consolé al pensar que conservaría la vida y que sería sometido a juicio.

Desgarré la camisa de Follister y la reduje a tiras para atarlo de pies y manos. Apenas había terminado de hacerlo, cuando Marlene comenzó a gritar angustiadamente. Al abandonar el refugio de las matas, observé que el cocodrilo había ido en busca de su «postre».

Mi «Luger» lanzó su grito de guerra. Supe que no había errado el tiro, pero, ¡diablos!, no pareció producir ningún efecto. Llegué al pie del bastidor y vi que el brazo que sobresalía y quedaba encima del agua podía ser girado de modo que quedase sobre tierra.

—¡Dóblese y agárrese la pierna! —dije.

Marlene hizo un esfuerzo decidido y pareció verme por primera vez. Había cesado de gritar. Yo había colgado todo mi peso del brazo sobresaliente y hacía un esfuerzo por elevarlo. El largo brazo comenzó a girar al mismo tiempo que Marlene lograba llevarse las manos al tobillo e intentaba librarse de la ligadura que la sujetaba. No me atreví en aquellos momentos a dar crédito a lo que vi. Marlene se deshizo de las ligaduras, y dijo:

—¡Hasta la vista, policía!

Y después se dejó caer al agua, donde el horrible monstruo le clavó los dientes y cerró las mandíbulas. Sonó otra vez el terrible quebrantamiento de huesos. El agua se tiñó de rojo…

Solamente pude pensar una cosa. Y era que Marlene había preferido aquella muerte tan espantosa al suplicio de tener que comparecer ante un tribunal y de ser condenada, acaso a la silla eléctrica…

Pero ya era tarde…, demasiado tarde para pensarlo. Y lo único que de ella restaba era la coloración del agua ensangrentada.

***

Durante mucho tiempo estuve incapacitado para moverme. Unos sordos gruñidos me indicaron que Follister había recobrado el conocimiento. Experimenté deseos de arrastrarlo hasta la orilla del agua y dejarlo caer para que corriese la misma suerte que Marlene. Me introduje entre las matas y arrastré a Follister hasta la orilla. Follister debió de comprender cuál era mi proyecto y comenzó a suplicar y a gemir. Le desaté las ligaduras, lo levanté y procedí a golpearle con los puños hasta convertirlo en una especie de pulpa acardenalada e inerme. Acaso no debería haberlo hecho, pero, ¡oh, hermano!, ¿qué otra cosa merecía?

Mis puños lo convirtieron en una masa de cortes y magullamientos. No me convenía permitirle que se defendiera. Follister no lo intentó en ningún momento. Ni habría tenido ocasión de hacerlo aunque lo hubiera intentado. Después de un golpe de gran violencia que le descargué en la barbilla, sonó el chasquido de un hueso roto y Follister cayó a tierra como un saco de patatas.

La policía llegó al lugar de la escena una hora más tarde en una barca plana construida especialmente para el transporte por aquellos someros canales. Un barco de tal naturaleza puede navegar por donde haya siquiera cuatro pulgadas de agua.

Estaba esperando en el canal. Maclan y Stimes me hicieron unas señales de saludo. Luego me preguntaron qué había sucedido. Les acompañé a través de la vegetación e hice un relato completo de los acontecimientos. Parece ser que también a los policías puede revolvérseles el estómago. La sangre que se veía en la inmovilidad del agua pareció llenarles de horror.

Maclan dijo:

—¡Dios acoja en su seno el alma de esa mujer!

Y Stimes acertó a murmurar unas palabras ininteligibles. Al cabo de unos momentos, los dos hombres se hallaron en condiciones de hacer un reconocimiento a Follister. Y aun cuando ambos parecieron hallarse de acuerdo en que la paliza había sido una de las más completas que es posible producir y una cosa muy merecida, se deleitaron de poder atraparlo con vida.

Volvimos a Miami con nuestro prisionero, Follister, y el muerto Paul Waggon. La única satisfacción que podíamos tener en aquellos momentos era la seguridad de que el «caso» sería aclarado por completo.

Y lo logramos. Al cabo de dos días, Follister se recobró del castigo sufrido y declaró cuanto sabía, a lo cual acaso contribuyese el temor a sufrir un nuevo vapuleo tan grande como el anterior.

Mi satisfacción fué mayor cuando conocí lo acertado de mis suposiciones. Los sellos robados fueron hallados en la cartera de Follister. Y, más tarde, los policías hallaron en las cabañas de la isla los grabados que Paul Waggon había producido con el fin de obtener aquellas y otras falsificaciones. Parecía ser que todo se había resuelto con rapidez excesiva para que las falsificaciones pudieran ser puestas en circulación. Y esto ahorraría a muchos filatélicos una gran cantidad de dolores de cabeza.

Stimes y Maclan me invitaron a tomar unas copitas en el despacho del último. Bebimos «borbón». Y muy bueno, por cierto.

Maclan dijo:

—Follister es hombre de iniciativas, Nick. No sabemos con certeza si su proyecto habría tenido buen éxito; pero los entendidos dicen que sí… Creo que hay mucha gente que debe de estar agradecida a usted. Nick.

Stimes estaba de acuerdo con su compañero. Sacó de un bolsillo una carta que le había sido enviada por un hombre llamado Reammer y que parecía ser que era el legítimo propietario de los sellos de un centavo. El caballero Mydayar los había robado a Reammer mucho tiempo antes, como se probó por medio de una investigación. La carta contenía la expresión de agradecimiento de Reammer y la promesa de una recompensa de cinco mil dólares.

—Creo —dije— que, como usted ha dicho, Follister es hombre inteligente. Su proyecto era tan sencillo, que resulta sorprendente que nadie lo haya intentado anteriormente. Sin embargo, la mayor parte de los malvados cometen algún error que les lleva a la cárcel o al asiento caliente. No quiero fingir que lamento que Follister cometiese un error. El asiento caliente me parece una cosa digna de él.

—No hay duda de que ha tenido usted unas vacaciones infernales, Nick —dijo cariñosamente Maclan—; pero no debo ocultar que me alegro mucho de que haya estado aquí y nos haya ayudado. También me alegro de que haya encontrado una recompensa tan importante como la que ha obtenido.

—Destínela a los fondos de socorro a los policías —dije de modo que a todos sorprendió—. Mi esposa tiene dinero; pueden ustedes quedarse esa cantidad. Por otra parte, ustedes me han ayudado, también, «un poco»…

Después de esto, nos despedimos. Salí del despacho de Maclan y hallé mi alquilado «sedán» al borde de la acera y custodiado por dos policías. Despedí a los dos hombres, subí al vehículo, puse en marcha el motor… Podría suceder que en aquel momento comenzasen mis vacaciones… ¡Cuánto lo deseaba!

Y en aquel instante, una mujer me dirigió un grito, se abalanzó a la portezuela del automóvil, se introdujo precipitadamente en su interior. Tenía un vestido blanco y un escote en forma de «V» muy bajo.

—¡Oh, señor Cranley! —exclamó—. ¡Estoy en una situación comprometida…, en gran peligro! ¡Tenga la bondad de auxiliarme!

Bien; ¿qué puede hacer un hombre en tales circunstancias?

FIN



Aquella noche, el Destino hizo una extraña jugarreta al hombre que buscaba todo Scotland Yard... Le puso en el dilema de renunciar a cuanto quedaba en él de caballerosidad o caer en las ávidas manos de la Ley...

¡Pero el hombre supo elegir rápidamente y ayudó a la muchacha que alguien, amparado en la niebla, había apuñalado!

Sangre entre brumas

es la última obra del famoso

ALAR BENET

y le apasionará por su acción cinematográfica y la simpatía de sus protagonistas

Sangre entre brumas

que relata la dura lucha de un hombre por ganar su propio aprecio y el de sus semejantes, aparecerá en el próximo número de

COLECCIÓN DETECTIVE

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA

COLECCIÓN **PIMPINELA**

Núm. 354 - Sergio Duval.
- LA HUELLA DE UN BESO

Núm. 355 - Camen Martel.
- DORA, LA ARTISTA

Núm. 356 - Trini de Figueroa.
- DOS AÑOS DE TREGUA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN **MADREPERLA**

Núm. 250 - Agatha Mor.
- EL SECRETO DE PAT

Núm. 251 - Josefina M.ª Rivas.
- VARENKA

Núm. 252 - Marí Vidal.
- MILADY MARGARET

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **ROSAURA**

Núm. 194 - Bábara Sanromán.
- LA ARAÑA DORADA

Núm. 195 - Isabel Salueña.
- AQUELLA AVENTURERA

Núm. 196 - May Carré.
- NO SIEMPRE ES AMOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **AMAPOLA**

Núm. 80 - M.ª Pilar Carré.
- TORMENTO

Núm. 81 - Adela Gala.
- ODIOSO RECUERDO

Núm. 82 - Luis Masota.
- AQUELLOS OJOS VERDES

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **BISONTE**

Núm. 295 - George H. White.
- EL JINETE ENLUTADO

Núm. 296 - Raymond Pratt.
- GOLPE POR GOLPE

Núm. 297 - Tex Taylor.
- EL DANDY

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **DETECTIVE**

Núm. 38 - Bruno Shalter.
- ASESINATO EN LA FRONTERA

Núm. 39 - Michael Storme.
- DI ADIÓS AL CADÁVER

Núm. 40 - Alar Benet.
- SANGRE ENTRE BRUMAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **SERVICIO SECRETO**

Núm. 159 - A. Rolcest.
- LA ISLA DE LOS MUERTOS

Núm. 160 - Keith Luger.
- MAU - MAU

Núm. 161 - Red Harland.
- SU ÚLTIMA JUGADA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **ALONDRA**

Núm. 33 - M.ª Adela Durango.
- SUCEDIO EN NÁPOLES

Núm. 34 - Corín Tellado.
- EL DESTINO TIENE LA PALABRA

Núm. 35 - Pili G. Rua.
- AQUEL ENCUENTRO EN SOHO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**